

# **TERRORISMO:**

**FACTOR PRINCIPAL  
EN LA  
CREACION DEL  
"ESTADO DE ISRAEL"**

Editado en castellano por:  
**Oficina de Información de la Liga de  
los Estados Arabes**

**MADRID**

**1973**



Depósito legal: M. - 20483 - 1973

---

Imprime: Técnicas Gráficas, S. L. - Las Matas, 5 - Madrid, 29

**Titulo original:**

**THE ROLE OF THE ZIONIST TERROR IN THE CREATION OF ISRAEL**

**by BASSAM BISHUTI**

**Editado por el**

**CENTRO DE INVESTIGACION DE PALESTINA**

**Beirut, Líbano (apartado 1691)**

## P R E F A C I O

*Hablando con la gente en Occidente —especialmente en Gran Bretaña—llego a la conclusión que el hecho de que el terror y la violencia fueran las fuerzas que crearon el Estado de Israel no es conocido. La gente ha condenado con toda su fuerza la resistencia árabe a la ocupación israelí de sus tierras, basándose en que era una forma de terrorismo y violencia. Apenas nadie se percata que los árabes están simplemente devolviendo a los israelitas actos como los que éstos cometieron contra ellos. Este libro informa sobre la importancia del terror en la creación del Estado de Israel mediante un estudio de las causas, desarrollo y resultados.*

*El «Sionismo» no es más que el nacionalismo judío. Es un esfuerzo para convertir a los seguidores de la fe judaica en una nación con una identidad política y territorial. La primera meta del moderno sionismo político fue la fundación de un Estado Judío puro sobre el territorio de Palestina, la Tierra Santa. La idea del nacionalismo judío creció durante los siglos de persecución antijudía. Debido a esta persecución, los judíos empezaron a considerarse a sí mismos no sólo como miembros de una religión, sino también como miembros de una raza. Antropológicamente hablando, esto es falso, porque los judíos pertenecen a todas las razas de la Humanidad. Entre ellos se incluyen a muchos conversos al judaísmo. Para los que buscaban cabezas de turco,*

*el hecho del multirracismo de los judíos no tenía importancia; los perseguían y les inculcaban ideas de segregación.*

*Hoy día es muy importante para todos los judíos preguntarse a sí mismo cuál considera que es su nacionalidad: ¿su judaísmo o la nacionalidad del país en el cual nació? Los sionistas, ahora personificados por Israel, declaran hablar en nombre de todos los judíos; nada más ridículo. Un judío británico es un ciudadano británico con fe judía; un judío británico tiene más en común con un británico cristiano que con un judío francés. Es importante resaltar que, como resultado de las fantásticas ideas de exclusividad racial, nació el Estado de Israel, y con su nacimiento una campaña de terror que fue desencadenada sobre la población árabe de Palestina, un pueblo que jamás había perseguido a los judíos. Esta campaña de terror ha infligido a este pueblo una gran cantidad de sufrimientos y tratamientos bárbaros y salvajes, y, finalmente, su expulsión por la fuerza del país, que había habitado durante siglos. Ahora, veinte años después, los árabes de Palestina están sujetos a unos amos enemigos en su propio país o se han convertido en amargos refugiados sin hogar dispersos por todo el mundo.*

*En este libro he empleado la palabra «terror» para significar un número de diferentes acciones mediante las cuales los sionistas presionaron para lograr sus fines. Sus formas más obvias son actos físicos de violencia, asesinato, destrucción y agresión militar, pero yo también he incluido bajo el término de violencia encubierta cosas tales como propaganda, espionaje y amenazas.*

## **PRIMERA PARTE**

### **LAS CAUSAS DEL TERROR**

La única justificación para escribir este capítulo introductorio es mi deseo de que el estudio del terror sionista que presento aquí sea lo más completo, objetivo y coherente posible. Si voy a discutir el terror y tratar de sus efectos de influencia debo discutir las razones por las cuales existen los factores que lo hicieron tan instrumental y tan importante para el sionismo desde el principio ¿Por qué los sionistas usaron el terror como medio con el que esperaban conseguir sus propósitos?

Este capítulo trata, pues, de los más importantes factores que, de acuerdo con los sionistas, hicieron el terror inevitable para conseguir sus propósitos. Sus propósitos, como hemos visto en el precedente prefacio, eran simplemente establecer un Estado Judío en el territorio de Palestina. Los obstáculos contra su realización demostraron ser tantos que tuvieron que emprender una acción rápida y absorbente. Esta acción fue el terror.

Desde el punto de vista sionista se verá fácilmente que el terror tuvo que ser empleado por que la mentalidad sionista, producto de la actitud racista-segregacionista de los sionistas, era un fácil nido refugio para el momento de la violencia. Como resultado de los siglos de persecución que han sufrido los judíos, algunos de ellos llegaron a considerarse algo único y separado, llegaron a verse a sí mismos

como una raza distinta. Como demuestra la antropología, esto es un absurdo; porque los judíos pertenecen a todas las razas de la humanidad, caucásica (blanca), negroide, mongoloide y todas las otras ramas étnicas. El judaísmo es una religión universal, como el cristianismo o el Islam. Para los sionistas, sin embargo, ser judío equivale a pertenecer a una cierta raza o nacionalidad; creyeron que ser un seguidor del judaísmo convertía a uno en judío por raza y por nacionalidad, no sólo por religión. Cuando Hitler imaginó sus ideas de ultranacionalismo y exclusivismo racial empleó el terror y la violencia para conseguir sus fines, y los judíos fueron sus víctimas. De modo similar, cuando los sionistas consideraron al «judaísmo» como una forma racista, ultranacionalista de ser, ellos también emplearon el terror para conseguir sus propósitos. Cuando se encuentran un judío sionista y un judío antisionista, el primero es un separatista, un amigo del Ghetto, un hombre lleno de ideas vacías sobre la exclusividad racial, mientras que el otro es un universalista, un hombre que cree en el trabajo para el beneficio de la humanidad mediante la asimilación de la cooperación y la asimilación de las personas; rechaza todo intento de reducir su religión al mero racismo. Después de todo eran hombres como ellos los que convirtieron a los yemenitas, los negros, los eslavos y los kazaros al judaísmo, de la misma manera que los universalistas de la cristiandad y del Islam convirtieron a miembros de todas las razas a sus religiones respectivas.

La consecuencia natural del segregacionismo y del separatismo es el racismo y la discriminación. Cuando los sionistas lograron la promesa de una tierra (Palestina) sobre la cual podían construir su estado judío, su intención fue llevar a todas las personas, o las más posibles, del mundo judío a aquella tierra y establecerlas allí. Como dice

el profesor Arnold Toynbee, el plan era que «todos los Ghettos dispersos por el mundo deberían ser recogidos en un pedazo de tierra en Palestina para crear allí un solo ghetto consolidado» (1).

Para poder apoderarse de Palestina, el sionismo necesitaba apoyo desde el exterior; cuando los sionistas empezaron sus actividades, Palestina era una parte integrante del Oriente Medio Arabe, poblada por musulmanes, cristianos y árabes judíos, bajo la ocupación del imperio turco-otomano. Theodore Herzl pidió permiso al sultán otomano para ocupar tierras en Palestina y establecer allí a judíos de todo el mundo. El permiso le fue denegado. Cuando estalló la primera guerra mundial, los turcos se convirtieron en aliados del imperio alemán. El doctor Chaim Weizmann fue a Alemania para buscar apoyo para su proyecto. Como dice el escritor judío norteamericano Alfred Lilienthal: «Al principio de la primera guerra mundial algunos dirigentes sionistas, violentamente opuestos al régimen zarista, intentaron llegar a un acuerdo con Alemania. Los Estados Unidos todavía no habían entrado en la lucha, y estos sionistas esperaban que una Alemania victoriosa daría Palestina al sionismo. Pero las negociaciones fracasaron (debido a la negativa de los aliados otomanos) y, en 1916, la Organización Mundial Sionista empezó a buscar por otros sitios. Un memorándum fue dirigido al Foreign Office de Londres urgiendo el apoyo al sionismo por razones políticas y militares (2).

A pesar de las antiguas promesas británicas a los árabes, de independencia de las tierras árabes, incluida Palestina, el Foreign Office de Londres dio a los sionistas la promesa conocida como la «Declaración Balfour» (3) el 2 de noviembre de 1917, según la cual Gran Bretaña favo-

recía «el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío». Los británicos razonaban que mantener su presencia en Palestina —aparentemente como un poder que facilitaba y supervisaba el humanitario proyecto de establecer un hogar nacional para los judíos perseguidos en el mundo— sería una salvaguarda de los intereses británicos en el área; el canal de Suez, la ruta de la India y la prevención a la expansión francesa en el Oriente Medio. Como pago de la promesa, los sionistas se esforzaron en lograr el apoyo judío a los aliados durante la guerra. Winston Churchill, en julio de 1937, hablando en la Cámara de los Comunes, refiriéndose a la Declaración Balfour, dijo: «Es ilusorio suponer que fue un mero acto de entusiasmo de cruzada o de quijotismo filantrópico..., al contrario, fue una medida tomada... debido a las necesidades de la guerra, con el objeto de lograr la victoria general de los aliados, para la cual nosotros esperamos y recibimos una valiosa e importante ayuda» (4).

Esta declaración fue respaldada por otra hecha por Lloyd George, que era primer ministro del Gobierno que hizo la promesa a los sionistas. Testificó a la Royal (Peel) Comisión sobre Palestina veinte años después que la Declaración fuera hecha, y el informe de la Comisión reprodujo su testimonio con estas palabras: «Mr. Lloyd George, que era primer ministro en aquel momento, declaró que... la publicación de la Declaración Balfour... fue "debida a razones propagandísticas», y esbozó la grave posición en la que se encontraban entonces los aliados y las potencias amigas... En esta crítica situación se creía que la simpatía de los judíos, o lo contrario, podría suponer una diferencia sustancial, de una manera u otra, para la causa de los aliados. En particular la simpatía de los judíos podría confirmar el apoyo de los judíos norteamericanos, y haría más difícil

para Alemania reducir sus compromisos militares y mejorar su posición económica en el frente oriental» (5).

Además, Lloyd George testificó sobre las medidas que utilizaron para ganar a los judíos a su causa, sobre todo en los países que apoyaban a Alemania. Dijo: «Millones de octavillas (de la Declaración) fueron difundidas entre las comunidades judías. Fueron arrojadas desde el aire sobre ciudades alemanas y austríacas, y ampliamente distribuidas por el cinturón judío que va desde Polonia hasta el mar Negro» (6). Lloyd George resumió todo el asunto al declarar: «Los dirigentes sionistas nos hicieron la definitiva promesa de que si los aliados se comprometían a dar facilidades para el establecimiento de un hogar nacional judío en Palestina, harían todo lo posible para fomentar el sentimiento judío y apoyar en todo el mundo la causa aliada. Ellos mantuvieron su palabra» (7). Así, los sionistas se hicieron con «los títulos de propiedad de una nueva nación», y todo lo que tuvieron que hacer fue apoderarse de Palestina y establecerse allí, pero el asunto no era tan fácil.

Al final del siglo XIX la población judía de Palestina apenas era de 50.000 personas. Dos años después de la Declaración Balfour había (debido a la inmigración fomentada por los sionistas) 65.000 judíos en Palestina, alrededor del 7 por 100 de la población, la cual en 1922 consistía de un 78 por 100 de musulmanes, un 11 por 100 de judíos y alrededor de un 10 por 100 de cristianos (musulmanes, cristianos y judíos de habla árabe, descendientes de los hebreos primitivos, eran todos árabes; los extranjeros eran descendientes de los judíos convertidos que vinieron de Europa). En doce años, desde 1920 a 1932, 118.378 judíos, o sea, las tres cuartas partes del 1 por 100 de los judíos del mundo volvieron voluntariamente a su supuesto «hogar»... Durante toda la era cristiana, el núcleo principal de la po-

blación palestina seguía siendo árabe .Durante seiscientos años los árabes habían cuidado conscientemente los Santos Lugares, sagrados para la religión originaria (judaísmo) y los dos hijos nacidos de ella (el cristianismo y el Islam). Estas gentes y sus correligionarios vecinos nunca se preguntaron ni por uno momento si Palestina era suya. Ellos se referían a este territorio como «la parte del Sur de Siria que se llamaba Palestina» (8).

La tierra de propiedad judía en Palestina, en 1918, era el 2 por 100 del total. A pesar de todos los esfuerzos concebibles, desde la compra hasta el terror, los judíos no poseían más que el 6 por 100 de las tierras de Palestina en 1948, cuando Israel, el estado judío, fue proclamado.

Con estas cifras vemos que en el período justamente después de la Declaración Balfour, cuando Palestina fue entregada a Inglaterra en calidad de mandato, los judíos componían el 11 por 100 de la población, poseyendo el 2 por 100 de la tierra. Teniendo en cuenta que el propósito judío era el establecimiento de un estado puramente judío en Palestina, estas cifras indican un grave problema. ¿Cómo podrían los sionistas controlar un país cuando los judíos en dicho país eran una pequeña minoría y cuando poseían solamente una pequeña fracción de su territorio? Evidentemente, tuvieron que hacer algo. La respuesta sionista tuvo dos vertientes. Primero hinchar la población judía en Palestina mediante la emigración a este territorio, y segundo, obtener más áreas de este territorio. Este era el programa sionista y constituyó, de hecho, la causa del terror del que estoy hablando.

El 5 de mayo de 1920 fue tomada en San Remo la decisión de transferir los territorios árabes liberados por los aliados—con ayuda árabe—del imperio otomano a los gobiernos de Gran Bretaña y Francia en calidad de manda-

tos. El territorio árabe fue dividido —por primera vez en la historia— entre dos grandes potencias. La porción británica de estos territorios se llamó entoces Irak, Transjordania (o Jordania) y Palestina. Francia adquirió el resto del Creciente Fértil, la parte conocida como Siria. Esta a su vez fue dividida en Líbano y Siria.

Las potencias mandatarias habían proclamado, el 7 de noviembre de 1918, en un documento conocido con la Declaración Franco-Británica que «el objetivo buscado por Francia y Gran Bretaña al proseguir en Oriente la guerra desencadenada por la ambición alemana es la completa y definitiva emancipación de los pueblos tan largamente oprimidos por los turcos y el establecimiento de gobiernos nacionales y administraciones que deriven su autoridad de la iniciativa y libre elección de sus poblaciones indígenas» (9).

A pesar de esta declaración, los territorios fueron dados a los británicos y a los franceses como mandatos, y en lo que toca a Palestina, el artículo 15 del Preámbulo del Mandato (del 24 de julio de 1922), establecía que la política británica en Palestina tenía por objeto: «ninguna clase de discriminación será hecha a los habitantes de Palestina en los asuntos de raza, religión o lengua. Ninguna persona puede ser expulsada de Palestina por el solo hecho de su creencia religiosa» (10). En inglés normal y corriente, y de acuerdo con lo que pasó después, quería decir que Gran Bretaña no tomaría partido entre los árabes y los sionistas, pero a la vez no se prohibía la entrada a los judíos emigrantes para realizar el plan sionista de colocar a una mayoría judía en Palestina. Como sabemos por acontecimientos posteriores, Gran Bretaña, al permitir la emigración de los judíos a Palestina, se había opuesto directamente al deseo árabe de que no se hiciera esto. Porque todos los árabes

se oponían a la emigración de los judíos, los cuales venían para agrandar la minoría judía y luchar contra ellos. De este modo Gran Bretaña había dado dos promesas, una en contradicción con la otra.

Tan pronto como se vio libre para hacer lo que quisiera en Palestina, la política británica se orientó en el sentido de fomentar la emigración judía a Palestina. El más importante puesto, el de alto comisario en Palestina, fue dado a Herbert Samuel, el judío sionista cuyas intrigas diplomáticas en los pasillos de Whitehall, en beneficio de las aspiraciones sionistas, eran notorias. Una de las primeras acciones de Samuel fue la primera ordenanza de emigración, fechada el 20 de abril de 1920, que dio permiso para una cuota de inmigración judía de 16.500 personas en el primer año.

Los emigrantes judíos fueron bienvenidos, al principio, por los árabes que pensaban que aquella desgraciada gente venía a Tierra Santa en busca de paz y seguridad, lejos de la persecución de Europa. Pronto, sin embargo, los judíos formaron comunidades separadas y grupos y organizaciones para militares (como la Hagnah, que fue armada por los británicos). Los árabes empezaron a sentir los peligros de la amenaza judía para su seguridad y prometida independencia. Los sionistas dejaron claro que conseguirían que los británicos cumplieran su promesa de ayudarles con su asistencia para crear un hogar nacional para los judíos en Palestina. Los árabes empezaron a darse cuenta del peligro y protestaron. Estas protestas principalmente tomaron la forma de manifestaciones y huelgas (una de las más notables fue la huelga de seis meses, probablemente una de las más largas de este tipo, realizadas por los árabes de Palestina en 1936). Los árabes exigían de los británicos que prohibieran la emigración y el armamento de los judíos y

que debían mantener su antigua promesa de independencia árabe. Por otro lado, los sionistas presionaban por una emigración mayor y empezaron a emplear métodos violentos para hacer que los británicos tuvieran en cuenta su punto de vista. Finalmente, las autoridades británicas se percataron del peligro, y en 1939 Gran Bretaña publicó el Libro Blanco donde se decía que hasta 1944 no más de un total de 75.000 judíos serían autorizados para entrar en Palestina (11). El Libro Blanco fue seguido por las Regulaciones para la Transferencia de Tierras de febrero de 1940, que ordenaba «este 2,6 por 100 del área de Palestina contenida bajo la regulación (es) la única tierra de Palestina que le será permitido comprar a los judíos. El resto del país sería cerrado a ellos para siempre» (12).

Los resultados inmediatos de estas regulaciones se hicieron claros cuando los sionistas intensificaron el terrorismo contra las autoridades británicas. Habiendo sido armada por los británicos mismos, la Hagananh, que supuestamente era una fuerza de policía judía supervisada por la Agencia Judía (enlace entre los británicos, la Judería Mundial y los judíos en Palestina), hizo nacer otras dos organizaciones terroristas para-militares: la Irgun Zvai y el Grupo Stern. Las tres organizaciones trabajaban contra los británicos de dos maneras. La primera, trayendo emigrantes a despecho de las leyes británicas prohibiéndolo, y segundo, matando a soldados británicos, atacando cuarteles y campamentos y robando su armamento, todo ello en un esfuerzo por inducir a los británicos a sucumbir a los deseos sionistas y dejar Palestina. (El terror sionista contra los británicos será discutido más adelante en este libro. Véase segunda parte, capítulo I, infra.)

Así, la intención de los sionistas para «meter dentro» de Palestina a los judíos del mundo fue la causa directa

del terror contra los británicos, porque éstos no cooperaron. Podría parecer extraño que no hubiera cooperación en esta etapa, después, como ya hemos visto, de que los dos lados hubieran cooperado en el contexto de la Declaración Balfour, no es sorprendente que los sionistas vieran en la actitud británica hacia sus planes como una «traición a las promesas». ¡Sin embargo, la realidad del asunto está en otra parte. El acuerdo primitivo con los sionistas fue motivado por la intención británica de cubrir sus propios intereses con una presencia en el Oriente Medio con el humanitario velo de ayudar a los perseguidos, judíos errantes, para que encontraran un puerto de paz y de seguridad. Los británicos también se habían dado cuenta que los judíos en Palestina serían sus aliados contra las aspiraciones árabes de independencia, y el mundo creería que Gran Bretaña estaba allí solamente para proteger los intereses judíos. Cuando los sionistas se convirtieron en un peligro para la supremacía británica y comenzaron a exigir su propia independencia en Palestina, los británicos tuvieron que reducir el flujo sin límites de emigrantes sionistas, y así fueron recompensados con la ira judía.

El terror sionista contra los británicos está relacionado primariamente con los asuntos de emigración y el control de la tierra. Cuando los británicos decidieron finalmente irse de Palestina, después de la discusión del problema palestino en las Naciones Unidas, hacia el final de 1947, los sionistas no tenían ya motivo para aterrorizar más a los británicos, así que se volvieron contra los árabes palestinos. Las causas del terror sionista contra los árabes serán discutidas dentro de poco, después de echar un vistazo a los problemas que surgen del asunto de la emigración, que nos proporciona una visión más profunda de la mentalidad sionista y su inclinación hacia el terrorismo.

Como resultado del Libro Blanco que hacía ilegal la emigración judía a Palestina por encima de la cuota fijada, los sionistas tuvieron que trasladar a los judíos de modo clandestino. Esto fue llevado a cabo por los ricos sionistas norteamericanos, que pagaron los barcos, y con la ayuda de los terroristas que recogieron judíos sacados clandestinamente de los países de Europa Central ocupados por los nazis, y los llevaron ilegalmente a las costas de Palestina. Los británicos detuvieron aquellos barcos y transfirieron a los potenciales emigrantes a los campos de concentración en Chipre y el Este de Africa con la mira de repatriarlos inmediatamente o después de la guerra. Los sionistas, sin embargo, continuaron llevando a los emigrantes e inevitablemente se enzarzaron en sangrientos combates con las autoridades británicas y los oficiales de seguridad que intentaban detener a los barcos en los puertos. A veces los terroristas conseguían desembarcar a aquella desdichada gente y los escondían en establecimientos judíos; en otros casos fracasaron y debido a su frustración, y en un intento de conseguir la simpatía internacional, los sionistas volaron los barcos ahogando a los judíos en ellos, junto con los soldados británicos. (Incidentes semejantes son ciertos y serán tratados más adelante, dentro del contexto del terror contra los británicos.)

La propaganda relacionada con estos incidentes tendría, indudablemente, grandes efectos en todo el mundo, especialmente en USA. La propaganda era dirigida al público norteamericano en un esfuerzo para ganar las simpatías hacia el terrorismo (mostrado como una guerra de liberación) por la deformación del comportamiento de las autoridades británicas en Palestina, acusándolas de antisemitismo. Hay por lo menos un incidente registrado que está

relacionado con la emigración y sobre el cual se hizo un gran ruido en la prensa norteamericana.

Todo empezó cuando el teniente general sir Frederick Morgan, el jefe británico de la United National Relief and Rehabilitation Administration (UNRRA) en Alemania, dijo en una conferencia de prensa en Frankfurt en 1946, que «pensaba que una desconocida organización secreta judía estaba detrás de la infiltración» de judíos desde Polonia a la zona norteamericana de Alemania con «un bien organizado positivo plan de sacarlos de Europa» (13).

El tiempo parecía estar maduro para que los sionistas montaran una campaña de propaganda todavía mayor. El hecho que los USA y Gran Bretaña decidieran mandar un comité de investigación a Palestina proporcionó a los sionistas un plan para ganar las simpatías de los miembros del Comité si los elementos propagandísticos eran bien manejados. Así, «inmediatamente antes de la sesión de apertura del Comité de Investigación Anglonorteamericano, una tormenta de indignación sionista se levantó» ante aquellas observaciones. Animados por los sionistas, toda clase de judíos empezaron a denunciar las acusaciones de Sir Frederick Morgan de tal manera que parecieran exageradas y haciéndolas aparecer como ridículas y falsas. El rabino Stephen Wise, presidente de la sección norteamericana del Congreso Mundial Judío, señaló que las acusaciones británicas «tenían sabor de nazismo». La famosa personalidad judía del cine y de la radio Eddie Cantor (nombre real: Edward Israel Iskowitz) pagó un anuncio de dos páginas en el «New York Times» para denunciar a Morgan bajo el título «Yo pensaba que Hitler estaba MUERTO». Otra personalidad que puso su parte fue el comentarista de radio Walter Winchell. Chaim Weizmann, presidente del Movimiento Sionista Mundial y la Agencia Judía para Pa-

lestina, denunció las declaraciones o acusaciones de Morgan como «claramente anti-semitas» (14).

Uno no puede reprimir su compasión hacia el teniente general Sir Frederick Morgan por su destino, al ser denunciado de tal forma por tanta gente importante, cuando estaba solamente cumpliendo con su deber, relacionado con su trabajo en Alemania. La ironía, sin embargo, es que «dos años más tarde los escritores sionistas no hacían secreto del hecho que el movimiento de los judíos por Europa Central **en route** clandestinamente a Palestina había sido organizado por la Haganah» (15). Lo que es más, cuando el objeto al que apuntaba la propaganda—de nombre Comité Anglo-Norteamericano de Investigación—vino finalmente a Palestina uno de sus miembros, Richard H. S. Crossman, un miembro del Parlamento británico (Partido Laborista), del que se sabía incluso que se había convertido en un pro-sionista después de haber sido llevado como testigo para ver lo que había en el campo de concentración de Dachau, dijo en su diario de los días pasados en Palestina, que la Haganah había, de hecho, organizado la emigración judía desde Europa Oriental para Palestina, añadiendo: «lo que el General (Morgan) dijo fue mucho menos de la verdad» (16).

La importancia de este episodio no está en la evidencia de que los sionistas mienten, lo que es expuesta por los sionistas mismos o por los que simpatizan con ellos (para esto hay muchos otros episodios en los que los sionistas exponen sus propias mentiras); su importancia reside en el hecho que este episodio arroja luz sobre dos importantes objetivos del programa sionistas después del final de la segunda guerra mundial. El primero era la frenética política de emigración perseguida por los sionistas; en otras palabras, «emigración a cualquier precio». El se-

gundo objetivo era intentar ganarse la simpatía de los norteamericanos, cuya comunidad judía proveía (libre de impuestos) los fondos para casi todas las actividades sionistas, a través de una propaganda distorsionadora.

Aparte del ejemplo de la propaganda distorsionada, el asunto de la emigración nos da una importante luz sobre el comportamiento extremadamente criminal del terror sionista. Como un resultado de los campos de concentración de Hitler, al final de la guerra se presentaron los problemas de rehabilitación de los supervivientes de esos campos. Entre esos supervivientes había 500.000 católicos, 100.000 protestantes y 226.000 judíos procedentes de diferentes países ocupados por Alemania durante la guerra (17). El Presidente Roosevelt hizo un esfuerzo antes de su muerte, cuando la información sobre esa gente estuvo disponible, para permitir a esos refugiados virtuales —llamados Personas Desplazadas— emigrar a USA y Europa. Planeó acoger en EE. UU. alrededor de 150.000 de ellos (de todas las confesiones), pero le extrañó la dura negativa de los sionistas de aceptar otro refugio que no fuera Palestina para los judíos. Se dice que dijo a la persona que le trajo la negativa sionista: «¿Qué quiere usted decir?, ¿no hay otro lugar que no sea Palestina? Ellos son los huérfanos preferidos del mundo.» Los sionistas, evidentemente, querían que los sionistas fueran a Palestina para que contribuyeran al establecimiento de una mayoría judía allí. Gran Bretaña, actuando según la cuota indicada en el Libro Blanco, rehusó garantizarles su entrada en Palestina. En todo caso, esas personas desplazadas eran europeas y no tenían nada que ver con Palestina. Esto, sin embargo, no refrenó a los sionistas de su campaña prapagandística contra Gran Bretaña, y mientras ésta se desarrollaba, a los

infortunados refugiados se les dejó pudrir esperando una solución para su problema.

No importa por qué razón, está claro que los sionistas explotaron el destino de estos infortunados. Sabemos que la mayoría de ellos optaron por Norteamérica y no por Palestina cuando se les preguntó adónde querían ir. Sin embargo, los sionistas persistieron en su obstinación e insistieron en Palestina. Además de causar muchas muertes entre los refugiados, esta cruel explotación provocó una colérica protesta contra la dureza de los sionistas. Entre las personas notables que manifestaron su desaprobación se contó Arthur Hayes Sulzberger, en aquel tiempo publicista del «New York Times», uno de los periódicos más influyentes del mundo. Siendo judío él mismo, osó oponerse al sionismo porque rechazaba la idea del nacionalismo judío y, en consecuencia, se convirtió en víctima de un terrible «boycot» y de una campaña de presión desencadenada contra él por los sionistas de Norteamérica. La desaprobación de Mr. Sulzberger de la explotación de los refugiados fue hecha pública en forma de un artículo en el cual se preguntaba: «En nombre de Dios, ¿por qué el destino de esta desdichada gente se subordina al propósito de crear un Estado?» (19).

A pesar de esta protesta, a pesar de las autoridades británicas que ilegalizaron la emigración judía, y gracias al terror sionista, los judíos continuaron llegando al país hasta que «la población judía de Palestina se incrementó desde un 11 por 100 en 1922 hasta un 32 por 100 en 1945» (20).

En febrero de 1947, Gran Bretaña, harta del terror sionista, decidió que no podía resolver el problema palestino a la satisfacción de todas las partes implicadas. Así que el problema pasó a la Asamblea General de las Naciones

Unidas, y allí se dieron los primeros pasos hacia el trágico destino de los árabes palestinos.

El problema que ocupó a la Asamblea durante siete meses terminó en una recomendación, que fue aceptada, de partición de Palestina en tres áreas. La primera, un Estado judío que comprendía alrededor del 60 por 100 de las mejores tierras, era entregado al 32 por 100 de la población de Palestina, los judíos, los cuales gobernarían sobre alrededor del mismo número de árabes incluidos en este Estado. La segunda, un Estado árabe, poblado por la mayoría de los árabes junto con una pequeña minoría de judíos. La tercera, un área comprendiendo Jerusalén y Belén con sus alrededores, convertidas en zona internacional debido al «status» religioso de los lugares. El plan de partición también disponía que realizada debía ser una Unión Económica entre los dos Estados para ayudar a mantener al más pobre de ellos, el árabe. El plan era ridículamente impracticable. Primero, de manera oficial, se hacía una discriminación entre cristianos y musulmanes por un lado y judíos por otro, haciendo de cada grupo una raza separada; los primeros, cristianos y musulmanes, eran considerados como árabes, y los últimos como judíos —como si los judíos fueran una raza separada en el país—. Segundo, el plan dividía el país de una manera tan ligera, que había gente que tenía sus casas en un Estado y sus granjas o sus puestos de trabajo en otros. Las víctimas de esta absurda planificación eran invariablemente los árabes. Tercero, las divisiones, aunque muy bonitas en el mapa, eran totalmente impracticables, de manera que una serie de puentes y de corredores de tierras cultivables tendrían que ser erigidos desde un Estado a otro para servir como pasajes neutrales —una especie de tierra de nadie—. Cuarto, y lo más importante, el plan estaba obviamente lleno de

prejuicios. Los judíos (una minoría de un 32 por 100) recibían el 60 por 100 o casi de las mejores tierras cultivables, de las cuales de hecho poseían sólo alrededor del 10 por 100, mientras que los árabes (una mayoría del 64 por 100) recibían menos del 40 por 100 de su tierra (restando de ésta la zona internacional de Jerusalén) cuando de hecho poseían el 94 por 100 del total de las tierras palestinas, y el 90 por 100 de las tierras eran dadas a los judíos.

La votación final del plan tuvo lugar, después de numerosos retrasos, el 29 de noviembre de 1947. Los retrasos fueron intencionados. Los sionistas, ayudados por los Estados Unidos, necesitaban presionar a unos pocos Estados por sus votos. El plan parecía legalizar su demanda de Palestina; por consiguiente, los sionistas querían que fuera adoptado, y para que esto ocurriera era necesaria una mayoría de dos tercios de los votos de la Asamblea General. Al principio, esto no ocurrió. Finalmente, lo consiguieron, después de que los sionistas hubieran aplicado bastantes presiones sobre la Casa Blanca y sobre algunos funcionarios norteamericanos —amenazando con el uso del «voto judío» en las elecciones presidenciales de 1948—. Los funcionarios norteamericanos que hicieron el sucio trabajo para los sionistas en la Asamblea General y sus pasillos se comportaron de manera vergonzosa y deshonesto, solicitando a los pocos Estados cuyos votos eran necesarios para que el plan de partición fuera aceptado por la mayoría requerida. Este complejo de grupos de presión —un ejemplo de violencia y del terrorismo sionista, aunque aparentemente inofensivo— voy a discutirlo más adelante en el libro. Por el momento, sin embargo, incluyo una declaración de James V. Forrestal, Secretario de Defensa de USA en aquel tiempo, que resume todo el asunto. Re-

firiéndose a la manera en la cual los USA y los sionistas forzaron la adopción del Plan de Partición, dice: «Los métodos que han sido usados..., haciendo coerción y coacción sobre otras naciones en la Asamblea General rayaron en el escándalo» (21). De este modo, los sionistas iban a tener su Estado judío en Palestina por fin. Los británicos habían decidido dejar Palestina el 14 de mayo de 1948; por consiguiente, los sionistas habían ganado su batalla terrorista contra ellas. Ahora se volvieron contra el otro obstáculo en su vía hacia la formación de un Estado, los árabes. El Plan de Partición no era más que una recomendación; incluso aceptado por la ONU, no podía forzarse su cumplimiento a una de las partes que no lo deseara. Los sionistas lo habían aceptado porque representaba lo mejor que podían lograr legalmente en aquel tiempo y porque no tenían nada que perder aceptándolo. Por otro lado, los árabes podían perder más de la mitad de su país, además de la independencia que habían esperado durante tanto tiempo. Luego era natural que rechazaran el plan. Sin embargo, el rechazo árabe de aceptar el Plan de Partición no fue la causa del terror sionista contra los árabes. El Estado judío, de acuerdo con el Plan de Partición, debía ser habitado por 499.000 judíos junto con 405.000 árabes cuyos hogares y lugares de trabajo estaban en el área que había sido dada a los sionistas. Desde que los sionistas tuvieron la intención de crear un Estado puramente judío, naturalmente temieron a los árabes que iban a compartir el Estado con ellos, especialmente cuando estos árabes veían negado el privilegio de tener un lugar en la acción de gobierno, y esperaban que se resintieran de la situación, y quizá actuaran en contra de ella. La solución consistía en arrojar a los árabes del Estado que iba a ser judío. Además, desde que los sionistas habían planeado

«introducir dentro» al mayor número de judío que les fuera posible procedentes de todo el mundo, no estaban satisfechos con que se fueran; tenían la intención de expandir sus fronteras tan lejos como fuera posible.

La situación en aquel tiempo era la siguiente: habiendo manifestado Gran Bretaña su intención de evacuar Palestina el 14 de mayo de 1948, los sionistas habían cesado sus operaciones terroristas contra ellos, ya que habían logrado sus propósitos en todo lo que querían, y ahora, después de acumular armas y experiencia en terrorismo, se volvieron contra los árabes.

Cuando los árabes de Palestina comprobaron que la evacuación británica del país dejaba las manos libres a los sionistas contra ellos, pidieron ayuda a los Estados árabes vecinos. Los británicos, sin embargo, no permitían que ningún ejército árabe entrara en Palestina mientras ellos permanecieran en ella, y además, rechazaron proteger las aldeas árabes contra los ataques sionistas, porque, como ellos decían, no disponían de suficientes soldados, debido a la evacuación y a otras excusas. Los sionistas planeaban utilizar esta situación. Los árabes palestinos permanecerían indefensos hasta el 14 de mayo, en que los ejércitos árabes podrían venir. Así, los sionistas tuvieron siete meses para aterrorizar a los árabes para que dejaran el Estado judío, y también extenderse, controlar y desarabizar tanto como pudieran del proyectado Estado árabe. El hecho que los sionistas sabían que, tan pronto como salieran los británicos, tendrían que enfrentarse con los ejércitos árabes, hacía necesaria una campaña rápida y concentrada de terror para lograr sus fines y también colocarse en una posición de fuerza para cuando éstos entraran. El resultado fue que los árabes de Palestina se enfrentaron con bandas

terroristas de asesinos durante siete meses del terror más horrible.

Nosotros sabemos que el terror era inevitable desde el punto de vista sionista. A pesar del hecho que los argumentos sionistas para el nacionalismo judío no eran válidos, pues se inferían de la falsa premisa que los judíos formaban una raza definitiva y separada, habían logrado una promesa de los británicos de que la tierra de Palestina sería usada como un hogar nacional. Más tarde, cuando llegaron a Palestina, se enfrentaron con problemas muy importantes: tuvieron que ser libres para «introducir dentro» a todos los judíos que quisieran, tuvieron que crear una mayoría judía en Palestina, tuvieron que deshacerse de la presencia británica y tuvieron que controlar un área muy amplia de Palestina para poder lograr un «status» respetable y seguro de nacionalidad. No se podían resolver estos problemas si no era utilizando el terror sobre la gente que constituía un obstáculo. Estas, de hecho, fueron las causas del terror sionista, primero dirigido contra los británicos y luego con los árabes. (El desarrollo de este terror seá discutido más adelante en el libro.) Los resultados de este terror fueron, aparte de lograr todos los propósitos sionistas, el nacimiento de un fuerte cuerpo de organizaciones paramilitares armadas, que más tarde serían transferidas al ejército israelí, y la fundación de un Estado que iba a existir sobre tierras adquiridas sin la molestia de tener que pagar por ellas.

Un curioso aspecto del terror sionista fue la falta de protesta pública en contra suya. Las razones son varias. En el caso del terror contra Gran Bretaña, la propaganda sionista lo había presentado como una guerra judía de liberación, presentando a los británicos como nazis anti-semitas —sobre todo en la propaganda desarrollada en Es-

tados Unidos—. En el caso del terror contra los árabes, no lo hicieron muy público cuando importaba. Lo que hubiera sido efectivo, la intervención de las tres grandes potencias: USA, Gran Bretaña y la URSS, nunca llegó. Las razones son diversas.

Gran Bretaña había sufrido bastante el terrorismo en Palestina como para preocuparse del sufrimiento árabe. Además, cuando todo madurara, un Estado judío en Palestina serviría mejor a los intereses británicos que un Estado árabe grande, unido e independiente en el área. Como el canal de Suez y la ruta a la India necesitaban protección de cerca, un Estado judío sería más beneficioso a los proyectos británicos que un Estado árabe independiente que controlara estos lugares estratégicamente importantes. Gran Bretaña ya había negociado y llegado a un acuerdo con los sionistas en el asunto de la Declaración Balfour. En aquel acuerdo, Gran Bretaña había cumplido su parte al dar la tierra de Palestina para los sionistas. Quizá ahora los sionistas ayudarían a los británicos a proteger sus líneas de comunicaciones.

La razón que había detrás de la no-intervención norteamericana contra el terror antiárabe de los sionistas era diferente. La política en USA está ampliamente influida por los fondos judío-sionistas que dan a ambos partidos; además, la utilización de lo que se conoce como el «voto judío» en tiempos de elección, ha hecho siempre necesaria una política norteamericana favorable a Israel en cuanto concierne al Oriente Medio. Por otro lado, el control sionista de los medios de información norteamericanos es enorme; el capital judío puede hacer o deshacer un periódico en aquel país simplemente debido a la dependencia de los factores económicos, tales como el poder de los anuncios. Estos dos factores, que hacen al sionismo tan

poderoso en USA, no son imaginaciones ficticias, son amargas realidades y serán discutidas y probadas más tarde. En cuanto a lo que aquí nos atañe, hubiera sido impensable para los norteamericanos condenar el terror sionista o intervenir para detenerlo.

La tercera gran potencia que podía haber detenido el terror, pero no lo hizo, fue la Unión Soviética. Las razones que hubo detrás de la no-intervención soviética son más profundas. Formaban parte de un plan muy astuto de maniobras políticas. La influencia en el Oriente Medio era, y todavía es, deseada por los soviéticos. Los dirigentes del Kremlin habían inferido correctamente que, si el terror sionista podía desalojar a los británicos de Palestina, un estado de caos se produciría en Oriente Medio, que lo haría débil e inestable. Los rusos vieron que en la lucha que seguramente seguiría, entre los árabes y los sionistas, el Occidente siempre se alejaría de los árabes debido al apoyo dado a los sionistas. Los árabes, al buscar amigos poderosos en otros lugares, caerían fácilmente bajo la influencia soviética. Tan pronto como esto ocurriera, los soviéticos pensaron que podrían infiltrarse en el área mediante tratados de amistad, ayudar y luego cambiar la actitud árabe hacia el comunismo. Este proyecto dependía para su éxito último del éxito del terror sionista y la evacuación de los británicos. Por eso, la Unión Soviética no intervendría para detener el terror. Las relaciones entre los árabes y la Unión Soviética hoy día prueban cuán astuto y efectivo era el proyecto soviético. Los rusos han logrado cubrir casi todos los pasos del plan, excepto el último, porque los árabes, a pesar de la ayuda soviética, todavía rechazan el comunismo, y la prueba es que los partidos comunistas están prohibidos en los países árabes, mientras —como contraste— Israel, ostensiblemente enemiga de los

rusos y amiga de las democracias occidentales, tiene toda clase de partidos e ideologías, desde el socialismo moderado hasta el comunismo extremo.

De esta forma, el terror sionista no tuvo que enfrentarse a nadie en el mundo y pudo lograr todos sus fines. Los resultados: el Estado de Israel fue creado y los árabes palestinos se convirtieron en los amargos refugiados de hoy, que han jurado venganza y la liberación de Palestina.

En los últimos veinte años, desde la tragedia de Palestina, Israel ha insistido a menudo en que los árabes dejaron sus casas por su propia voluntad. Esta es una increíble mentira. Considérense todo lo que implica. Un escritor sionista se refiere el Plan de Participación de la ONU en estos términos: «El error más grave del Estado judío, tal como fue pensado por la ONU, era que comprendía 405.000 árabes (excluyendo a 105.000 beduinos) contra 499.000 judíos» (22). Después de que estos árabes hubieran sido atemorizados y arrojados de sus hogares junto con un número similar de árabes que vivían en el Estado árabe del Plan de la ONU, un escritor británico dijo: «Si los árabes palestinos se hubieran quedado en sus casas, el Estado de Israel no podría haber llegado a ser casi totalmente judío» (23).

De este modo, los árabes cometieron el error de abandonar sus hogares. Vamos a contestar a esta pregunta: ¿Por qué un pueblo pacífico, viviendo durante siglos en una tierra considerada sagrada por mucha gente en el mundo, trabajando felizmente sus campos, ocupada en sus tareas y mirando ante sí un futuro feliz, repentinamente, y en el intervalo de pocos meses, empieza a dejar sus tierras, campos, trabajos, casas, aldeas, pueblos e incluso ciudades, dominados por el pánico, escapando del país a

través de una frontera artificial, con los rostros expresando un indecible horror? ¿Por qué las familias dejan el calor del hogar, las tazas de café a medio tomar, una mañana para llegar por la noche a otro país donde solamente hay tiendas de campaña para resguardarlas, y la fría, húmeda tierra para servirles de lecho. ¿Qué movió a una gente inteligente, responsable, a coger a sus familias y llevarlas tan lejos como les fuera posible de sus hogares, no osando mirar atrás por donde habían venido? ¿Qué misteriosas causas actúan sobre la huida de 800.000 personas que sólo puede ser descrita como histeria, o pánico de masas?

La respuesta es el terror sionista.

Resumiendo: primero, la ideología sionista, al emanar del segregacionismo, produce ideas de exclusividad racial y ultranacionalismo en los espíritus judíos. Esto se resuelve en discriminación y en violencia extrema. Segundo, la situación internacional estaba a favor de los propósitos sionistas debido a varias razones, incluyendo la eficaz propaganda y la influencia sionista en varias partes del mundo. Tercero, los objetivos sionistas eran dificultados por la presencia de los británicos en Palestina que prohibían el flujo de una emigración judía incontrolada, y cuarto, los fines sionistas eran dificultades para una obstinada población que no quería moverse ni vender sus tierras. En 1895, Theodor Herzl, el judío austríaco que fundó el sionismo, había anticipado la oposición árabe a la idea de un Estado judío en su país y pensó que la presión económica sería suficiente para desalojar a los árabes. Su consejo fue, que en caso de oposición árabe, «echar a la población sin recursos a través de la frontera, denegándoles empleo» (24).

Tal y como ocurrieron los hechos, sin embargo, sus herederos encontraron que las presiones económicas no eran

efectivas en absoluto; así que hubo que emplear presiones físicas —en otras palabras, el terror—. Palestina es un país de unas 13.000 millas cuadradas de superficie que en 1948 estaba poblado por 1.200.000 árabes. El sionismo quería apoderarse de la tierra para beneficio de los 600.000 residentes, además de millones de judíos que iban a ser «recogidos». El Plan de Partición de la ONU dio alrededor del 60 por 100 de las 13.000 millas cuadradas a los judíos. Esto, sin embargo, no era suficiente para establecer a todos esos judíos, sobre todo al tener que repartir ese 60 por 100 con 405.000 árabes. Sencillamente, tuvieron que encontrar una solución. La solución que encontraron tipifica el carácter y la mentalidad de estos sionistas: echar a 1.200.000 árabes fuera de Palestina o, si esto fracasaba, a los 405.000 fuera del Estado judío proyectado, además de tantos otros como les fuera posible. Los resultados serían una tierra cuyos suelos cultivables estarían libres para los emigrantes y los que venían a establecerse allí a trabajar. Esta era la tarea del terror sionista. (Será desarrollado en los capítulos que siguen.)

## NOTAS

(1) Profesor Arnold Toynbee: artículo en el «New York Times», del 7 de mayo de 1961.

(2) Alfred M. Lilienthal: «What Price Israel», Henry Regnery Co., Chicago, 1953, p. 20.

(3) Declaración Balfour, de una reproducción fotocopiada publicada en «The Times», Londres, 2 de noviembre de 1967, núm. 10, 50 aniversario del documento.

(4) Debates parlamentarios—Cámara de los Comunes, volumen 326, colección 2.330.

(5) Royal (Peel) Commission RReport (His Majesty's Staionary Office, Londres, julio de 1937, Command Paper 5.479, p. 23).

(6) *Ibíd.*

(7) *Ibíd.*

(8) Lilienthal: *op. cit.*, pp. 18-19.

(9) Harry Sacher: «Israel: The Establishment of a State», G. Weidenfield & Nicolson, Londres, 1952, p. 5. El texto completo de esta declaración puede encontrarse en George Antonius: «The Arab Awakening», Khayat's Beirut, 1955, primera edición en 1938, apéndice E, pp. 435-6.

(10) Sacher: *op. cit.*, p. 8.

(11) Vide Menachen Begin: «The revolt, Story of the Irgun», Henry Schuman, Nueva York, 1951, p. 33.

(12) Sacher: *ob. cit.*, p. 17.

(13) George Kirk: «Survey of International Affairs», «The Middle East 1945-1950». Publicado bajo los auspicios del Royal Institute of International Affairs. Director editor de las series, profesor Arnold Toynbee, Oxford University Press, Londres, 1954, p. 204, tomado del informe de la Associated Press referente a la conferencia mencionada. Citado también en otros lugares por escritores sionistas; por ejemplo, Sidney Hertzberg: artículo «The Month in History», en «Comentary», febrero 1946, pp. 44-5.

(14) Kirk, 1945-50: *op. cit.*, p. 204, entera para las cuatro citas en el pasaje.

(15) *Ibíd.*, de los escritores sionistas mencionados, véase Mark Wischnitzer, en «To Dwell in Saphety», Filadelfia Jewish Publication Society of America, 1948, pp. 278-9. También Trevor Under: «The White Paper», p. 143.

(16) R. H. S. Crossman, M. P.: «Palestine Mission», pp. 91-5; citado en Kirk, 1945-50: *op. cit.*, p. 204, nota 3.

(17) Cifras del Informe Oficial del Comité Anglo-Norteamericano de Investigación, citado por Lilienthal: *op. cit.*, p. 28.

- (18) Arthur H. Sulzberger: artículo en el «Spectator», 22 de julio de 1960.
- (19) Lilienthal: op. cit., p. 40.
- (20) «The Forrestal Diaries», Viking Press, New York, 1950 y 1951, p. 363.
- (21) Sacher: op. cit., p. 269. Paréntesis en el original.
- (22) Godfrey Lias: «Glubb's Legion», Evans Bros. Ltd., London, 1956, p. 183.
- (23) Theodore Herzl: «The complete Diaries», vol. I, 1960, p. 88, 12 de junio de 1895.



## **PARTE SEGUNDA**

### **CAPITULO I**

#### **LOS SIONISTAS Y LOS BRITANICOS**

Como ya hemos visto en las páginas anteriores, el factor que estaba tras el terror era el deseo de crear un Estado judío en Palestina después de haber eliminado el obstáculo «árabe». También hemos visto que la emigración de judíos a Palestina era el instrumento más importante empleado para fomentar el objetivo de crear un Estado. En este capítulo intentaré hacer un estudio del terror sionista dirigido hacia las autoridades del mandato británico en Palestina. El hecho de que hubiera terror contra los británicos no contradice el otro hecho de que los sionistas habían previamente colaborado con los británicos, como ya hemos visto. Realmente lo confirma. Hemos visto que las autoridades británicas permitían la emigración hasta que la situación que surgió del flujo de los judíos les abrió los ojos al peligro y, en consecuencia, el movimiento de emigración fue ilegalizado si pasaba de ciertos límites. Esto fue considerado por los sionistas como una contradicción con la promesa de los británicos de permitir a los judíos para que vinieran y se establecieran en Palestina para formar su hogar nacional. Los judíos, o sus dirigentes sionistas, se decidieron por el terror. Decidieron que la única manera de que los británicos aceptaran la emigración, como querían

los sionistas, era aterrorizando a las autoridades. La campaña de terror empezó con objeto de promocionar la emigración, pero pronto, después de la guerra, se hicieron peticiones para que los británicos evacuaran Palestina y entregaran la tierra a los judíos. A esto lo llamaban «la lucha por la independencia judía».

En las páginas que siguen voy a intentar dar un repaso de las operaciones terroristas más importantes contra los británicos. De los tipos de operación descritos el lector recibirá una idea de cómo trabajan los sionistas, cómo trataron a sus amigos de ayer, y tendrá más datos para conocer su mentalidad; así, cuando lleguemos al estudio del terror dirigido contra los árabes, que eran el obstáculo real en el camino de la creación de un Estado judío, será mejor entendido lo que ocurrió. En otras palabras, el terror contra los británicos, los cuales, básicamente, no eran los enemigos de los sionistas, será visto en relación con el terror contra los árabes, que eran los enemigos de los terroristas. Ambos aspectos del terror pueden darnos una coherente imagen y sirven para mostrar los métodos y mentalidad sionistas. Mostrarán también la importancia de la contribución realizada por el terror al establecimiento del «Estado judío-sionista» en la tierra de Palestina.

Alrededor de abril de 1937, un judío residente en Palestina, llamado Vladimir Jabotinsky, dijo que el pueblo judío nunca lograría formar un Estado en Palestina, «al menos que estuviera preparado a luchar por ello» (1). Cómo iban a luchar por ello, él ya lo había explicado al establecer una organización para-militar en Palestina. La llamó la Organización Nacional Militar, en hebreo «Irgun Zvai Leumi» (IZL o Etsel), destinada a crecer, convirtiéndose en una de las tres bandas terroristas bajo las que iba a sufrir Palestina. La IZL o Irgun fue conocida como orga-

nización terrorista desde el principio de su carrera. Lo que Jabotinsky quería decir en su declaración era que los judíos nunca podrían conseguir la creación de un Estado al menos que practicaran el terrorismo. Esto es exactamente lo que hicieron y de esta manera lograron crearlo.

Poco después de la segunda guerra mundial no había una, sino tres organizaciones sionistas básicas para-militares en Palestina trabajando contra los británicos y más tarde contra los árabes. Eran la Haganah, el Irgun y el Grupo Stern. En aquel tiempo, los miembros de la Haganah eran no menos de 60.000 judíos sionistas. La Haganah fue dividida en tres divisiones básicas: la primera era una «fuerza estática de 40.000 colonos y gentes del pueblo»; la segunda era un «ejército de campaña» de 16.000 personas, entrenadas en «operaciones más móviles»; la tercera, y la más efectiva, era el Palmah (o Palmach), una fuerza de plena dedicación, «permanentemente movilizada» y con un número de «6.000 en tiempos de guerra y 2.000 en tiempos de paz». La segunda organización, la Irgun o IZL, comprendía entre 3.000 a 5.000 terroristas armados, mientras que el Grupo Stern se componía de «200-300» de peligrosos fanáticos (2).

Las raíces de las tres organizaciones para-militares surgieron incluso antes que la llegada del mandato británico a Palestina y se desarrollaron bajo él. En aquel tiempo, los colonizadores judíos habían formado un grupo de vigías montados y armados llamado «Hashomer», y con el advenimiento del mandato británico, el «Hashomer» se convirtió en Haganah (Defensa), un ejército o policía secreta. Durante los primeros años británicos, las fuerzas de la Haganah eran tropas armadas semilegalizadas que mantenían la seguridad en los establecimientos judíos. Su dirección la tenía la Agencia Judía, el cuerpo ejecutivo que los bri-

tánicos reconocieron como el enlace entre el judaísmo mundial y las autoridades británicas y los judíos en Palestina. El presidente de la Agencia era Chaim Weizmann (más tarde primer presidente de Israel), y entre sus miembros más prominentes se encontraba David Ben Gurión, primer jefe de Gobierno de Israel. La Haganah fue parcialmente armada por los británicos. En 1941 la Haganah creó las tropas de choque conocido como el Palmach, hombres y mujeres de plena dedicación, que más tarde se incorporaría al ejército israelí, el Zahel. Entre los primeros terroristas sionistas, dos nombres que más tarde se hicieron famosos: Isthak Rabin (después general) y Moshe Dayan (comandante en jefe del ejército israelí en dos campañas importantes, 1956 y 1967) y ahora ministro de Defensa de Israel.

En cuanto al Irgun Zvai Leumi, surgió de los miembros de la Haganah y su rama Palmach, que debían fidelidad a los revisionistas, el ala nacionalista extremista del movimiento sionista, que no estaba dispuesta a obedecer a la Agencia Judía, que quería diluir el terror de la Haganah para que no perdiera su respetabilidad. En 1933, Vladimir Jabotinsky, uno de los más extremistas de estos nacionalistas, se separó de la Haganah con sus hombres y formó el Irgun. Del Irgun salió otra escisión en 1939, cuando Abraham Stern, uno de los terroristas más sanguinarios, se separó del mando del Irgun y formó los «Combatientes Libres de Israel» o FFI, que llegó a ser conocido por los británicos como Grupo (o banda) Stern.

El Irgun Zvai Leumi fue creado, como hemos visto, en 1933 por Jabotinsky, que la asoció con una primitiva creación suya —el «Brit Trumpeldor» o «Betar», «una joven organización sionista-revisionista, que fundara en 1923» (3)—. En 1935, el Irgun era dirigido por su «comandante, David

Raziel, y su lugarteniente, Abraham Stern» (4). Como hemos visto, Abraham Stern dejó el Irgun en 1939 para formar la que iba a ser conocida como la Banda Stern, pero fue muerto por la policía británica en 1942 por sus actividades, y el modando del Grupo Stern cambió de nombre. Alrededor del momento en que empezó el terrorismo real contra los británicos, los comandantes de las tres organizaciones para-militares eran los siguientes: el doctor Moche Sneh, dirigente de la Haganah; Menachem Begin (o Beigin), que sustituyó a Raziel como comandante de la Irgun, asistido por un «alto mando» formado por Arie Ben-Eliezer, Eliahu Lankin y Shlomo Levi (5). El nuevo dirigente de la banda Stern era Nathan Friedman-Yellin.

A despecho de las diferencias entre los tres grupos, cooperaban en sus actividades, aunque admitían no tener el mismo fin, incluso aunque dijeran no compartir la ideología. La Haganah estaba adherida al partido socialista y obedecía a la Agencia Judía, esforzándose en mantener su semioficial posición y su «status» ante los británicos. De hecho, los británicos no se oponían a la Haganah, excepto al Palmach, que dirigía el terror. En cuanto al Irgun, sus miembros pertenecían a la extrema derecha, y cuando en 1948 el Irgun se convirtió en el partido Herut Israelí (el Bloque Liberal), sus dirigentes, bajo el mando de Menachen Begin, dejaron sus trabajos de terroristas y asesinos por el de miembros del Parlamento israelita. Después de 1948 los miembros de la Haganah mandaron el ejército israelita, donde se encontraban terroristas del Irgun y de la banda Stern. Sus dirigentes se convirtieron en ministros y, junto con la Agencia Judía, formaron los partidos socialistas israelíes. Los miembros de la banda Stern continuaron siendo amigos del Irgun, a pesar de su escisión de la organización madre. Begin, dirigente del Irgun, llama

a los sternistas «nuestros camaradas en rebeldía» (6). Por supuesto, en última instancia, la cooperación entre los tres grupos terroristas era inevitable, porque el objetivo era el mismo para las tres organizaciones: forzar a los británicos a hacer una política favorable a los sionistas. El examen de los británicos de este período manifiesta que Sneh (de la Haganah) y los dirigentes de las otras dos organizaciones terroristas (Begin y Friedman Yellin) habían llegado a un acuerdo por medio del cual sus fuerzas cooperaban bajo la dirección de la Haganah en operaciones ofensivas contra instalaciones (7).

El doctor Moshe Sneh, apoyado por los miembros del estado mayor de la Agencia Judía, tomó una decisión, cuando los británicos parecieron dudar si permitir o no la emigración masiva de los judíos, exigida por los sionistas. Estos miembros de la Agencia Judía «empezaron a conspirar con el propósito de forzar las vacilaciones británicas, con aquellas muy extremistas organizaciones «disidentes» de la autoridad de la Agencia» (8). Sneh sugiere «que las organizaciones militares pueden causar 'un serio incidente', que sería como «una advertencia y una indicación de muchos más serios incidentes que podrían amenazar la seguridad de los intereses británicos en el país... si el Gobierno no podía escuchar las exigencias sionistas» (9). «Un serio incidente» ocurrió y el Gobierno no escuchó las exigencias sionistas a pesar de la advertencia, y de acuerdo con lo prometido, «incidentes mucho más serios» siguieron.

El Irgun se adhirió a la política general de la Agencia de «terror para la emigración» junto con la banda Stern, pero los dirigentes del Irgun eran más ambiciosos y más astutos. Según Begin, el dirigente del Irgun, su objetivo era minar el prestigio británico. El dice: «Nosotros sabía-

mos que, en general, los funcionarios británicos evitaban que su gobierno dependiera de la fuerza, sino más bien del poder del prestigio.» Si los terroristas del Irgun destruían el prestigio británico en el país, «la eliminación de su gobierno se seguiría inmediatamente». Begin continúa: «Desde el principio no dimos paz a este punto débil. Durante todos los años de nuestra rebelión golpeamos el prestigio del Gobierno británico deliberada, incansable, crecientemente» (10). Begin habla de «... acontecimientos y acciones, no estrictamente militares que golpeaban las raíces del prestigio del gobierno más, quizás, que brillantes operaciones militares» (11). Ejemplos de esos «grandes y pequeños» acontecimientos y acciones eran «las palizas a los oficiales» y «los ahorcamientos» (12). Entre los métodos del Irgun se contaban también el espionaje de los británicos y de los árabes, así como la publicación de sus versiones de sus acciones. Para estos fines fue creado un servicio de Inteligencia llamada «Fuerza Revolucionaria de Propaganda» (13).

En cuanto a la banda Stern, sus objetivos eran más modestos, porque eran más modestos en número. Ellos sólo mataban la mayor cantidad posible de oficiales y soldados británicos. Pero su contribución era usada enteramente por la Agencia, que la incluía en el programa «terror para la emigración».

Sea lo que pensemos de las acciones de estas organizaciones, no podemos sino aceptar que eran, para decir lo mínimo, criminales. Según Begin, sin embargo, estos terroristas eran revolucionarios que practicaban «la guerra revolucionaria» (14). Declara, sin embargo, que sus enemigos, es decir los británicos, les llamaban «terroristas», aunque un amigo irlandés, en orden «a ponerlos ante la Historia», les llamaba «patriotas». También según Begin,

el general McMillan, GOC de las fuerzas gubernamentales en Palestina, pensaba que «terroristas» era demasiado bueno para nosotros». Así que los llamaba «maleantes asesinos» (15). En Gran Bretaña, sin embargo, los periódicos, miembros de ambas Cámaras del Parlamento, ministros de Estado, generales, almirantes, obispos y juristas se referían a Begin como «El Terrorista Número Uuno». Esta lista es ofrecida por Begin mismo, que goza jactándose de ello, y ser llamado «terrorista número uno» por semejante gente, le gusta incluso más. Ni el más mínimo libro, sea norteamericano, británico e incluso sionista, al hablar del terror en el mandato de Palestina, pone en duda que Begin era el más notorio de los terroristas. Por su contribución a Israel fue prontamente recompensado. Hoy es miembro del Parlamento israelita (Knesset), dirigente del partido «liberal» Herut, de extrema derecha, y ministro de Estado.

El propio Menachen Begin es nuestra mejor fuente para las operaciones terroristas. Hemos visto ya que se refiere a las operaciones de terror como «no militares» estrictamente hablando» (16). Sin embargo, va a decirnos, más adelante, que estas operaciones «formaban todas parte de la historia militar del pueblo judío» (17). Esta historia militar del pueblo judío, a que se refiere Begin, debe significar todas las antiguas revueltas contra los romanos, más los modernos asaltos y asesinatos, o, como Begin les llama, la obra de la Fuerza de Asalto del Irgun que «desorganizó los transportes enemigos (británicos)..., destruyó puentes, arrancó las vías de ferrocarril, demolió estaciones, voló trenes, minó carreteras, hizo arder carros blindados»; esto, y los ataques contra «edificios y barracas (que) eran rápidamente reducidos a ruinas» (18).

Estas operaciones terroristas incluían ataques contra cuarteles británicos con la intención de robar tantas armas

y municiones como fuera posible, como los de Sarafand y Ramat Gan (19). Un asalto fue perpetrado contra el aeródromo de la RAF en «Akir», donde los terroristas del Irgun, para conseguir entrar, se vistieron de soldados británicos. Cuando estuvieron dentro, ordenaron a los soldados británicos levantar sus manos. Los soldados tomaron la cosa a broma, porque los «atacantes» estaban en uniforme del ejército británico. El jefe de los terroristas dijo: «No soy un sanguinario oficial británico; soy un terrorista del Irgun Zvai Lemi» (20). Según Begin, las actividades del Irgun también incluían difundir su propaganda por una estación de radio: «Publicamos una advertencia, que la estación estaba bajo guardia armada y que si fuerzas militares intentaban coger a nuestro transmisor, tendrían que pagar por el intento», manifiesta entonces que «nuestra advertencia fue efectiva» (21), así que continuaron radiando toda la propaganda y los insultos que querían sin ser molestados.

Bajo la dirección del Irgun, el terrorismo no se confinaba en el sabotaje y asesinato, sino que también hacía incitaciones a los colonos judíos a una revolución civil contra el mandato. Begin dice: «Una nación que lucha por su vida y su futuro tiene muchas armas. No pagar los impuestos del régimen, desobedeciendo órdenes y leyes, dejar de utilizar sus oficinas, sus funcionarios y sus juzgados, ocupando tierra gubernamental—esto es, tierras que el Gobierno nos ha robado— (según la interpretación de Begin sobre la propiedad de esta tierra, era suya porque le había sido prometida por la Biblia; ahora, Gran Bretaña, al negarles la creación de un Estado, se la había robado), y negarse a irse, establecer un Gobierno provisional judío para encabezar la lucha nacional—, todos éstos son actos de guerra...» (22).

La principal actividad de los terroristas, sin embargo, era la emigración. Barcos, pagados por dinero de judíos norteamericanos, y tripulados por emigrantes, sacados ilegalmente de la Europa Central por la Haganah, que funcionaba bajo la dirección de la Agencia Judía, fueron traídos ilegalmente a Palestina. Sabiendo que los oficiales de Seguridad británicos sin duda les interceptarían, los futuros emigrantes, sin embargo, fueron traídos, tal vez para utilizar su desgracia como material propagandístico. Esto es, diciendo al mundo: «Miren cómo Gran Bretaña niega la entrada a estas víctimas desgraciadas de la guerra.» Los británicos hicieron el juego a los sionistas sin darse cuenta; capturaban a los refugiados y los llevaban a Chipre o a Africa Occidental o los internaban en campos de detención en Palestina hasta que pudieran devolverlos después de la guerra—normalmente a Alemania—. El (el 10 de octubre de 1945), la Palmach, el ala permanentemente movilizada de la Haganah, asaltó el campo de internamiento del Gobierno de Palestina para emigrantes de Athlitt, al sur de Haffa, y liberó a 208 de los emigrantes ilegales detenidos, quienes fueron inmediatamente absorbidos por los establecimientos, proporcionándoles documentos de identidad falsificados» (23). Antes del final de la guerra ocurrió otro incidente que fue aún más violento. Se refiere al barco emigrante «Patria», interceptado por las autoridades británicas, que le ordenaron abandonar las costas de Palestina con su cargamento humano y volver al lugar de su procedencia. Sin embargo, «los terroristas judíos colocaron una bomba para prevenir su salida. La bomba explotó y más de doscientos (emigrantes) judíos resultaron muertos o ahogados. Las autoridades se dieron cuenta que ésta no era una operación de la Irgun Zvai Leumi; era la Haganah quien había colocado la bom-

ba» (24). Uno piensa qué es lo que puede obligar a los judíos, incluso a los que son terroristas, matar a los judíos de esta manera. La razón no puede ser otra que la propaganda. El asunto del «Patria» fue hecho público en todos los lugares del mundo donde los sionistas podían hacerlo. El resultado fue una simpatía mundial por los judíos que habían sido asesinados de «una manera tan brutal por los británicos».

Los tres grupos terroristas empezaron a unir su esfuerzo al término de la segunda guerra mundial. Un ejemplo se dio «la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre» de 1945, cuando los tres grupos, ahora actuando bajo el nombre, probablemente sugerido por la Agencia Judía, de «Movimiento de Resistencia Judía», y en conformidad con una propuesta anterior de Sneb de causar un incidente serio, provocaron muchos a la vez. Los británicos se refieren a los incidentes de aquella noche como «el golpe de advertencia» del Movimiento de Resistencia. La Palmach hundió tres pequeñas embarcaciones de guerra que habían sido usadas para la intercepción de los emigrantes ilegales (dos barcos fueron hundidos en el puerto de Haifa y otro en Jaffa (25), y sabotearon las vías de los ferrocarriles de Palestina en cincuenta localidades (26). «La línea fue volada en 135 lugares en total, destrozándola por completo» (27). La IZL (Irgun) atacó la estación de ferrocarril de Lydda, causando algunos daños y víctimas, y el Grupo Stern llevó a cabo un ataque en las refinerías petrolíferas de Haira, en el cual murió un hombre» (28). En un telegrama a su oficina en Londres, el primero de noviembre, la Agencia Judía, jactándose, informó de la acción y dijo que «las actividades han causado una gran impresión en el país. Las autoridades están confusas» (29).

Pronto, viendo que las autoridades británicas eran im-

placables y todavía seguían denegando la deseada «política de emigración», los terroristas golpearon de nuevo. «La noche del 24 al 25 de noviembre (1945), dos noches después de que un barco de emigrantes ilegales fuera interceptado antes de atracar, unas doce millas al norte de Tel Aviv, dos emisoras costeras, equipadas para tales interceptaciones, fueron voladas por miembros de la Palmach, que contestaron a los disparos de la policía» (30).

La táctica sionista abarcaba operaciones en las que se liberaba a los emigrantes detenidos, e incluía también desobediencia civil del tipo de la sugerida por Begin al «Yishuv» (por ejemplo, los colonos judíos en Palestina). Según un escritor sionista, las tácticas eran que «mientras unidades armadas de la Haganah protegían el desembarco de los emigrantes judíos, muchedumbres de judíos realizaban operaciones de diversión moviéndose y bloqueando posibles refuerzos de policía en puntos estratégicos; en otras ocasiones se mezclaban con los recién llegados, evitando su identificación y detención; residentes desde hacía mucho tiempo en Palestina se negaban a enseñar sus papeles de identificación y eran detenidos; el tiempo malgastado por el policía en identificarlos daba a los nuevos emigrantes recién desembarcados una oportunidad para encontrar refugio; en los establecimientos agrícolas la población entera impedía la entrada de las fuerzas británicas y rehusaban identificarse. En varias ocasiones se agarraron de los brazos y se tumbaron en el suelo, obligando a los británicos a separarlos de uno en uno del grupo y llevarlos al cierre alambrado, donde eran cacheados (31).

El 14 de noviembre de 1945, un llamamiento a la «resistencia» activa fue hecho en una emisión de Kol Israel (o Qol-Yisrael), la voz de Israel, el transmisor clandestino de la Haganah. Esto y la huelga de protesta de doce horas

fueron proclamados por el Vaad Leumi (Consejo Nacional Judío). El resultado de ambas acciones fue el desorden en Tel Aviv y Jerusalén. Los terroristas aprovecharon la oportunidad para «prender fuego a los edificios gubernamentales, saquear las tiendas británicas y apedrear a las tropas y a la policía, con el resultado de que Tel Aviv fue puesta bajo ocupación militar durante cinco días» (32). Las acciones fueron atribuidas a «minorías alborotadoras».

El año siguiente, 1946, el terrorismo se intensificó; hubo operaciones de mucho mayor talla y más sangrientas. Viendo que las autoridades británicas estaban todavía determinadas a detener a todos los emigrantes ilegales, los terroristas golpearon más fuerte, esperando que cuanto más duro fuera el golpe antes podrían ver los británicos «la luz sionista». Así durante el 20 al 25 de febrero de 1946, la Palmach, con el Irgun y el Grupo Stern, atacaron la emisora de radar de Haifa y algunos campamentos y aeródromos de las fuerzas móviles palestinas. Según el «Herut», un publicación del Irgun, «las fuerzas móviles palestinas han sido atacadas por la Haganah; en los dos campos han sido infligidos daños considerables» (33). Mientras el 16-18 de junio de 1946 informaron de «ataques a las carreteras y puente de ferrocarril, talleres ferroviarios y secuestros de oficiales británicos» (34).

Al final de junio, la situación fue resumida por los británicos, al declarar que «en los primeros seis meses de 1946 ha habido casi cincuenta incidentes distintos que implicaron violencia, y en muchos casos pérdidas de vidas; los daños materiales en las estaciones ferroviarias, policía y en las estaciones de la RAF y en las emisoras costeras fueron considerables. Fueron minadas carreteras y han sido volados vehículos» (35).

La más importante y criminal de las operaciones terro-

ristas en 1946 fue la voladura de parte del Hotel Rey David, de Jerusalén, donde el (británico) Cuartel General del Gobierno Palestino y el Cuartel General Militar compartían el ala este y las plantas superiores. El 18 de junio de 1946, el Irgun y la Haganah decidieron volar el hotel como represalia por la captura británica de terroristas, que había sido llevada a cabo un poco antes. Otra razón fue demostrar la fuerza de los terroristas. Begin, quien dirigía el Irgun en las negociaciones preliminares de la operación Hotel David con miembros de la Haganah, da una tercera razón. Habla de ciertos documentos incriminadores de algunos planes secretos de los sionistas capturados por los británicos en un asalto a la Agencia Judía y llevados al Hotel Rey David. Begin dice que la operación fue planeada para la destrucción de estos documentos (36). Las negociaciones para el plan de ataque se hacían interminables, porque la Haganah, según Begin, «consideraba un ataque al Cuartel General del Gobierno británico como demasiado ambicioso. (Sin embargo) no estaban en contra por principio» (37).

Begin y el Irgun no esperaron mucho tiempo para que la Haganah se decidiera a atacar o no, o quizá, ellos mismos quisieron recoger los frutos de la «gloria». Así, finalmente, decidieron «hacerlo solos» a mediodía del 22 de julio de 1946.

«Batidoras de leche llenas de explosivos fueron llevadas en camiones tripulados por terroristas vestidos como árabes a la entrada (aparentemente sin guardias) de la cocina del hotel, empujadas por el pasillo del sótano, al sótano del ala este: el personal de la cocina fue detenido, y un oficial británico que apareció inesperadamente fue tiroteado...; la mecha había sido preparada para detonar 500 libras de TNT y gelignita después de media hora. La

explosión causó el derrumbamiento de la mitad sur entera del ala este, matando a 91 británicos, árabes y judíos e hiriendo a otros 45» (38).

Según Begin, sin embargo, «más de doscientas personas fueron muertas o heridas» (39). Sean cuales fueren las cifras, la voladura del Hotel Rey David tuvo un gran eco, y la Haganah, para mantener su ambiguo «status» semioficial, denunció el acto. Esto era para el consumo público; de cara al interior, el acto ya había sido aprobado, aunque ellos no contribuyeron a llevarlo a cabo. Un terrorista, mientras esperaba la explosión, se había preguntado, reflexivamente: «¿Habrán sido destruidos los documentos?» (40). Esto, en sí mismo, demuestra el deseo por parte de la judería oficial de Palestina de aquellos tiempos, la Agencia Judía, que la operación sería llevada a cabo con éxito porque los documentos en manos extrañas podrían incriminarles. La denuncia del acto por la Agencia y su negativa a aceptar que tuviera conocimiento de él es, por supuesto, una flagrante mentira.

Tampoco engañó a las autoridades británicas. El general Barker dirigió a sus oficiales una carta, diciendo que: «La comunidad judía de Palestina no puede ser absuelta de la responsabilidad de una larga serie de atrocidades que culminaron en la voladura de una gran parte de las oficinas gubernamentales en el Hotel Rey David, que causó graves pérdidas de vidas. Sin apoyo, activo y pasivo, del público general judío, las bandas de terroristas que llevan a cabo estos actos criminales pronto serían localizadas, y en este punto los judíos de este país son cómplices y tienen una parte de la culpa.

«Estoy decidido a que ellos sufran castigo y se den cuenta del desprecio y repulsión que nosotros sentimos por su conducta» (41). Aunque se suponía que este co-

municado era secreto, cayó en manos sionistas e inmediatamente se dieron cuenta de su valor propagandístico. Lo publicaron por el mundo, especialmente en Estados Unidos, como un ejemplo del antisemitismo británico.

Después del incidente del Hotel Rey David, otra importante atrocidad ocurrió antes del final del año 1946. Un terrorista del Irgun, un muchacho de diecisiete años, fue detenido por llevar armas ilegalmente, juzgado y sentenciado a ser castigado con una pena de azotes (los árabes de Palestina eran ejecutados por llevar armas). El Irgun se vengó azotando a «un mayor y tres NCO'S» (42) del Ejército británico.

Por aquel tiempo, el genio británico era violento; los británicos se habían encolerizado y los soldados estaban hartos; pero todavía los fines de los sionistas no se habían logrado. La emigración más allá de las cuotas limitadas era ilegal, y los británicos todavía estaban allí. En febrero de 1947, Bevin, ministro de Asuntos Exteriores británico, anunció al Parlamento en Londres, que Gran Bretaña presentaría el problema palestino a la ONU. Esto era el paso previo a la evacuación. Los sionistas no estaban satisfechos, sin embargo. El Irgun intensificó el terror, esperando empujar a los británicos a dar el paso siguiente de marcharse de Palestina dejando a sus habitantes árabes a merced de tres organizaciones terroristas apoyadas moral y activamente por sionistas de todo el mundo.

El sábado 1 de marzo de 1947, el Sábath judío, Begin dice: «Una nueva oleada de ataques, amplio en extensión y profundo en penetración, fue lanzada. En Jerusalén rompimos la zona de seguridad del ejército británico. El Club de Oficiales, rodeado de alambradas y puestos de ametralladoras, fue volado.» Y «unas horas más tarde, el sábado por la tarde, unidades de nuestras fuerzas de asalto lle-

varon a cabo diez ataques por el país, incluyendo el Campamento Naval en Haifa, campamentos del Ejército en Beit Lidd, Pardess Hannah y Rehovot, y transportes militares en las áreas de Tulkarem, Petah Tikvah, Kfar Sirkin y Kiryat Haim» (43).

El 23 de julio de 1947, tres terroristas del Irgun fueron ejecutados por las autoridades británicas después de haber sido cogidos «con las manos en la masa» durante un ataque terrorista a un depósito del ejército británico para buscar armas. El día 30 del mismo mes, dos sargentos británicos, Martin y Paice, que pasaban una tarde en la playa de un pueblo judío, Nathanya, fueron arrastradas lejos y colgados en un campo de cítricos y sus cadáveres hechos «trampas explosivas» en venganza por los terroristas del Irgun ejecutados. Un cartel atado a sus cadáveres decía: «Esta es una sentencia del alto mando del Irgún.» El Irgun retrasó este acto de represalia durante una semana porque buscaba oficiales de un rango más alto para ahorcar. Cuando no los encontró, cogieron a los dos primeros soldados que pudieron encontrar, aunque los terroristas esperaban encontrar a tres. Esta nueva violencia sacudió a los británicos; porque estaba en juego el honor del ejército. Esto se reflejó en una declaración del secretario jefe del Gobierno británico en Palestina, que dijo que «los ahorcamientos de los dos sargentos británicos contribuyó más que ninguna otra cosa para hacernos salir (de Palestina)» (44).

La intensidad del terror sionista dirigido contra los británicos empezó a disminuir; porque pronto se hizo claro que los británicos tenían la intención de marcharse y renunciar al mandato. En las Naciones Unidas todo iba bien para los sionistas; así el terror se trasladó hacia el obstáculo verdadero: los árabes. De esto hablaremos en el

capítulo siguiente. Pero antes de empezar a discutir este otro aspecto del terror, hay unos cuantos otros aspectos del terror dirigidos contra los británicos que debemos revisar.

Un ejemplo de la amplitud del alcance del terror incluye la voladura de la Embajada británica en Roma por el Irgun Zvai Leumi (45); otro son los fondos que mantenían a esta organización. Porque mientras que la Haganah era financiada por el sionismo internacional y por colectas hechas entre los judíos norteamericanos, el Irgun no fue tan privilegiado. Begin dijo que en cuanto «al dinero que de vez en cuando lo cogíamos a las autoridades británicas» (46). Lo que él quería decir, cuando habla de «coger», está explicado en una página posterior de sus memorias, donde relata un incidente referente a «un ataque al tren que llevaba los salarios gubernamentales, del cual confiscamos una gran cantidad de dinero» (47). Esta gran cantidad de dinero, explica, llegó a la cifra de 38.000 libras.

La Haganah, en uno de sus esfuerzos por conseguir la tolerancia británica, hizo circular el 18 de septiembre de 1946 un panfleto que describía al Irgun y a la banda Stern como «organizaciones (que) ganan su existencia mediante el gangsterismo, el contrabando, el tráfico de drogas en gran escala, robos a mano armada, organizando el mercado negro y robos» (48). Aunque el programa de la Haganah no incluía actividades tan viles como el tráfico de drogas y el robo (después de todo, ellos no necesitaban el dinero), su historia está llena de incidentes de asesinatos deliberados, sabotajes y contrabando de emigrantes, como ya hemos visto.

Según fuentes oficiales británicas, el número de víctimas en Palestina como resultado del terrorismo sionista entre el final de la segunda guerra mundial y febrero de

1948 eran casi 227 muertos y varios cientos de heridos. Los centenares aquí se acercan a la cifra de 500 ó 600 (49).

Se destaca que, entre todas las operaciones terroristas repasadas hasta ahora, no hay ningún caso de asesinato político. De hecho, excepto la ejecución de los dos sargentos británicos, parecería que los sionistas no atacaron a ninguna persona individualmente. Suponer que esto no ocurrió, sin embargo, es un error, porque de hecho ocurrió. Hay bastantes asesinatos e intentos de asesinato que se encuentran en los informes del Mandato. Uno de estos asesinatos es el de un oficial británico de los servicios de Inteligencia, de nombre Wilkin, que trabajaba en el Departamento de Inteligencia británico en Jerusalén cuando los terroristas le asesinaron. Entre los asesinatos más importantes que fracasaron, sin embargo, fue el atentado contra la vida de sir Harold Mac Michael, alto comisario británico en Palestina en agosto de 1944, y el atentado contra la vida de su sucesor lord Gort.

Un intento que no fracasó llegó a ser el más importante de todos y también tuvo efectos de largo alcance en las relaciones británico-sionistas. Se dice que Churchill encontró que el asesinato era un asunto tan grave que casi le hizo dejar su apoyo a los sionistas, pero no lo hizo. Este «espantoso crimen» (en palabras del escritor sionista Harry Sacher) (50) ocurrió el 6 de noviembre de 1944, en El Cairo, Egipto, no en Palestina; los asesinos fueron dos terroristas sionistas de la Banda Stern que fueron cogidos con las manos en la masa. La víctima fue Lord Moyne. Según una investigación británica de entonces, «dos miembros del grupo Stern mataron en El Cairo al ministro residente británico en Oriente Medio, Lord Moyne, y su chófer» (51).

Diez días después del asesinato, el Grupo Stern hizo

circular un panfleto en Tel-Aviv, acusando a Lord Moyne de ser «el archienemigo de las aspiraciones del pueblo judío de libertad en su país (sic) (52)». Quizá esta era su manera de justificar el asesinato, porque Lord Moyne era conocido por su política antisionista. El había declarado en la Cámara de los Lores en Londres anteriormente que los judíos no eran descendientes de los antiguos hebreos y no podían reclamar legítimamente Palestina. Basado en esto se opuso al movimiento de emigración judía. Se supone que el había dado un giro hacia los árabes en El Cairo, cuando se dio cuenta que Gran Bretaña no ayudaría a los árabes a luchar contra el peligro sionista al status árabes de Palestina. Su proyecto era unir a los estados árabes independientes contra el sionismo, de que se dio cuenta. El sionismo político y su mano derecha, el terrorismo, debía ser combatido por un frente político unido de los árabes. En consecuencia, se le supone el padre de la Liga Árabe, que incluyó a siete estados independientes árabes al formarse entonces. De hecho, este proyectado plan de Lord Moyne ha sido empleado por los sionistas como una excusa para acusarle de estar en contra de ellos (53). La realidad del hecho es que el sionismo se siente muy molesto con respecto a gente importante que no comparte sus puntos de vista.

En Palestina, la Agencia Judía y la Haganah denunciaron al Grupo Stern y a la Irgun porque temían a la cólera británica. Incluso sugirieron a los británicos que ellos mismos se harían cargo de la captura de los terroristas que estaban tras el asunto. Sin embargo, según Begin, «El rabino Fishman (del Mizrachi o partido religioso sionista) y Mr. Yitshak Gruenbaum (de los Sionistas Generales) se oponían a cualquier cruzada contra nosotros por cuestión de principios» (54). Y más, Begin declara que «los miembros

del Grupo B que se habían separado del Mapai (partido laborista sionista de Palestina) y la izquierda del Poalei Zion favorecieron la "acción independiente" esto es, secuestros y otras operaciones paralelas, oponiéndose a cualquier colaboración con la policía y la inteligencia británica (55). En otras palabras, el Mapai y los otros acordaron secuestrar a los terroristas que estaban tras el asesinato, pero no ayudar a los británicos a detenerles. En otras palabras, otra vez sionistas influyentes y responsables no estaban de acuerdo, pero de hecho se oponían a que estos terroristas del asesinato del ministro británico fueran tocados, porque todos servían a los mismos propósitos.

El apoyo de los sionistas a las actividades terroristas no era algo fuera de lo corriente. Los terroristas trabajan para las mismas metas que la Agencia Judía, el órgano oficial de los sionistas en Palestina reconocido por los británicos, y estaban en colaboración con la Haganah, el ala militar de la Agencia. La Haganah era, de hecho, una de las organizaciones terroristas, aunque, de manera ostensible, se oponían al Irgun y al Grupo Stern para apaciguar el miedo británico y mantener su status semilegal. Ya hemos vistos algunas de las actividades terroristas del Palmah, la unidad armada del Haganah, y sabemos que la Haganah, apoyada por la Agencia Judía secretamente, tenía la costumbre de realizar sus planes de terrorismo conjuntamente con el Irgun y el Grupo Stern, a pesar de llamarles públicamente «disidentes». El doctor Moshe Sneh, «miembro encargado de la Haganah» en la Agencia Judía, había informado a ésta «hemos llegado a un acuerdo operativo con las organizaciones disidentes, según el cual asignaremos a ellos varias tareas bajo nuestro mandato» (56). Esto era en octubre de 1945, y de vez en cuando tenían lugar reuniones quincenales entre los representantes de la

Haganah y el Irgún (57). Los británicos nunca hicieron distinciones entre el Irgun, el Grupo Stern o la Agencia, a pesar de todo el espectáculo montado para demostrar que eran enemigos. De hecho, los británicos se referían a estas organizaciones como «activistas de la Agencia». Begin hace una lista de las actividades terroristas del Irgun y del Grupo Stern a los que había dado el visto bueno la Agencia Judía. Estas actividades tuvieron lugar entre noviembre de 1945 y julio de 1946. La lista incluye «ataques contra aeródromos, amplios ataques de sabotaje en el sur, voladura de trenes en las tres vías mayores del país, el ataque del FFI (Grupo Stern) contra los talleres ferroviarios de Haifa, y nuestro ataque al Hotel Rey David» (58). Mientras las diferencias entre el Irgun y el Grupo Stern de un lado y la Agencia de otro eran puramente de naturaleza ideológica y política no había ninguna diferencia en absoluto entre la Agencia y su rama militar, la Haganah. La Agencia y la Haganah estaban adheridas a la doctrina socialista, mientras que los otros terroristas pertenecían al ala derechista extrema. Todos colaboraron porque estaban trabajando para una causa común: la emigración judía y el colapso del régimen británico en Palestina. Pero la Haganah era la hija predilecta de la Agencia, porque sus actividades eran financiadas y supervisadas por la Agencia (siendo ésta representante del sionismo mundial en Palestina), que también sabía de todas sus operaciones terroristas. Públicamente negaban toda colaboración; podemos comprender las razones de esto, pero también podemos probar que esta negación era una mentira.

La Haganah hizo operar una emisora secreta llamada «Qol Ysrael», la «Voz de Israel». Su trabajo era emitir advertencias y amenazas a los británicos y publicar las operaciones terroristas. El 12 de mayo de 1946, una emisión

de Qol Ysrael (Kol Israel) advirtió a los británicos, cuando se supo que éstos tenían la intención de transferir sus tropas y sus bases evacuadas de otros países árabes a Palestina, que «el Movimiento de Resistencia Judío hará todos los esfuerzos por impedir la transferencia de bases británicas a Palestina y prevenir su establecimiento en el país» (59). Esta emisión «fue hecha ante la petición expresa de Moshe Hertok, jefe del Departamento Político de la Agencia Judía, y un miembro de su Comité Ejecutivo, y también había sido enseñada a David Ben Gurion, presidente del Comité Ejecutivo». (La información fue pasada a la oficina de Ben Gurion en forma de un telegrama fechado el 12 de mayo de 1946, y decía: «Por favor, pasen a Ben Gurion el texto de la emisión de Kol Israel adjunto; con una nota diciendo que la emisión fue hecha a petición de Hertok» (60).)

El hecho que el cuerpo sionista oficial en Palestina conociera las actividades de la Haganah en cuanto concernía a la emisora Kol Israel, es bastante para incriminar a la Agencia Judía y mostrar que iba codo con codo en la dirección del terror de la Haganah. Esto es evidente por el esfuerzo realizado por Ben Gurion de negar su conocimiento de la actividad o dirigentes de la Haganah ante el Comité de Investigación Anglo-Norteamericano. Sujeto a un interrogatorio, intentó, de manera penosa, evadir las preguntas y cayó en una confusión de contradicciones de la cual intentó escapar mediante mentiras deliberadas (61). Era el mismo Ben Gurion que más tarde sería el primer ministro de Israel. Cuando Israel estaba casi constituido y Ben Gurion a salvo de las manos británicas, un escritor sionista admitió que Ben Gurion «había sido responsable de la Haganah y de la defensa nacional durante un largo tiempo» (62). Y refiriéndose al interrogatorio de Ben Gurion en

la investigación realizada por el Comité Anglo-Norteamericano, Begin dice que «... todos tuvimos un momento embarazoso cuando Mr. Ben Gurion, sujeto a un interrogatorio, declaró que no sabía dónde estaba el Alto Mando de la Haganah ni cuál era su comandante, y que él no era responsable de sus actividades» (63). El momento era embarazoso para Begin y los terroristas del Irgun, porque todo a lo largo de sus memorias Begin se refiere al hecho que el comandante de la Haganah, Moshe Sneh, solía presentarse ante él como representante del propio Ben Gurion.

Nosotros hemos visto que las actividades terroristas sionistas estaban apoyadas, supervisadas y, hasta cierto punto, financiadas por la Agencia Judía; esto, sin embargo, no es todo. Las actividades terroristas, como hemos visto, incluían primeramente la emigración judía a Palestina. Esta era apoyada y financiada por los judíos de todo tipo que sabían plenamente los métodos violentos con los cuales estas operaciones de emigración fueron llevadas a cabo por los terroristas. Aquí tenemos algunos ejemplos de este apoyo judío.

Según el British Survey, «la actividad inmediata de la Agencia era promover la emigración ilegal, para lo cual tenía el apoyo casi unánime de la Judería Palestina» (64). Mientras en Gran Bretaña el Consejo de Diputados de los Judíos Británicos, que había sido infiltrado por los sionistas de manera que «provocó hostilidad en aquellos momentos» (65), le fue comunicado por la Secretaría Adjunta de la Sección Británica de la Agencia Judía que «ellos deben advertir al gobierno (británico) que si tenían la intención de limitar permanente la Judería palestina a una minoría en el país, tendrían que exterminar a todos los judíos en Palestina» (66).

Este apoyo secreto y esta supuesta oposición al terrorismo no se limitó a los terroristas en Palestina y a los judíos y sionistas de Gran Bretaña, sino que tenía una extensión aún más amplia. De hecho, cruzó el Atlántico.

La emigración judía a Palestina fue en gran parte financiada por los judíos norteamericanos y las organizaciones sionistas USA. En los Estados Unidos los sionistas se aproximaron a los judíos individualmente para recoger fondos «para ayudar a los judíos que sufren por volver a su tierra de origen», y parecía una cosa puramente humanitaria. La gente corriente y moliente no se daba cuenta como se dio cuenta el editor judío del «New York Times» que «... el destino de toda esta desdichada gente... (estaba) subordinado a un clamor único de creación de un estado» (67). No sabían que el «Humanitarismo» de las diferentes organizaciones sionistas era pura propaganda dirigida a ellos y al público norteamericano. Begin da un ejemplo de dos organizaciones que compraron el barco «Altalena», cargándolo con emigrantes, futuros terroristas y armas, y los enviaron a Palestina. Declaró que el «Altalena» había sido adquirido por el Comité Hebreo de Liberación Nacional y por la Liga Norteamericana por una Palestina Libre» (68).

Otro episodio de la emigración fue la devolución por los británicos del barco «S. S. Exodus 47» a Hamburgo después de una batalla de tres horas con los terroristas que habían intentado descargar los pasajeros del barco en Palestina. Después de una hábil campaña de propaganda en USA, «fueron pintadas svásticas en los consulados británicos de Nueva York y otras ciudades» (69), y cuando el Irgun ejecutó a los dos sargentos británicos «se lanzó un torrente de propaganda en USA», para apoyar al Irgun, que ayudó a crear una «casi demencial anglofobia» entre los norteamericanos (70).

El compromiso norteamericano no se limitó solamente al apoyo de la emigración judía, también incluyó apoyo al terrorismo mismo. Begin habla de las alabanzas que se hicieron a su trabajo: «Los informes de nuestras operaciones, puestos bajo grandes titulares, cubrían las primeras páginas de los periódicos en todos los lugares, sobre todo en los Estados Unidos» (71). Pero el ejemplo más notorio del apoyo norteamericano al terror sionista fue la gigantesca bienvenida que se le dispensó a Begin cuando visitó los Estados Unidos después de la creación de Israel. (Habla-remos de esta bienvenida más adelante en el libro.)

Un apoyo similar vino del influyente judío norteamericano, guionista de Hollywood, Ben Hecht. El 15 de mayo de 1947 publicó una carta a los terroristas de Palestina, en la cual se refiere a la voladura del Hotel Rey David y al ahorcamiento de los dos sargentos británicos con estas palabras: «Cada vez que vosotros vais con vuestros fusiles hacia los británicos que traicionan vuestra tierra, los judíos de Norteamérica tienen una fiesta en sus corazones» (72). El colmo de la irresponsabilidad, sin embargo, vino de Harry S. Truman, el presidente de los Estados Unidos, de quien se dice que dijo que «él se hubiera unido a los terroristas en Eretz Israel (aquí significa Palestina) durante el gobierno de los británicos» (73).

Este era el terrorismo sionista contra las autoridades británicas en Palestina, los terroristas y algunos oficiales británicos, como hemos visto, declararon que sus operaciones fueron los factores que hicieron salir a los británicos del país. Con sus sangrientas actividades, el sionismo logró cubrir una parte básica de su programa. Embriagado por esta victoria, volvió el terrorismo hacia los árabes, que eran el obstáculo real para la creación de un estado judío.

Los árabes estaban, en gran medida, desarmados, mientras que los sionistas tenían todas las armas y experiencia posibles. Sin embargo, justamente antes de la marcha de los británicos le dieron todavía más armas a la Hagannah.

## NOTAS

- (1) Begin: op. cit., p. 3, nota 2.
- (2) Todas las cifras y citas acerca de las tres organizaciones terroristas están incluidas en el informe oficial del Comité Anglo-Norteamericano de Investigación, pp. 40-1. Citado en la Great Britain Colonial Office; Palestina: «Declaración de Información relacionando los actos de violencia», Command Paper 68773 (His Majesty Stationery Office, London, 24 de julio de 1946, pp. 3-4).
- (3) Begin: op. cit., p. 22, nota 1.
- (4) *Ibíd.*, p. 4.
- (5) Vive Kirk, 1945-50: op. cit., p. 195, nota 2, y Begin: op. cit., página 62.
- (6) Begin: op. cit., p. 150.
- (7) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 195, y también nota 2.
- (8) *Ibíd.*, p. 194.
- (9) *Ibíd.*, p. 195.
- (10) Begin: op. cit., p. 52.
- (11) *Ibíd.*, pp. 52-3.
- (12) *Ibíd.*, p. 53.
- (13) *Ibíd.*, p. 80.
- (14) *Ibíd.*, p. 80.
- (15) *Ibíd.*
- (16) Vide parte segunda, capítulo uno, supra.
- (17) Begin: op. cit., pp. 94-5.
- (18) *Ibíd.*, p. 93 (ambas citas).
- (19) Vide: *ibíd.*, p. 71.
- (20) Véase el relato de esta operación en *ibíd.*, pp. 68-71, incluyendo cita.
- (21) *Ibíd.*, p. 82.
- (22) *Ibíd.*, p. 98.
- (23) Kirk, 1945-50: op. cit., pp. 196-7.
- (24) Begin: op. cit., pp. 35-6.
- (25) Vide Great Britain Colonial Office Palestina, Statement of Information relating to acts of Violence, Command Paper 6873, op. cit., página 5.
- (26) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 3.
- (27) Great Britain Colonial Office: op. cit., p. 3.
- (28) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 197.
- (29) *Ibíd.*, p. 198.
- (30) *Ibíd.*, p. 202.
- (31) Shlomo Katz: artículo «Understanding Jewish Resistance

in Palestine», en «Commentary», citado por Kirk, 1945-50: op. cit., p. 202, nota 2.

(32) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 201.

(33) Citado en Great Britain Colonial Office: op. cit., p. 7.

(34) *Ibíd.*, p. 8.

(35) *Ibíd.*, p. 10.

(36) Vide Begin: op. cit., p. 215.

(37) *Ibíd.*, p. 213.

(38) Kirk, 1945-50: op. cit., pp. 221-2.

(39) Begin: op. cit., p. 220.

(40) *Ibíd.*, p. 219.

(41) Sacher: op. cit.

(42) Begin: op. cit., p. 234.

(43) *Ibíd.*, p. 319.

(44) United Empire Journal; noviembre-diciembre 1949, citado en Begin: op. cit., p. 290.

(45) Vide Begin: op. cit., p. 131.

(46) *Ibíd.*, p. 74.

(47) *Ibíd.*, p. 81.

(48) Sacher: op. cit., p. 192.

(49) Vide -Debates de la Cámara de los Comunes: 27 de julio de 1947, quinta serie, vol. 441, col. 247-8, e *ibíd.*, 30 de julio de 1947, respuestas escritas, vol. 50; y también *ibíd.*, 29 de octubre de 1947, vol. 443, respuestas escritas, col. 72-3. Añadir declaración de Greech-Jones, delegado del Reino Unido en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Informes Oficiales, tercer año, núms. 16-35, pp. 269-273, del 24 de febrero de 1948.

(50) Sacher: op. cit., p. 45.

(51) George Kirk: «Survey of International Affairs, Middles-East in the War 1939-1946». Publicado bajo los auspicios del Royal Institute of International Affairs, Oxford University Press, Londres, 1954, tercera impresión. General Editor de las series, profesor Arnold Toynbee, páginas 232-4.

(52) *Ibíd.*, p. 324, nota 1.

(53) Vide artículo por el judío norteamericano León Donner, en «Commentary», febrero de 1946, p. 23.

(54) Begin: op. cit., pp. 145-6. Paréntesis en el original.

(55) *Ibíd.* Paréntesis en el original.

(56) Sacher: op. cit.

(57) Begin: op. cit., p. 188.

(58) *Ibíd.*, p. 196.

(59) Great Britain Office: op. cit., p. 8.

(60) *Ibíd.*, pp. 8-9. Cita y texto.

(61) Vide Audiencia Pública ante el Comité de Investigación An-

glo-Norteamericana, Jerusalén, 26 de marzo de 1946, pp. 12-14. Informe en Kirk, 1945-50: op. cit., pp. 211-2122.

(62) Vide Agridor: «The Drama of Independence Day», «Zionist Review», 29 de abril de 1949; citado en Kirk, 1945-50: op. cit., p. 211.

(63) Begin: op. cit., p. 200.

(64) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 201.

(65) Vide Alan Schper: «London British Jewry Post-War», en «Commentary», agosto de 1946, p. 163.

(66) «Zionist Review», 23 de noviembre de 1945, pp. 4 y 9.

(67) A. H. Sulzberger: «Spectator», magazine, 22 de julio de 1960.

(68) Begin: op. cit., p. 158.

(69) Lilienthal: op. cit., p. 50.

(70) *Ibíd.*

(71) Begin: op. cit., p. 55.

(72) «New York Herald Tribune», 15 de mayo de 1947.

(73) Begin: op. cit., p. 135.

## CAPITULO II

### LOS SIONISTAS Y LOS ARABES

En este capítulo voy a hablar del terrorismo sionista dirigido contra los árabes habitantes de Palestina. El terrorismo real se extendió durante seis o siete meses desde la aceptación de la recomendación de partición de las Naciones Unidas, en noviembre de 1947, hasta después de la retirada británica de Palestina, en mayo de 1948, y después de la declaración del estado de Israel, la medianoche del 14 de mayo. Desde entonces, el terror se ha convertido en una parte del estado de guerra entre Israel y los vecinos países árabes, que a pesar de los frecuentes alto el fuego ha continuado durante todo el tiempo.

Aunque el terrorismo real comenzó en diciembre de 1947, hemos visto que los sionistas se habían dado cuenta mucho antes de aquella fecha de que el terror contra los árabes sería inevitable mientras que éstos continuaran oponiéndose al deseo sionista de creación de un estado judío en Palestina. De hecho, ya en 1939, había quedado claro para los sionistas que, sin el terror, nada podía hacer que los árabes aceptaran la creación de un estado judío. En aquel año, Gran Bretaña había presentado el Libro Blanco que limitaba la emigración judía a una cuota específica que se cumpliría en 1944. El libro había puesto el énfasis en que después de aquella fecha ningún judío más podría entrar mientras los árabes no estuvieran de acuerdo con ello.

Aunque los árabes rechazaron al principio el Libro Blanco pronto se dieron cuenta que, en las circunstancias actuales, era lo mejor que podían esperar. Así, ellos lo aceptaron más tarde mientras los sionistas continuaban oponiéndose a él porque, según su punto de vista, era una traición a las promesas de la Declaración Balfour. Como resultado de este desacuerdo los sionistas estaban determinados a emplear el terrorismo para hacer que los árabes se sometieran a sus deseos.

Durante todos los meses del terrorismo contra los británicos, los sionistas temían que la mayoría árabe de Palestina decidiera unir sus fuerzas a las británicas contra ellos, y debido a esto intentaron ganárles para su causa —o por lo menos apaciguar sus temores hacia un posible terrorismo contra ellos—. Aparentemente no se dieron cuenta que los árabes estaban resentidos contra los británicos, que se habían negado a cumplir sus promesas de independencia árabe, y no era muy probable que ambos se unieran contra nadie, ni siquiera contra los sionistas. Sin embargo, los terroristas —sobre todo el Irgun— intentaron apaciguar los temores árabes. Begin cuenta que «dijimos a los árabes que no teníamos ningún deseo de luchar contra ellos o hacerles daño; que nosotros estábamos ansiosos por verles como ciudadanos pacíficos de un futuro Estado Judío; les señalamos el hecho innegable que nuestras operaciones en zonas árabes (durante el terrorismo contra los británicos) no suponían ni la más mínima intrusión contra la seguridad o la paz árabe» (1). Esto es lo que dijo, pero en diciembre de 1947 él y sus hombres —incluido la Haganah y la Banda Stern— hicieron exactamente lo opuesto.

Otra de estas promesas fue en 1944; fue hecha en relación con el proyectado estado judío otra vez. La declaración decía que «no existirá ninguna discriminación entre

los árabes y los judíos en la concesión de puestos públicos o trabajos comerciales», y que «el gobierno judío acordará una completa igualdad de derecho» (2). El gobierno judío ya existe, y estas promesas siguen olvidadas.

Ya en 1948 la Haganah empezó a movilizarse en proporciones numéricas mucho más grandes de lo que los británicos habían permitido anteriormente. (El permiso de esta movilización, junto con el aprovisionamiento de armas por los británicos a la Haganah, la evacuación de los pueblos judíos y la negativa a ayudar a los árabes contra los ataques sionistas, parecen indicar alguna colaboración británica con los sionistas durante esta etapa.) Referente a la movilización de la Haganah, un escritor sionista revela el número de veces que él mismo vio carteles de la Haganah pegados sobre las paredes o los muros de Jerusalén, pidiendo reclutas judíos de edades especificadas. Según este testigo había un cartel el 30 de mayo de 1948 pidiendo «hombres y mujeres solteros, de edad comprendida entre los veintiséis y los treinta y cinco años» (3). Mientras el 11 de abril, el mismo testigo informa que «en la escuela secundaria de Rehavia hoy dieron el certificado en formación militar después de la ceremonia y esta noche harán la guardia como hombres de la Haganah» (4). Al día siguiente nuestro testigo vio a los hombres de la Haganah en una operación. Describiéndoles dice: «Algunos probablemente afirmarán tener diecisiete o dieciocho años, pero parecen tener quince o dieciséis, estudiantes, jóvenes dependientes, aprendices de talleres o chavales de las colonias» (5). Había muchachos que mantenían la vigilancia mientras los mayores, hombres de la Haganah con más experiencia, iban a aterrorizar a los árabes de Palestina. Poco después de abril, los jóvenes fueron llamados al servicio activo, incluyendo a los estudiantes de religión, y finalmente, según

este mismo escritor, «uno se encuentra a todo el mundo en el Haganah» (6). Esto es, todo el mundo, excepto los miembros del Irgun y de la Banda Stern.

La razón que había detrás del deseo sionista de que la Haganah se extendiera de esta manera es obvia; querían estar seguros del éxito del sionismo. El terrorismo contra los árabes tuvo dos objetivos: uno era la reducción de la mayoría árabe en Palestina y sobre todo en las áreas proporcionadas al proyectado Estado Judío. El segundo objetivo era deshacerse de tantos árabes como fuera posible de toda Palestina, para dejar libre la tierra para la colonización judía. Ambos objetivos tuvieron que ser realizados antes del 15 de mayo, cuando los ejércitos árabes podrían, al haberse marchado los británicos, proteger los hogares y tierras árabes. Existe la evidencia de que los sionistas habían proyectado esta campaña de terrorismo para deshacerse de los árabes desde el principio. Sir John Glubb, comandante de la Legión Árabe de Jordania en aquel momento, informa que en diciembre de 1947 un oficial británico de la Legión Árabe preguntó a un oficial judío del Gobierno Británico de Palestina «si el nuevo estado judío no tendría muchos problemas internos en vista del hecho que los habitantes árabes del estado judío serían iguales en número a los judíos». El oficial judío contestó: «Oh, no. Esto se arreglará. Unas cuantas masacres calculadas y pronto nos desharemos de ellos» (7).

Después de estudiar a los árabes, los sionistas llegaron a la conclusión de que su propio terrorismo contra los británicos había sembrado las semillas del miedo en las mentes árabes y costaría «unas cuantas masacres calculadas», además de una campaña cuidadosamente calculada de hacer publicidad a estas masacres para reducir a los árabes a la huida. Antes de que se pueda condenar demasiado apre-

suradamente a los árabes palestinos por su aparente cobardía, uno debe intentar comprender el fondo y la situación en que se encontraban. Durante el mandato británico los árabes habían sido casi totalmente desarmados, mientras que los sionistas habían sido armados y equipados por los británicos. Los árabes se encontraban ahora indefensos ante los ataques de los asesinos sionistas. Menachem Begin declara (8) que el terrorismo sionista contra los británicos «ejerció una influencia muy sana sobre los árabes», y que la propaganda terrorista empleada por las organizaciones sionista llevó «el terror a sus enemigos». También declara que las leyendas de la fuerza de los sionistas dio pie a «los factores espirituales y psicológicos» entre los árabes de manera que funcionó con éxito para prepararles a temer esta exagerada fuerza sionista cuando fuera a utilizarse contra ellos. «De hecho, todo lo que los sionistas tuvieron que hacer fue ejecutar «unas cuantas masacres calculadas» y darles publicidad y los árabes huirían aterrorizados. Básicamente eso es lo que ocurrió pero no del todo, porque muchos árabes se enfrentaron obstinadamente a las masacres y los sionistas tuvieron que esforzarse más para echarles. Es verdad que muchos árabes huyeron ante las noticias de las matanzas, pero ese no fue el caso en todos los sitios, muchos eligieron quedarse pese a todo, y éstos se convirtieron en víctimas del «esfuerzo» sionista.

Tan pronto como los sionistas supieron que Gran Bretaña tenía la intención de retirarse a mediados de mayo de 1948, Begin y sus terroristas se dieron cuenta que su trabajo contra los británicos había terminado. Ahora le tocaba a los árabes. En su lenguaje curioso dijo que «primero y ante todo debemos de terminar con nuestra situación defensiva (sic). Tenemos que pasar a la ofensiva. Debemos

atacar las bases de los asesinos». Los asesinos, por supuesto, eran los árabes, de quien Begin decía: «Por estas fronteras... pasarán miles de asesinos equipados con armas británicas» (9). La elección de palabras por Begin es curiosa; el terrorismo contra los británicos es descrito como una situación defensiva», y mientras admite que las operaciones contra los árabes serán «ofensivas», les describe como «asesinos». Por supuesto, la Legión Árabe Jordana fue equipada con armas británicas, pero también fue dirigida por británicos, y Jordania (o Transjordania) tenía un acuerdo de defensa con Gran Bretaña para que esta Legión no pudiera cruzar la frontera para ayudar a los árabes antes de mayo de 1948. La declaración de Begin tiene la fecha de diciembre de 1947, la situación «ofensiva» continuó de hecho seis meses más; los árabes de Palestina sufrieron seis meses de terrorismo desnudo antes de que pudieran incluso esperar ser ayudados por la intervención árabe. Es cierto que debido a que los árabes estaban indefensos y no podían ser ayudados por tropas regulares, algunos combatientes árabes cruzaron las fronteras de Siria y Jordania para ayudarles. Estos hombres fueron llamados «irregulares» (esto es, combatientes no militares). Si los sionistas habían reclutado a sus combatientes entre los judíos emigrantes que vinieron a terrorizar al país, entonces lo menos que uno puede esperar para ayudar a los árabes era a que a ellos también se les permitiera tener sus irregulares. Sin embargo, aunque estos hombres hicieron una magnífica defensa, nunca tuvieron el número suficiente para igualar a las decenas de miles de terroristas sionistas experimentados, no podían equilibrar la situación.

El terrorismo sionista empezó en diciembre de 1947. Según Begin: «Durante tres días, del 11 al 13 de diciembre..., atacamos Haifa y Jaffa; a Tureh y Yazur. Atacamos una y

otra vez en Jerusalén. Subimos al pueblo agresivo de Shaafat en la carretera a la Universidad Hebrea. Penetramos en Yehudiyeh y liquidamos a una banda armada que había establecido su base en aquel pueblo. Las bajas enemigas en muertos y heridos fueron numerosas» (10). El programa sionista era dejar libre la carretera entre la población judía de Tel Aviv, en la costa mediterránea, y Jerusalén, para que los abastecimientos pudieran entrar en el sector judío de la Ciudad Santa. Esta carretera entonces era de gran importancia estratégica, pero estaba predominantemente flaqueada y controlada por pueblos árabes en los dos lados. Las bandas de árabes infiltrados se habían dado cuenta de la importancia de esta carretera para los planes sionistas, en consecuencia se habían establecido en estos pueblos para defender a sus habitantes de los ataques sionistas que eran inevitables y también para cortar la ruta de abastecimiento sionista desde Tel Aviv. Los continuos ataques sionistas provocaron el miedo en los espíritus árabes que querían vivir en paz. Begin explica: «... en los meses que precedieron a la invasión arabe... (mayo) continuamos haciendo incursiones en la zona árabe». Sigue diciendo: «Los ataques de esta naturaleza llevados a cabo por cualquier fuerza judía eran, por supuesto, de gran importancia psicológica... Pero estaba claro para nosotros que incluso las incursiones mas atrevidas llevadas a cabo por las tropas partisanas nunca podrían decidir el asunto. Nuestra esperanza estaba en controlar el territorio» (11).

Debido a que ellos mismos se dieron cuenta que las incursiones solas no crearían el deseado estado judío y porque se dieron cuenta que su esperanza «estaba en controlar el territorio», los sionistas tuvieron que volver al terrorismo verdadero. Entre tanto, sin embargo, las incur-

siones no cesaban, los ataques a las aldeas que flaqueaban a la carretera deseada continuaron.

Durante este tiempo los terroristas tomaron decisiones sobre los objetivos militares. Begin nos proporciona la información, dice que «al final de enero de 1948 en una reunión del mando de Irgun, en la cual participó la sección de planificación, esbozamos cuatro objetivos estratégicos: 1, Jerusalén; 2, Jaffa, 3, la llanura de Lydda-Ramleth, y 4, el Triángulo» (12). El Triángulo es una zona en el centro de Palestina, al norte de Jerusalén formada por un imaginario triángulo que une los tres pueblos árabes de Nablus, Tul-karem y Jenin. Por supuesto, los sionistas lograron ocupar los cuatro objetivos, pero les costó diecinueve años hacerlo. Como resultado del terrorismo lograron un objetivo (la captura de Jaffa), además de la mitad de Jerusalén. Después de la primera tregua con los árabes en 1948, los sionistas capturaron otro objetivo (la llanura de Lydda-Ramleh). La otra parte de Jerusalén, además del Triángulo, no cayó en manos de los sionistas hasta junio de 1967, diecinueve años más tarde.

Volviendo a 1948, vemos que los ataques sobre la carretera continuaban y fue aparejado con el terrorismo para conseguir el territorio deseados. Primero debemos discutir estos ataques, después trataremos del terrorismo.

En la ciudad antigua de Jerusalén, en la parte árabe, «ataques con bombas de organizaciones terroristas judías (fueron rechazados al imponer los árabes un bloqueo sobre la zona judía de la ciudad antigua; los convoyes de alimentos fueron llevados a los judíos bajo escolta militar británica después que la Haganah amenazó con forzar el bloqueo» (13). Esta ayuda británica a los judíos no es deshonrosa; puede ser explicada como una medida humanitaria. Pero, ¿qué puede explicar el hecho que las fuerzas británi-

cas permanecieran en ciertas zonas árabes para impedir cualquier preparación árabe para la defensa y negaran la entrada a la ayuda armada árabe, cuando, por otra parte, los británicos se habían retirado de las zonas judías, ayudando así a los terroristas a actuar abiertamente y atacar a los árabes? Este hecho curioso era un acontecimiento común entonces; cuando los árabes se sintieran tan frustrados que pidieron protección a los británicos, sencillamente éstos lo denegaron y tan pronto como los terroristas aparecieron, ellos se retiraron dejando a los árabes solos frente a los asesinos, y por si esto no fuera suficiente, los británicos empezaron a aconsejar a los árabes a que huyeran de sus casas para evitar enfrentarse con los sionistas.

La actitud británica se hace más repulsiva cuando consideramos lo que pasó en Tel Aviv, por ejemplo. Tel Aviv era una ciudad enteramente judía, que albergó los cuarteles generales de los terroristas sionistas durante años; al principio de 1948 los británicos se retiraron de aquella ciudad y entregaron su administración a los judíos. Como resultado de esto los terroristas salieron abiertamente a la luz pública, y Begin mismo menciona que pudo dar un «pacífico» paseo por primera vez en mucho tiempo. Mientras en los pueblos árabes vecinos, los árabes tuvieron que sufrir la presencia de los británicos, que evitaban la llegada de una defensa y solamente se fueron cuando llegaron los sionistas, a pesar de las peticiones árabes de protección. Como resultado de semejante actitud, el número de muertos en Palestina en un período de cien días (desde diciembre de 1947 a marzo de 1948) fue de 1.700.

Cuando llegó abril, los ataques para liberar la vital carretera se intensificaron. En la noche del 3 de abril de 1948, Harry Levin, un locutor del programa en inglés de la radio clandestina de la Haganah «Kol Israel», escribió

en su diario: «Espléndidas noticias. La Palmach ha capturado Castel, aquella ciudadela de francotiradores en la carretera de Tel Aviv, los sirios y los iraquíes lo consideraban... un gran paso hacia la liberación de la carretera. Todo el mundo está feliz. Nuestros muchachos subieron cuidadosamente las colinas durante la noche y lo asaltaron antes del amanecer, un típico trabajo de la Palmach» (14). Castel o Qastalla era un pueblo árabe, estratégicamente situado sobre una colina que daba a la vital carretera que conectaba Tel Aviv con Jerusalén. Se luchó por ella muchas veces y cambió de manos muchas veces, hasta que por fin cayó en manos sionistas. A pesar de su caída, los árabes todavía controlaban parte de la carretera; Jerusalén continuó bajo el bloqueo árabe y siguieron muchos ataques.

El 12 de abril, otro pueblo árabe fue atacado; esta vez fue Kolonia. Levin, nuestro informador de la Haganah, estaba allí con la Palmach de la Haganah, para ser testigo del ataque e informar sobre él en una de sus emisiones. En esta operación particular, un nuevo paso fue dado por los terroristas; Levin explica: «Cuando yo me fui, los zapadores estaban volando las casas. Uno tras otro los sólidos edificios de piedra, algunos construidos en un elaborado estilo urbano, explotaron y se vinieron abajo» (15). Esta política de destruir casas para aterrorizar psicológicamente a los árabes todavía se emplea en Israel en estos momentos.

Antes del 17 de abril, cuando la Haganah llamó a filas a nuevos reclutas, esta vez «hasta la edad de cincuenta y cinco años» (16), Levin podía informar que «la carretera está abierta, los abastecimientos han llegado en grandes cantidades. Cinco pueblos más de las colinas han sido tomados durante la noche y otros destrozados: este mo-

mento es la culminación de la batalla de quince días por la carretera. Hasta llegar a Wadi Sarar, las bandas han sido obligadas a huir, y 350 árabes han muerto» (17). Con todas estas operaciones, la destrucción de pueblos y la matanza de los defensores árabes, el único objetivo que los sionistas estaban logrando era abrir la carretera. Todavía eran incapaces de controlar el territorio que deseaban y la mayoría de los habitantes árabes todavía estaban en sus casas; la hora del terrorismo real había llegado. La más importante y más sangrienta de las operaciones sionistas contra los pacíficos habitantes árabes de Palestina ocurrió en una fecha que ahora vive en la memoria de todo árabe. El 9 de abril de 1948, los árabes tuvieron su propio «Lidice» para llorar sobre él; su propia tragedia tuvo que ser contada una y otra vez. Sobre aquella fecha ocurrió la tragedia que ningún libro sobre la Palestina de este período de cualquier nacionalidad o color político, sionista o no sionista, puede ignorar. Es la historia de la matanza de Deir Yassin. El objetivo sionista de arrojar a los árabes de Palestina fue ampliamente logrado por lo que pasó en Deir Yassin. El horror que produjo en el pacífico pueblo de Palestina, cuando fueron conocidas las noticias sobre Deir Yassin, provocó el más masivo éxodo de pánico imaginable. Los sionistas llaman al episodio «Deir Yassin y después...»; lo que ocurrió exactamente en Deir Yassin va relatado en los pasajes que siguen.

Deir Yassin era una pequeña aldea árabe tres millas al oeste de Jerusalén. No tenía nada de excepcional y ninguna importancia estratégica. A pesar de estar cerca de Jerusalén, quedaba fuera de la carretera entre Jerusalén y Tel Aviv y nadie la tomó nunca en cuenta. Levin, el locutor de la Haganah, describió la aldea con estas palabras: «Deir Yassin era una de las pocas aldeas árabes pacíficas

en los alrededores de Jerusalén. Cuando una banda árabe intentó asentar su base allí el mes pasado (marzo de 1948), los aldeanos mismos lo rechazaron al costo de la vida del hijo del muktar (jefe)» (18). La gente de Deir Yassin no deseaba tomar partido en la lucha entre árabes y judíos. Aunque eran árabes continuaron siendo neutrales. Estos hechos, que la aldea no tenía ninguna importancia estratégica y que sus habitantes eran pacíficos, son aceptados por casi todos los que han escrito sobre la suerte de la aldea, excepto Begin, que hizo famosa a la aldea gracias a lo que sus hombres hicieron en ella. Una investigación británica del período declara que los habitantes de Deir Yassin «tenían reputación de pacíficos y de llevarse bien con sus vecinos judíos» (19). Aunque Begin pretende que Deir Yassin «era un importante eslabón en la cadena de posiciones árabes que encerraban Jerusalén desde el Oeste» (20). A pesar de esta declaración, en la misma página de sus memorias admite que «el comandante de la Hagannah en Jerusalén anunció que su captura no tenía ningún valor militar y era, por supuesto, contraria al plan general para la defensa de Jerusalén» (21). Esto demuestra que las pretensiones de Begin eran solamente intentos para excusar lo que hicieron sus hombres en aquella aldea. En la medida final, lo que sea de verdad sobre la posición de la aldea, lo que ocurrió allí el 9 de abril nunca puede excusar a los terroristas por cualquier aspiración que pudieran haber tenido referente a la posición «estratégica» de la aldea.

En la mañana de aquel día, «una fuerza del IZL (Irgun) y del Grupo Stern de unos doscientos hombres atacó a la aldea árabe» (22). Los hombres de la aldea estaban trabajando fuera. Begin describe el principio del incidente. Dice que «... uno de los nuestros, que llevaba un altavoz,

se colocó a la entrada de la aldea y exhortó en árabe a todas las mujeres, niños y viejos a marcharse de sus casas y refugiarse en las faldas de la colina» (23); algunas de las mujeres y niños lo hicieron, pero no todos. Parece que hubo alguna defensa por parte de los árabes, porque hubo lucha. Según Begin otra vez, sus hombres «se vieron compelidos a luchar casa por casa; (y) para derrotar al enemigo utilizaron un gran número de granadas de mano» (24), que lanzaron a las casas.

En este ataque, Begin dice que sus terroristas «tuvieron cuatro muertos y casi cuarenta heridos» (25); sin embargo, según el comandante del Irgun de la fuerza atacante, en un discurso que dirigió a los judíos de Nueva York durante una visita a los EE. UU. más tarde, las víctimas terroristas fueron «8 muertos y 57 heridos» (26); de los habitantes de Deir Yassin, sin embargo, «unos 250 murieron, alrededor de la mitad de ellos eran mujeres y niños» (27), según una investigación británica de aquel período. La manera en que estos árabes fueron asesinados causó horror y pánico entre los árabes de Palestina.

Después que la defensa árabe se había acallado, los terroristas del Irgun y del Grupo Stern agruparon a los habitantes de Deir Yassin, de los cuales más de la mitad eran mujeres y niños y les dejaron de pie bajo vigilancia en la plaza de la aldea, mientras ellos entraban en las casas y saqueaban todas las cosas de valor que pudieran coger. En seguida empezaron la carnicería, que es conocida por todo árabe como «la matanza de Deir Yassin». Los terroristas judíos clavaron sus bayonetas y asesinaron a las mujeres que estaban embarazadas, cortaron a los niños que gritaban en pedazos, delante de los ojos de sus madres. Mutilaron a las mujeres jóvenes y muchachas, cortando sus miembros después de violarlas. Ancianos y hom-

bres jóvenes fueron deliberadamente torturados hasta la muerte, mientras que las mujeres y muchachas que quedaban fueron despojadas de toda su ropa y metidas en camiones y llevadas a Jerusalén para hacer con ellas un desfile en el barrio judío de la Ciudad Santa.

Inmediatamente después de la matanza, la Haganah llegó y bloqueó la aldea durante dos días para evitar la entrada mientras quemaban los cadáveres y echaban los restos en los pozos de la aldea en un esfuerzo para borrar toda huella de las atrocidades. Cuando el representante en Palestina de la Cruz Roja Internacional, monsieur De Reynier, pudo visitar la aldea dos días más tarde, logró ver alguna de las huellas de lo que había ocurrido. Quedó horrorizado por lo que vio, la impresión de la acción de la IZL que se formó fue que había sido una «matanza deliberada» (28). Más tarde escribió un libro sobre su misión en Palestina con la Cruz Roja, en el cual incluye sus impresiones de la matanza (29). Según el reportero de «Kol Israel», de la Haganah, Harry Levin, que conoció a De Reynier a su vuelta a Jerusalén después de la visita a Deir Yassin, «no quería hablar, solamente cerró sus labios y dijo: '¡Horrible, horrible!'» (30). Levin, sin embargo, recibió su informe de la matanza de dos fotógrafos de la Haganah que habían acompañado a De Reynier en la visita; de hecho sólo uno de los fotógrafos habló, porque el otro «estaba demasiado impresionado para decir cualquier cosa». El hombre dijo que «el vio un gran montón de cuerpos quemados y medio quemados en una zanja; (también) otro montón de cuerpos de niños, alrededor de dieciséis. (Y) en la habitación de una de las casas estaban los cadáveres de una mujer y un niño...» (31).

La acción de la Haganah de bloquear la aldea fue llevada a cabo con la intención de evitar la evidencia de la

matanza; esto es por lo que a De Reynier se le impidió la entrada durante dos días. Sin embargo, hoy día sabemos casi todo lo que acurrió aquel día de testigos que han sobrevivido, de lo que admitieron los terroristas que tomaron parte en la matanza, de los informes hechos por la Cruz Roja y otras organizaciones internacionales, tanto como de las fotos de la Haganah, de las que existen todavía reproducciones, de las cuales yo mismo he visto.

Una relación británica de la historia especifica un incidente; el escritor dice: «Un mes antes que el Mandato terminara, esto es, a mediados de abril de 1948, dos israelíes borrachos estaban sentados en la terraza de un café en un lugar que se llamaba Deir Yassin, cuando una mujer árabe embarazada pasó.

»—¿Niño a niña? —preguntó uno de los israelitas a su compañero.

»—Niño seguramente.

»—Te apuesto a que es una niña.

»—Agárrala mientras lo averiguo.

»Entonces él cogió una botella de cerveza, rompió el fondo y con lo que quedó de la botella abrió el cuerpo de la mujer, que gritaba, y la dejó tirada para que muriera» (32).

El mismo escritor concluye: «Y no hay ninguna duda acerca de que una banda israelita entró realmente en Deir Yassin una mañana cuando los hombres estaban trabajando fuera y mataron a un cierto número de mujeres y niños cuyos cuerpos fueron arrojados a los pozos de la aldea. Existe un testimonio jurado sobre el asunto. Lo que hizo más odioso el crimen es el hecho que Deir Yassin, que es un suburbio al oeste de Jerusalén, es uno de los pocos luga-

res donde anteriormente árabes y judíos vivían en términos amistosos» (33).

Fuentes británicas (el informe del período) ya citadas dicen que las víctimas asesinadas en la matanza de Deir Yassin fueron 250; las fuentes árabes dicen que la cifra exacta fue exactamente 254. Entre ellas había un total de 137 mujeres, de las cuales 52 fueron descritas como «madres que criaban niños, algunos de los cuales tenían pocos meses». Del resto de las mujeres, 25 estaban embarazadas y las otras eran muchachas y mujeres solteras.

A través de las memorias de Begin sabemos que la Haganah, y en consecuencia su supervisora la Agencia Judía, conocía de antemano la intención del Irgun de atacar Deir Yassin. Begin manifiesta que recibió una carta de Shaltiel, comandante de la Haganah en Jerusalén, en la cual éste le decía: «He sabido de vuestro plan de atacar Deir Yassin. Deseo señalar que la captura y control de Deir Yassin es una de las etapas de nuestro plan general. No tengo ninguna objeción a la realización de esta operación, con tal de que ustedes puedan controlar el pueblo.» El plan era apoderarse de Deir Yassin y utilizar el campo «para establecer un aeródromo» (34). Existe una contradicción obvia entre esta declaración y otra del mismo comandante de la Haganah que cita Begin (que ya he reproducido), en la cual aquél declarada que la captura de Deir Yassin era «por supuesto, contraria al plan general de defensa de Jerusalén».

Las noticias de la matanza de Deir Yassin causaron honda impresión en Palestina y el mundo árabe. Los árabes de Tierra Santa quedaron estupefactos. De pronto comprobaron que ser apacibles campesinos no les salvaba del salvajismo judío-sionista. De esta manera, cuando los terroristas sionistas se acercaban a una aldea para atacarla,

los habitantes árabes huían aterrorizados. Pronto, pueblos y ciudades fueron evacuados, y cuando los sionistas se enfrentaron con obstinados árabes que rehusaron marcharse, los terroristas con gusto repetían algunos de los actos de la tragedia de Deir Yassin en su beneficio. Los pateaban, los golpeaban y los obligaban a correr a tiros, o torturaban a cuantos tuvieran tiempo para hacerlo. Abundan los relatos del salvajismo judío en Palestina; han sido repetidos de forma limitada por Israel en las tierras árabes ocupadas como resultado de la guerra de junio de 1967.

Begin insiste en describir los detalles de la matanza como «relatos increíbles de la carnicería Irgun» (35). También acusa al alto mando árabe y a la Agencia Judía por haber, los dos de acuerdo, fabricado la matanza. Manifiesta que las radios árabes informaron repetidamente a los árabes de Palestina de esos «relatos increíbles», lo cual inducía a los árabes a huir presos del pánico y del terror. Según la evidencia que se desprende de escuchar los programas de todas las radios árabes en 1948, sin embargo, las declaraciones de Begin son sucias mentiras del principio al fin (esta evidencia será revisada en el próximo capítulo). Con respecto a la acusación de Begin que la matanza era una fabricación de la Agencia Judía, basta señalar que la Agencia pidió excusas públicamente de la matanza, para ver que la acusación no es cierta. Si la matanza nunca se realizó, como Begin quiere hacernos creer, entonces ¿a qué se debe que la Agencia Judía encontrara la carnicería tan monstruosa que Ben Gurion, su dirigente ejecutivo y más tarde primer ministro de Israel, pidiera excusas públicamente al rey Abdullah de Transjordania por las acciones terroristas (36). Seguramente esto es una suficiente evidencia. La Agencia Judía declaró que deploraba «la ejecución de semejantes brutalidades como

simplemente repugnante», y además expresó «su horror y repulsión por la bárbara manera en que la acción fue llevada a cabo» (38).

El novelista y escritor sionista Arthur Koestler, que había conocido a Begin y que fue descrito por el comandante del Irgun como escritor «que se dedicaba a la rama especial de la literatura que se puede llamar psicología política» (39) (en otras palabras, un propagandista sionista), declaró, sin embargo, que «el baño de sangre de Deir Yassin fue la peor atrocidad cometida por los sionistas en toda su carrera» (40).

Jon Kmiche, el judío británico y escritor sionista que estaba en Jerusalén en el momento de las atrocidades de Deir Yassin, describe la matanza como «la mancha oscura en la hoja de servicios judía». Continúa, para dar a sus lectores una frase que indica la posterior justificación terrorista de lo que ocurrió en Deir Yassin. Dice: «Es históricamente importante porque se convertirá en el principio de una segunda leyenda con que los terroristas intentaban servir a su causa y justificar sus hazañas. De la misma manera que ellos afirmaban que la decisión británica de dejar Palestina era el resultado de los ataques terroristas sobre las tropas británicas, más tarde justificaron la matanza de Deir Yassin porque desembocó en el pánico que hizo huir a los árabes que quedaban en el 'Estado judío' y disminuyó las pérdidas judías» (41).

Crean o no los sionistas la justificación terrorista, queda en pie el hecho que la matanza tuvo mucho que ver con el éxodo árabe. Begin mismo declara—aunque continúe sosteniendo su acusación que las noticias de la matanza habían sido exageradas— que «los árabes por todo el país, inducidos a creer los increíbles relatos de la «carnicería del Irgun», se vieron sometidos a un pánico sin

límites y empezaron a huir para salvar sus propias vidas». Esta huida en masa pronto se convirtió en una estampida enloquecida, incontrolable. De los cerca de 800.000 árabes que vivían en el presente territorio del Estado de Israel (antes de junio de 1967), sólo unos 165.000 continuaron allí. Entonces, Begin añade esta frase, que expone el esquema entero de «terror-para-desarabizar-Palestina», diciendo: «La significación política y económica de este hecho no puede ser sobreestimada» (42).

En la misma línea de pensamiento, Koestler dice que «la población árabe fue presa de pánico, y abandonó aldeas y pueblos con el lastimero grito de Deir Yassin» (43).

Durante el período de Deir Yassin y la evacuación británica de Palestina alrededor de mediados de mayo de 1948, los terroristas sionistas llevaron a cabo muchos otros ataques en aldeas, pueblos y ciudades árabes. Entre el 17 de abril y el 12 de mayo, las aldeas y pueblos árabes o mezclados de árabes y judíos evacuados por los árabes como resultado de estos ataques, incluye Tiberíades, Haifa, Jaffa, Safad y Beisan, así como otros lugares más pequeños. Begin habla de los resultados de la difusión de las noticias sobre Deir Yassin en estos y otros pueblos y aldeas, diciendo: «El resultado nos ayudó. El pánico abrumó a los árabes de 'Eretz Israel'. La aldea de Kolonia, que previamente había rechazado todos los ataques de Haganah, fue evacuada de la noche a la mañana y cayó sin más lucha. Beitlksa también fue evacuado... En el resto del país también los árabes empezaron a huir aterrorizados, incluso antes de chocar con las fuerzas judías... La leyenda de Deir Yassin nos ayudó en particular en la salvación de Tiberíades y en la conquista de Haifa» (44).

En todos estos ataques, el objetivo sionista era ocu-

par el territorio, extender las fronteras del Estado que estaban construyendo y a la vez echar a los árabes —en otras palabras, «desarabizar» lo que les fuera posible Palestina antes del 14 de mayo—. Trabajando para cubrir esos objetivos, los sionistas continuaron su gran terror. Después de Deir Yassin, su trabajo era más fácil —aunque no fue siempre así—; así, al considerar estos ataques, uno debe tener siempre presente la contribución de Deir Yassin al pánico masivo, porque parece que solamente una monstruosidad semejante podría explicar el éxodo increíble que tuvo lugar en casi todos los pueblos atacados por los terroristas.

Después de Deir Yassin, por lo menos dos pueblos más sufrieron una matanza y carnicería parecida; fueron los pueblos de Ez-Zeitoun y Salah Ed-Dein. Sin embargo, continuando el relato de los ataques notamos que el pueblo de Tiberiades cayó en manos de los sionistas invasores el 18 de abril. Mientras, el 21, la Haganah atacó Haifa, la segunda ciudad en tamaño y en importancia de Palestina. Haifa, sin embargo, no sucumbió tan fácilmente; ésta es una historia más larga. Los británicos se habían quedado en Haifa, aunque se habían retirado de la ciudad judía de Tel Aviv, en el Sur, y mientras ellos permanecieron allí prohibieron a los árabes que se armaran oficialmente o que buscaran ayuda; algo que éstos querían para rechazar el inminente ataque de los sionistas. Por fin, finalmente, la Haganah atacó; los árabes solicitaron ayuda de los británicos. En lugar de ayudarles, los británicos simplemente se retiraron de la ciudad (45), dejando a los árabes enfrentarse solos a los sionistas. No solamente los británicos se retiraron, sino que incluso animaron a los árabes a dejar sus casas y huir para salvar sus vidas del inminente salvajismo judío; explicaron que inmediatamente después

del 14 de mayo los ejércitos árabes llegarían para devolverles a su ciudad. Mas sus vecinos judíos aconsejaron a los árabes dejar Haifa, no debido al salvajismo judío ahora, sino debido al salvajismo del ejército árabe, en particular del ejército iraquí (46).

Tan pronto como los británicos desaparecieron por el horizonte, la Haganah atacó ayudada por un «blitz psicológico realizado por camiones con altavoces y folletos de la Haganah» (47). La Haganah también hizo circular una tonta propaganda sobre «un arma secreta» (48) que decían que ellos tenían. La política de intensificar esta guerra propagandística, recordando a todo el mundo lo que había ocurrido en Deir Yassin, empezó a dar resultados: la población árabe empezó a marcharse de la ciudad de la manera más extraordinaria. Según Begin, «todas las fuerzas judías empezaron a avanzar por Haifa como un cuchillo penetrando por la mantequilla. Los árabes empezaron a huir llenos de pánico, gritando: «Deir Yassin» (49). Según Koestler habían huido de sus casas «con el último café a medio bebido en la taza china» (50).

No cabe duda que las anteriores atrocidades judías fueron la causa de esta fuga masiva. Según la investigación británica: «En una semana la población normal (en Haifa), de 50.000 habitantes se redujo por la fuga a unos 8 ó 10.000» (51). Según otra fuente, un sionista que esta vez pone la población en 70.000 habitantes, «hay algo misterioso en la manera en que huyen los árabes. En Haifa, sus dirigentes se decidieron hoy contra una tregua, después de todo... preferían evacuar la población entera. Alguna mano invisible está animando este éxodo, primero en Tiberiades, ahora en Haifa. Muchos quisieron quedarse. Conocían a los judíos, habían tratado con ellos. No tienen la más remota idea de lo que les espera en Líbano; si

hay un techo y comida, o de qué van a vivir. Pero los 70.000 se marchan. El ejército británico está ayudando a transportarles» (52).

Pero Haifa no era toda Palestina, incluso aunque una ciudad de las dimensiones de ésta cayó de hecho en manos sionistas, los terroristas todavía tenían otras ciudades importantes para atacar. Las siguientes en la lista eran Jaffra y Accre (Akka o Akko).

El 25 de abril, los terroristas del Irgun atacaron Jaffa, la ciudad árabe al otro lado de la calle de la ciudad judía de Tel Aviv. El mismo día, la ciudad de Acre fue atacada por la Haganah. En Jaffa, los árabes resistieron durante días y días; luego, de repente, como dice Begin: «Un extraño fenómeno se produjo ante nuestros ojos: la huida masiva de Jaffa» (53). Virtualmente, decenas de miles de personas huyeron de aquella ciudad. Este increíble éxodo parecía inexplicable; los árabes habían defendido su ciudad admirablemente, las fuerzas atacantes habían sido mantenidas a raya durante días. Otro hecho extraño fue descubierto con la entrada del Irgun y la Haganah en la ciudad. En palabras de Begin: «Justo después de nuestro ataque en Jaffa, la zona de Abu-Kebir cayó en manos judías sin un disparo. Los oficiales de la Haganah me dijeron más tarde que Abu Kebir estaba fortificado tan eficazmente y con tanta fuerza que podía haberse defendido durante un período indefinido» (54). Sin embargo, los defensores la habían abandonado, se marcharon tan pronto como la ciudad cayó. ¿Por qué? Begin no contesta a ello. La contestación, sin embargo, no podía ser el miedo a la artillería, porque los defensores la habían soportado durante días. La contestación no puede ser otra sino el miedo al terrorismo y matanza que seguiría a la caída de la ciudad.

La guerra psicológica se había manifestado entre los árabes por los terroristas mediante el ejemplo de Deir Yassin.

Incluso en Jaffa, después de su caída, los terroristas no pudieron refrenar su impulso de hacer de ella otro ejemplo para otros pueblos árabes. En aquella ciudad, los prisioneros árabes fueron fusilados después de que uno de ellos «hizo un último esfuerzo para luchar cuando mató al comandante del grupo terrorista que había sido enviado a hacer una redada de árabes. Aquellos habitantes de Jaffa que no tenían nada que ver con la defensa, pero que habían quedado en la ciudad, fueron echados por la fuerza; les hicieron huir llevando sólo la ropa que llevaban puesta. La culminación del ataque fue la voladura de la ciudad casa por casa» (56). La excusa de Begin para la destrucción de la ciudad era que los terroristas volaron las casas para evitar que los soldados británicos las usaran como cobertura en caso de un ataque británico a Tel Aviv desde Jaffa.

La ciudad de Accre fue atacada el mismo día de Jaffa. Esta operación fue llevada por la Haganah, que la terminó a tiempo de poder reunirse con el Irgun en las etapas finales de la ciudad más obstinada de Jaffa. En Accre, «la guerra psicológica fue utilizada. Un altavoz dijo a los ciudadanos que estaban aislados, que ninguna ayuda les podría venir (y que) estaban perdiendo sus vidas inútilmente» (56). Este y otros medios de fuerza indujeron a los árabes a creer que la tragedia de Deir Yassin se repetiría en Accre; entonces ellos se marcharon: la mayoría hacia el Norte, a Líbano, o al Este, a Jerusalén, o a Transjordania. Lo que es más penoso en Accre es que muchos de los que huyeron de allí eran ya refugiados que habían huido de la ciudad de Haiffa, tan sólo unos días antes; por segunda vez eran echados.

En esta etapa es esencial notar que eran no solamente las noticias referentes a Deir Yassin o la propaganda psicológica lo que hizo huir a los árabes: los terroristas frecuentemente animaron o crearon una huida «echando una mano». En conexión con esto, la Investigación británica nota que «las fuerzas armadas de Israel» no limitaron su presión sobre la población civil árabe a jugar con su miedo. Los echaban por la fuerza; por ejemplo, la población de Akka (que incluía refugiados de Haifa), en mayo; la población de Lydda y Ramla (que incluía refugiados de Jaffa), en julio, y la población de Berrsheba y Galilea Occidental, en octubre 1948» (57).

Otra especialidad del terrorismo judío era el saqueo de las casas árabes que seguía a la caída de una aldea, pueblo o ciudad. Ya hemos visto un ejemplo de esto en Deir Yassin; después fue intensificado. Los terroristas—que más tarde se convirtieron en el Ejército de Defensa israelita—eran los primeros en saquear y hacer pillaje. Saquearon lugares como los suburbios de Jerusalén, también saquearon totalmente las ciudades de Accre y Jaffa. Era un espectáculo corriente ver a los terroristas, después de haber entrado en una ciudad árabe que había caído, cargando sus «jeeps» y sus camiones con aparatos de radio árabes, muebles, etc. Ben Gurion, en aquel momento primer ministro de Israel, tuvo que admitir que su ejército—los terroristas de ayer—se habían dedicado a actividades como éstas, y también señala la cantidad de judíos respetables de todas clases que habían tomado parte en el saqueo; era «un espectáculo vergonzoso y penoso» (58). Levin, nuestro informador de la Haganah, describe en su diario episodios semejantes, de los cuales él fue testigo, y añade que «las pérdidas gracias al saqueo son enormes» (59).

Entre diciembre de 1947 y mediados de mayo de 1948, cuando estalló la guerra árabe-israelí, los principales ataques de los terroristas sionistas dieron como resultado la ocupación y expulsión de los habitantes árabes de las siguientes aldeas, pueblos y ciudades:

I. El territorio reservado por el Plan de Partición para el Estado judío; la ciudad de Haifa, y el pueblo de Tiberiades, en abril; en mayo, las ciudades de Safad y Beisan. Estos, además de unas 200 aldeas árabes más pequeñas.

II. En el territorio reservado para el Estado árabe: el pueblo de Qazaza, en diciembre; en marzo, Salmeh; en abril, las aldeas de Saris y Biyar-Adas, además del pueblo de Qastall y la ciudad de Jaffa; en mayo, la ciudad de Accre, además de muchas otras pequeñas aldeas.

III. En la zona internacional de Jerusalén, que había quedado bajo supervisión internacional, los terroristas atacaron y ocuparon el barrio árabe de Katamon, de la Ciudad Santa, el 29 de abril, y anteriormente, el día 9, atacaron al aldea de Deir Yassin y asesinaron a 250 de sus habitantes.

Debemos aclarar un último punto, referente a los ataques sionistas. A través de todo este capítulo hemos mencionado frecuentemente el hecho de que los árabes se encontraban sin ayuda y sin defensa frente a los terroristas, mientras, por otro lado, se han dado pruebas de la defensa árabe —no existe ninguna contradicción en ello—. Los árabes que se defendían eran bandas irregulares de hombres armados que cruzaban las fronteras desde los vecinos países árabes para ayudar a los palestinos, ayudados por unos cuantos árabes palestinos que tenían armas para usar. Estos hombres eran un total, según una fuente sio-

nista, de unos 8.000. Estos combatientes tenían que enfrentarse con sionistas experimentados que pertenecían a tres organizaciones que continuamente crecían en número, y se podía estimar que nunca estuvieron formadas por menos de 70.000 individuos. La gran mayoría de árabes palestinos era la población civil que, bajo treinta años de gobierno británico, había sido desprovista de todos los medios de defensa y arriesgaba, en caso de estar en posesión de cualquier clase de armas, la posibilidad de ejecución. Esta gente fueron los palestinos que padecieron bajo el terror sionista, que estaban sujetos a las matanzas y carnicerías y, finalmente, arrojados de la tierra que habían habitado durante siglos.

Al final de este capítulo vamos a echar una ojeada a la actitud oficial sionista sobre el terrorismo contra los árabes, como ya hemos visto lo referido a los británicos. Si los terroristas del Irgun eran asesinos profesionales, era porque ellos no tenían, en primer lugar, ningún «status» legal; se les llamaba públicamente «disidentes» por parte de sus «respetables» hermanos, los miembros de la Agencia Judía. Pública y oficialmente, los terroristas del Irgun no eran responsables ante ninguna autoridad, excepto la suya propia, mientras que, por otra parte, la Haganah era dirigida y supervisada por la Agencia Judía, y por eso, debía a esta Agencia fidelidad. Como estaba claro que los que se beneficiaron más del terrorismo eran los dirigentes sionistas, que más tarde se convirtieron en los dirigentes de Israel, porque el terrorismo hizo posible la meta de fundación de un Estado, era mejor para esos beneficiarios fingir que el terrorismo y sus metas no coincidían con sus programas—ésta era la actitud pública oficial.

En el caso de Deir Yassin, la Agencia Judía hizo pú-

blico su aborrecimiento del terrorismo, aunque la Haganah fue la primera en cubrir la acción mediante el bloqueo de la desgraciada aldea. Ben Gurión probó que la Haganah trabajaba por la Agencia Judía cuando dijo a algunos periodistas: «¿Ven lo capaces que son nuestros chicos?», después que fue informado de un ataque terrorista que se suponía realizado por la Haganah. Begin, que dio la información referente a este incidente, dice que de hecho este ataque específico fue realizado por el Irgun. Ben Gurión estaba «bajo la impresión de que el ataque había sido llevado a cabo por miembros de la Haganah» (60), añade. La importancia de este episodio prueba que la Haganah operaba bajo la supervisión de la Agencia.

Pero ¿qué pasa con la Agencia-Haganah, por un lado, y el Irgun-Stern, por otro? ¿Existía algún acuerdo o era la actitud oficial verdadera? En el caso del terrorismo contra los británicos, ya hemos visto que existía un acuerdo muy amplio entre los dos frentes; no hay ninguna razón para que este acuerdo fuera disuelto en el caso del terrorismo contra los árabes. De hecho, en este caso existía más acuerdo todavía entre los dos lados.

Herry Levin, el miembro ya citado de la Haganah, menciona que «Etzel (IZL o Irgun) desde ahora debe operar como una unidad bajo la total dirección del mando supremo de la Haganah, en el cual estará representado. Este es el resultado de la intervención del Consejo Sionista Mundial» (61). La autoridad suprema sobre el tema tiene que ser Begin, el cual, como dirigente del Irgun, tiene que saber todo. Dice que a principios de 1948, probablemente en enero, cuando los cuatro objetivos a que nos hemos referido fueron decididos, «se llegó a un acuerdo entre la Agencia Judía, como autoridad suprema sobre la Haganah, y el Irgun Zvai Leumi». La cláusula 2 de este

acuerdo declaraba que «los planes de ataque en el frente A (Arabe) y los planes de represalias en el frente B (Británico) estarán sujetos a una aprobación previa» (62). Quizá la mejor prueba que podemos tener del acuerdo mutuo entre los dirigentes sionistas y el Irgun/Stern, es que los terroristas del Irgun y del Grupo Stern fueron recompensados con tan altas posiciones en el Estado de Israel.

## NOTAS

- (1) Begin: op. cit., p. 49.
- (2) Sacher: op. cit., p. 183, ambas citas.
- (3) Harry Levin: «Jerusalém Embattled». Víctor Gollancs Ltd., Londres, 1950; p. 32.
- (4) Ibíd., p. 63.
- (5) Ibíd., p. 65.
- (6) Ibíd., p. 34..
- (7) Sir John B. Glubb, O. B. E.: «A soldier with the arabs». Hodder and Stoughton, Londres, 1957; p. 77.
- (8) Vide Begin: op. cit., pp. 50-1.
- (9) Ibíd., p. 337.
- (10) Ibíd., pp. 337-8.
- (11) Ibíd., p. 348.
- (12) Ibíd., p. 349.
- (13) Kirk, 1945-50: op. cit., pp. 254-5.
- (14) Levin: op. cit., p. 42.
- (15) Ibíd., pp. 6-7.
- (16) Ibíd., p. 76.
- (17) Ibíd., p. 77.
- (18) Ibíd., p. 57.
- (19) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 260.
- (20) Begin: op. cit., p. 162.
- (21) Ibíd.
- (22) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 260.
- (23) Begin: op. cit., pp. 163-4.
- (24) Ibíd.
- (25) Ibíd.
- (26) «New York Times», 30 de noviembre de 1948.
- (27) Kirk, 1945-50: op. cit., pp. 260-1.
- (28) Ibíd.
- (29) Jacques de Reynier: «A Jerusalem un Drapeau», pp. 69-70.
- (30) Levin: op. cit., p. 59.
- (31) Ibíd.
- (32) Lias: op. cit., pp. 182-3.
- (33) Ibíd., p. 183.
- (34) Begin: op. cit., p. 163. Ambas citas.
- (35) Ibíd., p. 164; nota.
- (36) Vide Lilienthal: op. cit., p. 107.
- (38) Arthur Koestler: «Promise and Fulfillment; Palestine 1917-1949». MacMillan and Co., Londres, 1949; p. 160.
- (39) Begin: op. cit., p. 308.

- (40) Op. cit., p. 160.
- (41) Jon Kimche: «Seven Fallen Pillars». Secker and Warburg, Londres, 1935; p. 228.
- (42) Begin: op. cit., p. 164; nota 1.
- (43) Koestler: op. cit., p. 160.
- (44) Begin: op. cit., p. 164-5.
- (45) Vide Kirk, 1945-50: op. cit., p. 262.
- (46) Vide Koestler: op. cit., p. 207.
- (47) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 262.
- (48) Vide Koestler: op. cit., p. 215.
- (49) Begin: op. cit., p. 165.
- (50) Koestler: op. cit., p. 215.
- (51) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 263.
- (52) Levin: op. cit., p. 90.
- (53) Begin: op. cit., p. 363.
- (54) Ibíd., p. 364.
- (55) Ibíd.
- (56) Sacher: op. cit., p. 245.
- (57) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 264. Paréntesis en el original.
- (58) Israeli Goberment Handbook 5712, Seymour Press, Londres, 1951-52; también ver Kirk, 1945-50: op. cit., p. 263; nota 2.
- (59) Levin: op. cit., p. 135.
- (60) Begin: op. cit., p. 338. Ambas citas.
- (61) Levin: op. cit., p. 102.
- (62) Begin: op. cit., p. 345. Ambas citas.

## CAPITULO III

### DESPUES DEL TERROR

Hacia el 15 de mayo de 1948, los dos objetivos terroristas y los dos objetivos del terrorismo habían sido cumplidos. Las fuerzas británicas habían sido completamente retiradas de Palestina y la mayoría de los árabes habían evacuado el Estado judío del Plan de Participación de la ONU, al igual que partes del Estado árabe, lo que permitió a los terroristas judíos controlar todo el país y declarar el Estado judío —Israel de nombre—. La contribución del terrorismo a la realización de los dos objetivos fue básica y, como acabamos de ver en las precedentes páginas, todavía algunos comentaristas sionistas —comprensiblemente— alegan que los dos objetivos habían sido cubiertos mediante medios diplomáticos o militares, pero no mediante el terrorismo.

Sin embargo, dos citas que proceden de fuentes «bien informadas» aclaran este asunto para nosotros. En lo referente al terrorismo contra los británicos, Begin manifiesta que «dentro de un período más corto de lo esperado incluso por muchos de nuestros militantes y simpatizantes más optimistas, hemos logrado causar el colapso del régimen de ocupación y lo que ha sido descrito con una precisión casi científica como 'la bancarrota del Gobierno británico en Palestina'. El giro histórico de los acontecimientos de operaciones clandestinas» (1). Sobre el terrorismo

mientos no fue el resultado de una única operación, fue realizado mediante el efecto acumulativo de una serie entera de operaciones clandestinas» (1). Sobre el terrorismo contra los árabes y su efectividad en arrojarlos fuera del país, el doctor Chaim Weizmann, dirigente del sionismo internacional, presidente de la Agencia Judía de Palestina y primer presidente de Israel, declaró que «hubo una limpieza milagrosa del país; la simplificación milagrosa de la tarea de Israel» (2). Durante las últimas etapas del éxodo árabe, los sionistas habían ya entendido la importante significación de esta «milagrosa limpieza del país». El hombre de la Haganah, Levin, anota en su diario, entrada del 4 de mayo de 1948, cuando habla de la evacuación árabe de los pueblos de Palestina, que este fenómeno «seguramente... lo hará todo más fácil para los judíos, tanto a la larga como a la corta...» (3). Otro escritor sionista se esforzó en explicar cómo este fenómeno, que ocurrió en territorio proporcionado por el Plan de Partición a los sionistas, lo hizo todo más fácil a los judíos. Declara que «ahora la población árabe ha huido en masa de los pueblos y aldeas ocupados por los judíos y ha sido reducida a 60.000 personas. Los judíos no tienen necesidad de tener una quinta columna en su retaguardia cuando emprendan extensas operaciones militares» (4).

Hemos utilizado numerosos términos del calibre de «increíble», «extraño» y «asombroso» en las descripciones del éxodo masivo de los árabes de Palestina. Quizá la única excusa para el empleo de tales palabras es que fue, de hecho, así. Es, por supuesto, extraño que una nación entera deba huir de sus casas en semejante forma. Algo terrible debe haber provocado a hacerlo a esta gente. Todavía los sionistas, y ahora Israel, declaran que los árabes han dejado sus casas por su propia voluntad y no bajo

coacción. Vamos ahora a examinar esta afirmación sionista. Aquí hay algunas citas sionistas que desde luego atribuyen el éxodo árabe al terrorismo y demuestra a Israel que no todos sus hombres están de acuerdo con sus afirmaciones. Levin, nuestro informador de la Haganah, dice que «... Deir Yassin ha contribuido con su parte demasiado bien como apoyo de... (la) propaganda» (5). Referente al terror sionista, el mismo escritor admite que «hay algo extraño en la manera en que huyen los árabes... Alguna mano invisible los empuja a este éxodo» (6). Mientras otro propagandista sionista admite que la población fue presa de pánico y huyó de las aldeas y pueblos con el lastimoso grito de: «Deir Yassin» (7). Otro escritor sionista admite que «la matanza de Deir Yassin por el Irgun... fue el punto culminante» y que «tampoco la fuga se hizo siempre sin estímulo o alentamiento por parte de los judíos». Además, él alega en el mismo pasaje que «mediante la explotación psicológica de este acontecimiento los dirigentes árabes convirtieron el arroyo de la fuga en una torrentera. Se convirtió en la regla», el sigue, «que cuando las fuerzas judías avanzaban, los habitantes árabes del territorio ocupado huyeron» (8).

A pesar de estas citas que atribuyen el éxodo árabe al terrorismo sionista, la política oficial sionista ha sido un intento de hacer aceptar una historia donde se dice que este éxodo masivo fue el resultado directo de exagerados informes sobre este terror. También se difundió una historia que decía que este éxodo era el resultado de una propaganda dirigida a los árabes de Palestina por las radios del Alto Mando Árabe. Una tercera historia era que el Alto Mando Árabe había realmente mandado a los árabes huir de sus casas. La repetición de estas historias por los sionistas o por los medios de difusión controlados

por los sionistas, ha logrado sembrar semillas de duda en las mentes de individuos desinteresados en lo referente a la verdad. Para lograr un estudio completo hay que examinar esas acusaciones.

Durante el ataque sionista a Haifa en abril, un periódico británico (9), informó que la población árabe había decidido marcharse de la ciudad después de que sus dirigentes «recibieron instrucciones del Alto Comando Árabe que debían abandonar la ciudad, porque los ejércitos combinados de los Estados árabes los recobrarían para ellos pronto». Esta acusación fue negada por los árabes» (10). Parece casi ridículo que el Comando Árabe instruyera a la población árabe de Haifa para que abandonara su ciudad y reinstalarlos poco después, cuando se recobraría la ciudad.

Otra acusación vino de un panfleto publicado por el Consejo Sionista Norteamericano. Una investigación británica del período menciona este panfleto y trata de la acusación y también da una declaración referente a su autenticidad. La Investigación británica dice: «Una aserción sionista posterior (11), que **muchas semanas antes de la matanza de Deir Yassin** al Alto Mando Árabe había llamado a la población árabe para que dejara su país en masa debe ser tratado con reserva en la ausencia de evidencia positiva para corroborarlo; pero no hay ninguna duda que la publicidad que la prensa y radio árabes dieron a la matanza de Deir Yassin con el propósito de atraer simpatías, aceleró grandemente la desmoralización y fuga de los árabes no combatientes. En esta etapa de la lucha, la actitud judía ante la fuga árabe era ambigua, pues mientras había una evidencia de que las autoridades civiles en Haiffa intentaron tranquilizar a la población árabe, los combatientes judíos allí y en otros sitios hicieron uso hábil de la guerra

psicológica para romper la moral de sus oponentes, y el efecto sobre los civiles fue exactamente el que esperaban» (12).

Esta cita contradice la afirmación del periódico británico (basado sobre asección sionista) que las autoridades civiles en Haifa habían animado a los árabes a evacuar la ciudad. Sin embargo, el énfasis del escritor sobre la influencia de la prensa árabe y los informes de la radio de Deir Yassin es una exageración, porque, como veremos más tarde, los medios informativos árabes habían realmente amenazado a los que intentaron evacuar. Sin embargo, no podemos sino rechazar la asección sionista ya citada, porque ha enfatizado que el Alto Comité Árabe había llamado a los árabes a marcharse «muchas semanas antes de la matanza de Deir Yassin».

Sin embargo, no existe evidencia de ningún llamamiento, y es obvio que la publicidad dada a Deir Yassin se hizo después de haber ocurrido el acontecimiento.

Sir John Bagot Glubb, OBE, que era el jefe de la Legión Árabe en aquellos momentos, enumera algunas de las maneras en que los terroristas sionistas lograron atemorizar a la población árabe. Dice que algunos árabes fueron arrojados mediante mentiras y falsas promesas, mientras que otros eran «alentados a marcharse a golpes o con otros actos indecentes» (13). También cuenta que en el caso de los árabes de Jerusalén, los terroristas usaron altavoces mediante los cuales se comunicó a los árabes que «la carretera de Jericó sigue abierta, huya de Jerusalén antes de que le asesinen». La conclusión de Sir John Glubb sobre el asunto se expresa en palabras muy claras. Dice que «el relato hecho público por los judíos que persuadió al mundo al principio que la marcha de los refugiados árabes era voluntaria, no es verdad. Emigrantes vo-

luntarios no dejan sus casas con la ropa que llevan puesta. La gente que decide cambiar de casa no lo hace con la prisa de perder a otros miembros de la familia—un marido que pierde de vista a su mujer o padres a sus hijos. El hecho es que la mayoría huyeron llenos de pánico, para escapar de la matanza. Realmente fueron ayudados en su camino por una matanza ocasional—no muchos muertos a la vez, sólo los justos para tener a los árabes siempre huyendo» (15).

El difunto William Zurckerman, un judío norteamericano que era editor de la importante «Jewich Newsletter», nos proporciona esta reveladora declaración. Dice: «La fuga de los árabes palestinos, que creó el problema de los refugiados árabes, no fue un acto espontáneo, ni debido enteramente al llamamiento propagandístico de los dirigentes árabes, como los sionistas han proclamado desde siempre. Fue un plan fríamente calculado ejecutado por el Irgun, pero con el conocimiento de la Haganah y de la Agencia Judía de aquel tiempo» (16).

¿Qué hay sobre este llamamiento propagandístico, a menudo citado, de la radio y los dirigentes árabes, entonces? Acabamos de señalar que incluso en la extraordinaria revelación de los terroristas, Zuckerman no podía hacer otra que admitir unos cuantos pensamientos inquietantes referentes a la influencia de esta propaganda. La verdad es que nunca la acusación se ha tenido en pie; era, y todavía lo es, una invención de los sionistas. Todavía quedan huellas de ello en las mentes de incluso los más objetivos de los observadores. Fue uno de éstos, un autor británico, quien decidió investigar todo el asunto para eliminar toda duda; su nombre es Erskine Childers, y éste es su informe:

«Examinando cada declaración oficial sobre el éxodo

árabe, fui sorprendido por el hecho de que no se había producido ninguna evidencia primaria de orden de evacuación. La acusación, proclamó Israel, estaba documentada; pero ¿dónde estaban los documentos? Alegaron que había habido emisiones radiofónicas árabes ordenando la evacuación; pero ninguna fecha, nombre de emisoras o textos de mensajes han sido citados jamás. En 1958, estuve en Israel como invitado del Ministerio del Exterior, y por eso tuve dobles esperanzas de una ayuda seria por parte de éste, y pedí que me enseñaran pruebas. Me aseguraron que existían y me las prometieron. No me dieron ninguna cuando me marché, pero volvieron a asegurármelo. Pedí que me mandaran los materiales. Todavía estoy esperando (1961).

»La siguiente cosa que hice fue comprobar la acusación indocumentada que las órdenes de evacuación árabe fueron transmitidas por la radio árabe —puede hacer esta prueba completamente porque la BBC registró todas las emisiones del Cercano Oriente en 1948. Las cintas y otras hechas por unidades de registro de los EE. UU. se pueden ver en el Museo Británico—. No había ninguna orden o llamamiento o sugerencia referente a la evacuación de Palestina de cualquier emisora árabe dentro o fuera de Palestina en 1948. Existen unas cintas de llamamientos árabes repetidas, incluso órdenes directas, de que los civiles de Palestina se quedaran donde estaban. Seleccionaremos solamente dos ejemplos: el 4 de abril, cuando empezó la primera oleada de huida, la radio de Damasco transmitió un llamamiento para que todo el mundo se quedara en sus casas y en sus trabajos. El 24 de abril, el éxodo ahora convertido en un torrente, los dirigentes árabes de Palestina advirtieron que: «Ciertos elementos y agentes judíos están extendiendo noticias derrotistas para crear el caos y

el pánico entre la población pacífica. Algunos cobardes están desertando de sus casas, aldeas o ciudades... Los agentes sionistas y los cobardes corrompidos serán severamente castigados» (17).

Antes que dejemos el tema deseo incluir dos citas que surgen como resultado de un profundo sentido de culpabilidad por parte de sus autores —ambos son judíos— en relación con la evicción sionista de los árabes y la subsecuente creación del problema de los refugiados árabes.

La primera cita viene del rabino Benjamin, quien, cuando residía en Israel, escribió al periódico norteamericano «Jewish Newsletter» acerca de los refugiados árabes, y concluía así sus palabras: «Al final debemos decir públicamente la verdad: que no tenemos ninguna moral en absoluto para oponernos al retorno de los refugiados árabes a su tierra..., que hasta que hayamos redimido nuestro pecado contra los refugiados árabes, no tenemos ningún derecho a recoger a los exiliados en este país. No tenemos el derecho de pedir que los judíos norteamericanos se marchen de su país al cual están vinculados y establecerse en una tierra robada a otros, mientras sus dueños están sin hogar y en la miseria» (18).

Esto es lo que dijo el rabino Benjamin, pero el no habla en nombre de todos los «pastores» judíos; el rabino Kaplan todavía dice que los árabes huyeron por su propia voluntad. Le ha ilustrado sobre este asunto Nathan Chofshi, un judío que emigró a Palestina desde Rusia en 1908, en el mismo grupo que Ben Gurión. En su refutación del rabino norteamericano-sionista, Chofshi dijo: «Si el rabino Kaplan quiere saber realmente lo que ocurrió, nosotros, los viejos colonizadores judíos en Palestina, que fuimos testigos de la fuga, podríamos decirle cómo y en qué manera nosotros, los judíos, forzamos a los árabes a que se mar-

charan de sus ciudades y aldeas... Aquí había un pueblo vivía en su propia tierra desde hacía mil trescientos años. Nosotros vinimos y convertimos a los árabes nativos en trágicos refugiados. Y nosotros osamos calumniar, difamar y ensuciar su nombre. En lugar de sentir una profunda vergüenza por lo que hemos hecho e intentar deshacer algo de la maldad que nosotros cometimos y ayudar a estos desgraciados refugiados, justificamos nuestros terribles actos e incluso intentamos glorificarles» (19).

En esta etapa debemos volver a este problema de los refugiados árabes; sin embargo, para comprenderlo en profundidad debemos hacer un resumen del trasfondo sobre el cual se desarrolló. Este trasfondo es la guerra árabe-israelita de 1948, cuando los terroristas, repentinamente convertidos en el Ejército de Defensa de Israel (sic), así como la fatal tregua de junio-julio, que dio como resultado la fatal derrota de los árabes.

Durante el terror sionista contra los árabes, los británicos habían impedido que los ejércitos árabes entraran en Palestina para ayudar a los palestinos indefensos. Cuando, finalmente, los británicos se retiraron, los sionistas se habían consolidado, al haber limpiado gran parte de Palestina de sus habitantes y al haber ocupado aquel área. Comprobaron que tan pronto como los británicos se marcharon, los ejércitos árabes vendrían, y por ello tuvieron que prepararse. De estos ejércitos, los de Egipto e Irak eran bastante importantes, pero para los sionistas era el ejército jordano al que había que vigilar. Según la gente que estaba entonces en Palestina, el ejército jordano era el que inspiraba más miedo a los sionistas. Este ejército estaba armado con más eficacia y estaba entrenado por los británicos. Su comandante era uno de ellos: el brigadier John Glubb.

Mirando hacia el futuro, los sionistas se aproximaron a los británicos para que éstos hicieran algo para eliminar el peligro con el que les amenazaba el ejército jordano. Este ejército —conocido comúnmente como la Legión Árabe— fue presionado por los británicos para que aceptara un acuerdo secreto que asegurara la seguridad del Estado judío. Este acuerdo fue hecho público después de la guerra árabe-israelí en un discurso en la Cámara de los Comunes por Bevin, secretario del Foreign Office en aquel momento. El acuerdo tuvo que ser aceptado por los jordanos porque su ejército era dirigido por los británicos, de los cuales ellos dependían grandemente. Sin embargo, haber fallado en tal manera en la ayuda a los palestinos y haberse burlado de tal manera de los árabes, constituye un acto de traición consciente por parte del Gobierno jordano. Cuando se supo esto, un refugiado de Palestina expresó la amargura de sus compatriotas mediante el asesinato del Rey Abdullah de Jordania, el cual era responsable de la traición. El acuerdo, según el discurso de Bevin, consistía en que «el Gobierno jordano ha acordado con el Foreign Office británico, según fuentes fidedignas, que la Legión Árabe, al ocupar el área de Palestina que la resolución de la Asamblea General de noviembre de 1947 (el Plan de Partición) había asignado a los árabes, no debían invadir el área asignada a los sionistas» (20).

Así, los sionistas iban a tener, después de todo, su Estado. A pesar del terror y de las matanzas, tanto en el área árabe como en la judía, la Legión Árabe no hizo nada. No evitó que los judíos, una minoría del 32 por 100, arrasaran un 60 por 100 de la mejor tierra de Palestina. Esta fue la tragedia de los árabes de Palestina. Ellos fueron echados de su hogar, pero todavía guardaban una secreta esperanza en que sus hermanos vendrían y les ayudarían,

y cuando éstos vinieron no pasaron de los límites acordados, o si pasaron, se les ordenó detenerse por sus Gobiernos respectivos, presionados, a esta situación vergonzosa, por la ominosa presencia de los británicos que los dirigían. Tal como fueron las cosas, no sólo los árabes dejaron a los sionistas el control del 60 por 100 de Palestina que éstos habían desarabizado por el terror, sino que también les dejaron controlar una porción mayor del territorio de Tierra Santa.

Pasado un minuto de la medianoche del 14 de mayo de 1948, Ben Gurión, un judío khazaro, desde un museo de Tel Aviv declaró la fundación del Estado judío de Israel. El, por supuesto, no delimitó fronteras para el Estado; las fronteras las dejó a la decisión de sus terroristas, ahora convertidos en el Ejército israelí. Cualquier tierra que ocupaban estos hombres, Israel la controlaría—presentarían al mundo un hecho consumado—. Tan pronto como se hizo cargo, los ejércitos árabes entraron en Palestina. Para el mundo parecía que los árabes invadían un Estado soberano; pero para ellos Israel no era ningún Estado; venían a luchar con bandas de terroristas que habían usado su fuerza durante meses contra unas gentes indefensas. ¿Cómo podrían los árabes reconocer a Israel como Estado, cuando estaba compuesto de una minoría que ocupaba mediante la fuerza un 60 por 100 de la tierra que pertenecía a un pueblo que había sido aterrorizado para abandonarla? Pero todavía el mundo vio a los árabes como agresores, y esto es el principio de una idea posterior de que Israel era un Estado que quería vivir en paz, pero fue molestado por sus vecinos alborotadores e invasores. Por supuesto, Israel quería que lo dejaran en paz. Sus hombres habían matado y aterrorizado, ahora querían olvidar, recoger los frutos de su terror—en paz.

La guerra árabe-israelí continuó desde el 15 de mayo hasta el 11 de junio de 1948, cuando un fatal alto el fuego y una tregua de cuatro semanas fueron acordadas. La guerra estalló otra vez tan pronto como la tregua terminó el 7 de julio. Siguió hasta el 17 de julio cuando, al día siguiente, fue aceptada una segunda tregua. Esto fue seguido más tarde por un acuerdo de armisticio. El primero y segundo alto el fuego fueron los resultados del trabajo realizado por el mediador de la ONU, Conde Folke Bernadotte.

Tan pronto como la guerra árabe-israelí hubo empezado, la Organización de las Naciones Unidas trataron desesperadamente de detenerla. El 21 de mayo fue nombrado un mediador para intentar imponer un alto el fuego y una tregua. El hombre elegido para la tarea, como hemos visto, fue un sueco, el Conde Folke Bernadotte, miembro de la familia real sueca y hombre de brillante historial en la Cruz Roja durante la segunda guerra mundial. Resultó ser una persona íntegra y tener una asombrosa comprensión de la difícil tarea para la cual fue encomendado. Vino al Cercano Oriente, revisó la situación y pidió un inmediato alto el fuego.

El 10 de junio, ambas partes habían aceptado el alto el fuego, que se tradujo en una tregua que duró cuatro semanas, hasta terminar el 7 de julio. La tregua empezó el 11 de junio y en aquellos momentos las fuerzas israelíes iban perdiendo la guerra. Los sectores judíos de Jerusalén estaban fuertemente bloqueados por los árabes; sus habitantes estaban en la difícil etapa de luchar para sobrevivir. Harry Levin, el hombre de la Haganah ya citado, estaba en Jerusalén en aquellos momentos y ha dejado un diario del sitio de Jerusalén (21), un diario que describe los días difíciles, durante los cuales los judíos es-

tablecieron un mercado negro para vender comida y bienes esenciales a sus hermanos judíos. Antes del alto el fuego, los ejércitos árabes habían avanzado progresivamente, liberando pueblos y aldeas en el Estado árabe del Plan de Partición anteriormente ocupados por los terroristas, y estaban todavía avanzando cuando sus Gobiernos les hicieron detenerse y aceptar la tregua. Esta decisión fue una traición virtual; los árabes palestinos esperaban todavía que sus tierras robadas les fueran devueltas, pero parece que las presiones y los acuerdos secretos tenían más importancia que la tierra natal árabe. Así, los árabes se detuvieron justamente antes de apoderarse de su objetivo y lo que era suyo por cualquier derecho reconocido. Esta detención dio cuatro semanas a los sionistas, durante las cuales pudieron formar un ejército de verdad con sus bandas de terroristas. Más tarde, todos los árabes reconocieron el desastre de esta traición, y el resultado fue que ningún Gobierno árabe responsable de esta traición ha sobrevivido hasta hoy. Los Gobiernos y sus dirigentes han sido barridos por los vientos del cambio, que se expresa o en la revolución o en una «limpieza» fundamental.

Uno de los términos de la tregua, aceptado tanto por los israelíes como por los árabes al haber aceptado la tregua misma, era la condición de que ambas partes «no podían importar o exportar armas de fuego durante el alto el fuego» (22). Israel, de hecho, hizo lo opuesto. La violación israelí de la tregua fue solamente la primera etapa del incumplimiento de los compromisos internacionales por parte de este Estado. Una y otra vez, desde la primera violación, Israel puso su firma a tantos acuerdos y documentos solamente para violarlos cuando le daba la gana. Sin embargo, esto—como ya hemos visto—no es una novedad en el comportamiento sionista; falsas pretensio-

nes y métodos criminales son inherentes a la mentalidad sionista.

En cuanto a la violación de las condiciones de la tregua, Israel, según un informe hecho por Bernadotte en septiembre de 1948, liberó a los emigrantes ilegales detenidos por los británicos en Chipre y los incorporó al ejército. Otras violaciones incluyeron el contrabando, mediante métodos ilegales y criminales de grandes cantidades de armas de Checoslovaquia, EE. UU. y Gran Bretaña, pagadas por el sionismo norteamericano. El material bélico importado incluía bombarderos Beaufort, con los cuales se formó la fuerza aérea israelí; porque anteriormente los sionistas no tenían aviones. Como resultado de estas transacciones ilegales, «cuando la tregua terminó, un ejército judío coherente, con una fuerza aérea pequeña, pero efectiva y una marina pequeña y audaz estaba dispuesta a luchar» (23). La tregua dio la victoria a Israel y la derrota a los árabes. ¿Por qué? Porque los árabes la aceptaron desde una posición de fuerza, mientras los israelíes la aceptaron desde una posición de debilidad; y mientras los árabes se sentaron y esperaron, los israelíes no hicieron caso de sus promesas bajo la tregua. Se armaron, formaron a sus terroristas en un ejército, suavizaron el bloqueo de Jerusalén, y cuando llegó la guerra de nuevo, el equilibrio se había cambiado.

La importancia para Israel, de la violación del acuerdo de alto el fuego, queda clara en estas citas. Levin habla de la Haganah en su entrada para el 16 de julio, un día antes de que el segundo y definitivo alto el fuego aceptado y unos nueve días después del final de la primera tregua. Dice: «La lucha en todo el país está aumentando, dominada por un sentido de la urgencia, una carrera contra el reloj antes del nuevo alto el fuego. Nuestros éxitos

siguen. Sólo hace una semana hubieran parecido increíbles, pero ahora lo esperamos. Aquellos veintiséis días de tregua hicieron de la Haganah un ejército, y parecen haberle dado incluso una gran velocidad y movilidad (24). Es el mismo Levin quien había señalado anteriormente que «necesitamos hacer un esfuerzo para imaginar a los antiguos grupos clandestinos como un 'Ejército', y a los hombres de la Haganah como auténticos soldados» (25).

En lo referente al contrabando de armas, Levin señala en la entrada del 8 de julio, el día que terminó la primera tregua, que «por su parte nosotros estamos mucho mejor preparados de lo que estábamos. Las armas han entrado por otra ruta clandestina, por las montañas. Alrededor de 6.000 camiones de alimentos entraron en la ciudad, además de centenares de miles de paquetes de comida que llegaron de todo el mundo para la gente en Jerusalén. Si el combate estalla de nuevo, podremos enfrentarlo muy distintamente que la última vez» (26).

La actitud oficial sobre la tregua procedió de Ben Gurión. En sus memorias, el primer ministro de Israel menciona que el mismo día que Israel aceptó la tregua con las condiciones «de dejar de importar o exportar material bélico durante el alto el fuego», tomaron la decisión que «durante el fuego organizaremos la administración con una energía más feroz, fortaleciendo nuestra posición en las ciudades y el campo, aceleraremos la colonización y la Aliyah (emigración) y nos ocuparemos del ejército» (27).

La violación israelí de las condiciones de la tregua nunca fue un secreto. Debido a los métodos empleados por los sionistas en el contrabando de armas, etc..., el asunto entero explotó en un escándalo público, al igual que en asesinato. Semejantes asuntos exigen la interferencia de

la ley y hubo después juicios, enterándose pronto todo el mundo de lo que estaba ocurriendo.

La Investigación británica declara que para «rectificar su casi total falta de aviones de combate, artillería y vehículos blindados y sus graves limitaciones en armas automáticas y municiones», los israelíes pagaron por la compra de estos materiales «con las contribuciones en dólares de la judería de los EE. UU., (y) una de las fuentes de armamentos eran las fábricas de armamentos estatales de Checoslovaquia, donde los comunistas se habían apoderado del poder en el febrero anterior (1948)» (28).

Las operaciones para sacar clandestinamente armas de Gran Bretaña, por otro lado, condujeron a los israelíes directamente al reino de los escándalos públicos. En estas operaciones fue pagada una gran cantidad de dinero por los israelíes a los oficiales británicos por armas, y durante una de estas transacciones, tuvo lugar un asesinato. Como resultado de esto, las operaciones salieron a la luz pública. Aunque Israel consiguió quedarse con su compra, los oficiales británicos fueron juzgados. Los juicios que siguieron han sido recogidos por el «Times», de Londres. En uno de estos juicios se averiguó que algunos oficiales habían aceptado la cantidad de 20.000 libras de la Haganah por la venta de armas (29). El asesinato al que nos hemos referido fue tratado en otra serie de juicios que aún hizo más público hasta qué punto había llegado Israel en sus operaciones criminales para importar armas ilegalmente durante la tregua (30).

Entre tanto, Israel había ganado la segunda parte de la guerra, los árabes perdieron más tierras en Palestina, incluyendo uno de los cuatro objetivos del Irgun: la llanura de Lydda-Ramleh. Inmediatamente después, «Israel expulsó a la población civil árabe de Lydda y Ramleh, cuyo número

era de unas 60.000 personas, incluyendo civiles árabes de Jaffa que eran ya refugiados» (31). También tuvo lugar la expulsión de «la población de Beersheba y Galilea occidental en octubre» (32). Esto prueba una vez más que cualquier tierra de Palestina que Israel ocupara estaba decidida a desarabizarla; porque sin este método el Ghetto Judío más grande que el mundo pudiera ver nunca podría convertirse en una realidad. Ahora nosotros vamos a volver al problema creado por el terror sionista, el problema de los refugiados de Palestina, que nos ocupará lo que queda de este capítulo.

El 16 de septiembre de 1948 el conde Bernadotte terminó su informe sobre la situación del Cercano Oriente. Este informe incluía tanto sus reflexiones como sus soluciones para el problema de Palestina, relacionado como estaba, con algunos aspectos como el status y frontera de Israel, la situación de los refugiados árabes al igual que el tratamiento y descripción de la actitud hacia estos refugiados. Por sus sugerencias anteriores, los israelíes ya estaban en contra suya; cuando las hizo públicos, como lo hizo en este informe, lo consideraron como «la gota que desbordaba el vaso». Al día siguiente fue asesinado por miembros del Grupo Stern. (Este incidente lo trataremos más tarde, por el momento seguiremos con el problema de los refugiados árabes según el informe de Bernadotte.)

En su informe, Bernadotte manifiesta que era «innegable que ningún establecimiento puede ser justo y completo si no se acuerda el reconocimiento de los refugiados árabes de volver a sus hogares, de los cuales han sido desalojados. Será una ofensa contra los principios de la justicia elementales si estas víctimas inocentes del conflicto vieran negado su derecho a volver a sus hogares, mientras que los emigrantes judíos inundan Palestina, y por supuesto, por lo

menos ofrecen una amenaza de reemplazar permanentemente a los refugiados árabes que han estado vinculados al país durante siglos» (33).

Referente a las operaciones israelíes en las tierras árabes ocupadas, Bernadotte dijo en su informe que «ha habido numerosos informes de fuentes fidedignas de saqueos en gran escala, pillaje y robos, y casos de destrucción de aldeas sin aparente necesidad militar. La responsabilidad del gobierno provisional de Israel de restaurar la propiedad privada a sus dueños árabes e indemnizar a los propietarios por las propiedades destrozadas está clara» (34).

En gran medida como resultado del informe de Bernadotte, la Asamblea General de las Naciones Unidas resolvió el 11 de diciembre de 1948 «que los refugiados que deseen volver a sus hogares y vivir en paz con sus vecinos se les debe permitir hacerlo en el plazo más corto posible, y que deben ser compensado mediante pago a aquellos que elijan no volver y por la pérdida o daño a propiedades que, bajo los principios de la ley internacional o en equidad, deban ser pagados por los gobiernos o autoridades responsables» (35). (Resolución de las Naciones Unidad número 194, del 11 de diciembre de 1948.) Esta resolución llegó a ser el internacionalmente aceptado derecho de volver a sus hogares de los árabes palestinos. «Fue automáticamente aceptada por Israel en el momento en que este estado aceptó y firmó el Protocolo de Lausana sobre los refugiados árabes del 12 de mayo de 1949, pero, incluso ahora, Israel se niega a cumplimentar esta resolución. Los refugiados árabes han expresado su deseo una y otra vez de volver a sus hogares, pero Israel se niega a permitirselo. Entre tanto, y durante los últimos veinte años desde que existe esta resolución, la Asamblea General de la ONU ha afirmado y reafirmado anualmente esta resolución, pero Israel sigue

negándose; los refugiados continúan esperando, mientras Israel se niega a cumplir una promesa que ella ha firmado.

Antes que Israel finalmente aceptara el Protocolo en Lausana, Suiza, sus representantes se reunieron con los representantes de los países árabes en un esfuerzo para resolver el vital problema de los refugiados. Después de haber hecho tanto en términos de terror y violencia para deshacerse de ellos anteriormente, Israel no tenía ninguna intención de compensar, menos aún readmitir a los refugiados árabes. Las negociaciones de Lausana eran para tratar tanto del Protocolo como de un armisticio, y como el acuerdo en esta conferencia estipuló la aceptación por Israel de la resolución de la ONU referente a la compensación y repatriación de los refugiados, y como Israel rechazó esto último, los asuntos llegaron a un punto muerto.

Pronto Israel tendría más problemas referentes a esta resolución. Porque quiso hacerse respetable y deseaba un status seguro como una nación «aceptada», Israel intentó entrar en la ONU. Sin embargo, en la ONU, unas cuantas naciones no estaban contentas con el comportamiento de Israel hacia los refugiados árabes y exigieron que este estado debía aceptar la resolución antes de que se le permitiera la entrada en la ONU. Una de estas naciones era Gran Bretaña. En la Asamblea General, Sir Terence Shone, representante del Reino Unido, exigió que Israel aclarara su posición con respecto a la resolución que permitía a los árabes refugiados «volver a sus hogares ahora en territorio retenido por Israel o recibir compensación» (36). Antes de que Israel pudiera ser admitida en la organización internacional. Hablando en nombre de Israel, Abba Eban (ahora ministro de Asuntos Exteriores de Israel) evitó una contestación directa y dijo que: «La contribución de Israel al restablecimiento de los refugiados árabes dependería enteramente

del establecimiento de paz y buenas relaciones entre ella y los estados árabes» (37). Una línea ambigua de discusión empleada por Israel una y otra vez. Satisfacía la necesidad de los estadistas israelíes, porque evitaba la discusión del asunto principal, la necesidad inmediata de considerar la situación de los refugiados, y fue inaceptable a los árabes, que consideraban que un estado creado por una minoría de la población del país y por el desalojamiento mediante el terror de tanta gente no podía ser tolerado. Si Israel hubiera querido la paz del pueblo árabe debía recibir a los árabes que había echado y luego sentarse a considerar qué legalidad había creado un estado judío en un país donde la mayoría no era judía.

En la Asamblea General, el delegado británico desde luego no estaba impresionado ni satisfecho con la contestación de Israel. Otro punto muerto aparecía cercano, el problema parecía insoluble, luego llegó «una resolución libanesa de diferir hasta otoño la decisión de admitir a Israel en la ONU» (38). Esta resolución fue votada y el Reino Unido votó a su favor. Sin embargo, la resolución fue rechazada y la Asamblea decidió, en cambio, votar sobre la admisión de Israel en mayo de 1949, buscando también ser informada sobre la aceptación definitiva de Israel de la resolución referente a los árabes, como paso previo.

En Lausana, Israel y los árabes estaban todavía negociando el problema de los refugiados bajo los auspicios del Comité de Conciliación de la ONU para Palestina. Israel empezó a explicar la resolución de la ONU de manera que se encuadraba en sus planes de «desarrollo económico» (39). El Comité consideró estas explicaciones como «insatisfactorias» (40). Los árabes «rechazaron la sugerencia que el restablecimiento de los refugiados debía así

estar subordinado a la conveniencia económica y estratégica de Israel» (41).

Era muy tarde en la noche del 11 de mayo de 1949, cuando la Asamblea General estaba en plena votación de la admisión de Israel en la ONU, cuando se supo que Israel había aceptado el Protocolo de Lausana, a la vez era muy temprano en la mañana del 12 de mayo en Lausana en la que Israel empezó a entender la resolución como ella quería. Lo que Israel hizo fue hacer un truco astuto y bien calculado, como resultado del cual se aseguró su admisión en la ONU, mientras arreglaba el Protocolo para su propio beneficio. Los delegados de la ONU aceptaron, de buena fe, la noticia de que Israel había aceptado el Protocolo, así que la votación fue de 33 naciones a favor de la entrada de Israel en la ONU, 11 naciones en contra, mientras que 13 se abstendían, entre las cuales el Reino Unido, Francia, Suecia y Grecia (42).

De hecho, Israel había aceptado el Protocolo de Lausana, y por consiguiente esta aceptación incluía la aprobación de la resolución de la ONU, que permitía a los refugiados una elección de volver o recibir una compensación. Gracias a esto Israel fue admitida en la Asamblea General de la ONU. Lo que realmente ocurrió es que Israel descuidó a propósito informar a los delegados de la ONU que en lo referente a su aceptación del Protocolo, ellos habían interpretado la resolución de una manera distinta; la manera que el Comité de Conciliación había rechazado, como ya hemos visto. Como resultado de ello, el problema de los refugiados no se resolvió, pero Israel entró en las Naciones Unidas. Legalmente, por supuesto, Israel había aceptado la resolución, pero hasta hoy los refugiados siguen sin hogar. Durante los últimos veinte años Israel incluso se ha negado a compartir la carga de ayuda para dar unos medios

elementales de supervivencia a los refugiados. Durante los últimos veinte años esta carga ha sido llevada por las Naciones Unidas y los estados árabes a cuyos territorios huyeron las víctimas del terror sionista.

Cuando la guerra de 1948 terminó los refugiados árabes de Palestina eran casi 900.000, de los cuales más de 400.000 estaban en Jordania. El total ha crecido considerablemente desde entonces, por el simple proceso de un aumento natural (43). Esta es una estimación del número de refugiados. Otra dice que «los refugiados árabes cuyo número una Misión de Investigación Económica de la ONU estimó en noviembre de 1949 en 757.000, además de muchos miles que habían quedado en sus aldeas, pero habían sido separados de las tierras que eran suyas anteriormente por las líneas de demarcación hechas en el armisticio con Israel. De este número total se estimó que menos de una quinta parte eran temporalmente autosuficiente o de otra manera que tenían que ser ayudados, mientras que el resto eran indigentes» (44). Sin embargo, en una nota añadida a esta cita, la explicación siguiente y la estimación de aquellos refugiados que perdieron sus tierras pero no sus hogares por las líneas de demarcación señala que: «El número de estos refugiados «económicos y psicológicos» han sido previamente estimados en 60.000; pero los últimos estudios del problema en el momento de redactar (1954, la Investigación Británica) puso el elevado número de 130.000-150.000 por encima del total de 867.000 (no los 757.000 como anteriormente se declaraba) de refugiados desplazados que deben recibir ayuda de la ONU» (45).

Así, según las investigaciones y estimaciones antes o en el año 1954, el número de refugiados palestinos que habían perdido tanto sus hogares o sus tierras, o solamente sus tierras, pasó del millón. Pero esto no incluye ni a los

que perdieron sus hogares y emigraron para empezar una nueva vida ni los que se sostenían a sí mismos en partes no ocupadas de Palestina, ni a aquellos que quedaron en Israel. También, desde 1954, el millón de refugiados palestinos a los que ya nos hemos referido han aumentado enormemente en número debido al proceso natural de aumento. Al intentar calcular el número de árabes palestinos en el mundo hoy día, debemos apoyarnos primordialmente en fuentes de las Naciones Unidas. Deberemos tener en cuenta que debido a la guerra árabe-israelí de 1967, aunque no ha habido un cambio considerable en las cifras totales, ha habido un aumento —un aumento enorme— en el número de los refugiados de la categoría de «indigentes». He aquí, entonces, un cálculo del número de árabes palestinos desarraigados y expulsados de su hogar por el terror sionista y la agresión de Israel.

De los refugiados de Palestina en la categoría de indigentes, viviendo de la ayuda de la ONU y de trabajos dados por la UNRA, que la ONU estableció en 1950 para su uso:

	<b>Calculada en 1966</b>
En Jordania ... ..	706.568
En la zona de Gaza ... ..	307.245
En Líbano ... ..	163.904
En Siria ... ..	140.032
	<hr/>
TOTAL ... ..	1.317.749 (66)

La zona de Gaza es una parte de Palestina no ocupada por Israel hasta 1967. Fue escasamente habitada por los árabes antes de 1948, debido a su escaso espacio, sin

embargo, muchos refugiados fueron enviados allí después de la guerra de 1948.

Los refugiados palestinos que han perdido sus tierras pero no sus hogares residen en Gaza y en Jordania, pero según su cualificación no reciben alimentos racionados como los otros, pero dependen de la UNRWA para el trabajo. Ellos, en total, según una estimación de 1965, son 325.000 (47). El enorme número de refugiados que dependen de una manera u otra de la UNRWA no es el resultado de que ellos no intenten sostenerse a sí mismos, sino simplemente el resultado de ser campesinos que perdieron sus tierras. Habiendo sido transferidos a un sitio nuevo donde faltaba la tierra cultivable, tuvieron que emprender un nuevo oficio o trabajo para sobrevivir, y fue la UNRWA quien debió darles esos oficios y trabajos.

De los restantes árabes palestinos hay alrededor de 215.000 que han podido restablecerse en otros lugares. Israel estima que el 10 por 100 de su población son árabes que quedaron atrás (48) —unos 286.000—, hay también los recién conquistados árabes de Palestina de la orilla occidental del Jordán, que no huyeron ante los ejércitos israelíes, los cuales son unos 600.000.

Hay alrededor de 2.400.000 palestinos en el mundo, más de la mitad están excluidos de Palestina.

Para los refugiados palestinos nadie sino los países anfitriones que los han recibido y las Naciones Unidas ofrece ninguna ayuda. A pesar de sus propios problemas económicos, los países árabes han intentado ayudar lo más posible para ayudar y reinstalar a los refugiados. Las Naciones Unidas establecieron en 1950 la UNRWA, que reemplazó la organización puramente socorrista establecida en 1948. El objetivo de la UNRWA era reinstalar e integrar a los refugiados en los países árabes desde que Israel se negó

a readmitirles o compensarles. Entre tanto, Israel intentó hacer que el mundo se olvidara de la situación de estos refugiados. Incluso la ayuda de la ONU sirvió para que el mundo olvidara; porque con esta ayuda uno podía dejar descansar su conciencia. Pero el problema es mucho más profundo que esto. La ayuda es mínima, los refugiados aumentan continuamente debido a la acción de Israel. El trabajo no es suficiente para ocupar a esta gente, muchos de ellos viven en tiendas en lugares superpoblados, en pésimas condiciones sanitarias; permanecen sin recibir cuidados. La vida de un refugiado significa miseria, pobreza, enfermedades sin cuento, depauperación y epidemia. Los refugiados demuestran energía para trabajar y hacer algo útil, han logrado construir cosas tan necesarias como conducciones de agua y otros proyectos de ingeniería útiles para sus campamentos. Trabajan intentando llenar los días que pasan esperando volver a su tierra. Durante veinte años han visto a Israel gozar mirándoles y crecer a sus expensas.

La UNRWA proporciona informes a la ONU de vez en cuando referentes a los refugiados, a sus trabajos, situación y aspiraciones. Es útil echar un vistazo a los comentarios hechos por esta organización apoyada internacionalmente.

Referente al tema del refugio y si desea volver a su tierra o no, el comisionado general de la UNRWA ha escrito que «los refugiados mismos emplean todas las oportunidades posibles para enfatizar la intensidad de sus aspiraciones y esperanzas de volver a su tierra natal y urgen al comisionado general para que lleve sus puntos de vista a la Asamblea General» (49). Tal intensidad de aspiraciones ha logrado destacarse, porque en uno de los informes de los Comités de la ONU aparece esta declaración. Dice que

«donde sea que estén residiendo, más de dos millones de árabes de Palestina forman una única entidad nacional que tiene su hogar en Palestina desde tiempo inmemorial» (50). Aunque nada nuevo se nos dice en esta declaración, vale la pena resaltar su mera existencia en los archivos de la ONU, porque la máquina de propaganda sionista-israelí, en un esfuerzo por hacer desaparecer las huellas de sus actividades terroristas para que el mundo olvide la situación de los refugiados palestinos, siempre ha intentado poner en duda todos los aspectos del problema de los derechos de estos refugiados. Otras declaraciones semejantes en los archivos de la ONU dicen que «visto desde cualquier nivel, la situación de esta gente destaca como una oscura mancha sobre la historia humana» (51). Así, el problema del refugiado palestino está presentado ante un organismo que podría darle la justicia que merece, un organismo que quizá eventualmente podría resolver el problema; la conciencia humanitaria del hombre.

Sin embargo, la conciencia humanitaria de la humanidad todavía duerme y no puede ver que su deber es ayudar a estos refugiados, de la misma manera que era su deber socorrer a las víctimas del terror de Hitler. Israel y los sionistas todavía vuelan casas, aterrorizan y atacan a los árabes que han quedado, o que cayeron bajo su control después de junio de 1967, en el territorio palestino ocupado por los sionistas. Y mientras los refugiados sufren el resultado del terrorismo sionista, el terrorista número 1, Menachem Begin, dice que «el pueblo judío tiene una deuda de gratitud a sus hijos de la Fuerza de Asalto del Irgun Zvai leumi» (52). Deuda de gratitud. ¿Por qué? ¿Por Deir Yassin?

La contestación debe ser «sí», porque Israel ha demostrado su gratitud y admiración hacia los terroristas al abrirles sus brazos y hacer de ellos ciudadanos respetables.

Para Israel, los terroristas de ayer no son asesinos, malhechores o ladrones profesionales; son los héroes del Estado. La actitud israelí queda demostrada en esta cita de un escritor sionista. El admite que «hay mucho de oscuro en las relaciones entre la Haganah o el Gobierno y el Ir-gun». Esta declaración es calificada por el mismo escritor con estas curiosas palabras: «Por razones comprensibles el Gobierno no cree que haya llegado la hora de contar plena y francamente su historia» (53).

¿Cuáles podrían ser esas «comprensibles razones» que evitan que el Gobierno de Israel cuente la verdad en lo referente a su relación con los terroristas? ¿Podría ser que Israel tenga miedo que el mundo conozca la verdad que Menachem Begin mismo dijo por radio la noche misma que fue declarada Estado, cuando él dijo que «el Estado de Israel se ha alzado en una batalla sangrienta» (54). ¿Y que esta batalla sangrienta era un programa de matanza y terror planeado y ejecutado en la mitad del siglo XX por un pueblo que se presenta así mismo como una «raza» civilizada? Es ésta la contestación.

## NOTAS

- (1) Begin: op. cit., p. 317).
- (2) James Mc Donald: «My Mission in Israel». Simon and Schuster, New York, 1951; p. 176.
- (3) Levin: op. cit., p. 119.
- (4) Sacher: op. cit., p. 269.
- (5) Levin: op. cit., p. 104.
- (6) *Ibíd.*, p. 90.
- (7) Koestler: op. cit., p. 160.
- (8) Sacher: op. cit., p. 149.
- (9) «The Economist», 2 de octubre de 1948; p. 541.
- (10) Vide Kirk, 1945-50: op. cit., p. 263; nota 1.
- (11) Panfleto publicado por el Consejo Sionista Norteamericano en diciembre de 1951 sobre este tema, al igual que otras fuentes sionistas.
- (12) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 264. *Itálicas mías.*
- (13) Glubb: «A soldier with the Arabs»: op. cit., p. 251.
- (15) *Ibíd.*, p. 251.
- (16) «Jewish Newsletter», Nueva York, 3 de octubre de 1960.
- (17) Erskine Childers: artículo titulado «The Other Exodus», en la revista «Spectator», Londres, 19 de mayo de 1961. La segunda emisión referida fue hecha por Radio Liberación Árabe 'Al-Inqaz', el 24 de abril de 1948 a las veinticuatro horas.
- (18) Rabino R. Benjamin: «Jewish Newsletter», Nueva York, 1 de diciembre de 1958.
- (19) Nathan Chofshi: «Jewish Newsletter», Nueva York, 9 de febrero de 1959.
- (20) Kirk, 1945-50: op. cit., pp. 270-1. Vide Debates de la Cámara de los Comunes, 26 de mayo y 2 de junio de 1948, quinta serie, volumen 451, col. 187 y 999-1.000.
- (21) Vide Levin: «Jerusalem Embattled», op. cit.
- (22) Truce Agreement, U. N. Document S/801, Resolution 50, de 29 de mayo de 1948.
- (23) Kimche: op. cit., p. 250.
- (24) Levin: op. cit., p. 281.
- (25) *Ibíd.*, p. 225.
- (26) *Ibíd.*, p. 273.
- (27) David Ben Gurión: «Rebirth and Destiny of Israel». Philosophical Library, New York, 1954; p. 247.
- (28) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 277.
- (29) Vide informes en «The Times», Londres, 21, 28 de octubre; 13, 14 de diciembre de 1951.

- (30) Vide *ibíd.*, 26 de abril, 10 de octubre de 1948; también 24, 26 de enero, y 23 de diciembre de 1950.
- (31) Kirk, 1945-50: *op. cit.*, p. 281.
- (32) *Ibíd.*, p. 264.
- (33) Informe a la Asamblea General, documento de la ONU A/648, del 16 de septiembre de 1948.
- (34) *Ibíd.*
- (35) Resolución de las Naciones Unidas núm. 194, del 11 de diciembre de 1948.
- (36) Kirk, 1945-50: *op. cit.*, pp. 301-2.
- (37) *Ibíd.*, p. 302.
- (38) *Ibíd.*
- (39) *Ibíd.*, p. 303.
- (40) *Ibíd.*
- (41) *Ibíd.*
- (42) Vide *ibíd.*, p. 302 y nota 2.
- (43) Lias: *op. cit.*, p. 182.
- (44) Kirk, 1945-50: *op. cit.*, p. 315.
- (45) *Ibíd.*, nota 2.
- (47) Documento de la ONU /6013, p. 57; junio de 1965.
- (48) «Stastical Abstract of Israel 1965», pp. 38-9.
- (49) Un documento A/6013, p. 5, informe de la UNRWA para el período desde el 1 de julio de 1964 al 30 de junio de 1965.
- (50) Provisional Summary Record of the Special Political Committee, núm. A/SPC/SR 437, 26 de octubre de 1965, p. 4.
- (51) Un Document A/SPC/PV 199, p. 26.
- (52) Begin: *op. cit.*, p. 326.
- (53) Sacher: *op. cit.*, pp. 193-4.
- (54) Begin: *op. cit.*, p. 373.



## **PARTE TERCERA**

### **CAPITULO I**

#### **TERRORISTAS INDIVIDUALIZADOS**

Ya hemos señalado las contradictorias posiciones y el doble juego de la Agencia Judía en lo referente al terror al ser desencadenado primeramente contra los británicos y más tarde contra los árabes. Hemos visto ya como oficial y públicamente, las organizaciones sionistas estaban en contra del terrorismo y de los terroristas; mientras secretamente las financiaban y dirigían sus operaciones. Referente al acuerdo secreto entre el Irgun y la Haganah controlada por la Agencia, comenta Begin: «Antes de la proclamación del Estado (14-15 de mayo de 1948) el gran Consejo de la Organización Sionista había confirmado el acuerdo para cooperación militar entre nosotros (el Irgun) y la Haganah» (1). La conexión entre la Agencia, representada por Ben Gurión, y la Haganah ha sido hecha pública en la cita de una fuente sionista que declara que fue divulgado después de 1948 que Ben Gurión «había sido el responsable de la Haganah y de la defensa nacional durante un largo tiempo» (2). Esto era antes de que el estado de Israel fuera proclamado. Todo esto tuvo lugar durante los años del terrorismo. Después del 15 de mayo de 1948, los terroristas se convirtieron en el Ejército de Defensa de Israel. La mayoría de los soldados de este ejército fueron reclutados

en la Haganah, pero el Irgun y el Grupo Stern participaron también. Begin declara que después del 15 de mayo «el Irgun Zvai Leumi fue entonces una fuerza militar abiertamente reconocida por las autoridades oficiales» (3). Ayudaron a la lucha contra los árabes y lograron aterrorizar y expulsar más y más habitantes de las aldeas y pueblos de Palestina capturados después de la primera tregua.

Diga lo que diga Israel públicamente respecto a su actitud hacia los terroristas de ayer, tenemos pruebas de que el Gobierno de Israel les premió de las maneras más honrosas. No sólo hizo de ellos ciudadanos respetables, sino que les dio posiciones claves en la dirección de la política del Estado. Si ésta era la actitud israelí respecto a los terroristas, Israel debe haber creído que lo que hicieron éstos era loable, o por lo menos beneficioso para el Estado.

En este capítulo vamos a hablar del tema de los «terroristas individualizados», criminales que se han hecho respetables. Veremos sólo las carreras de los más notorios de los terroristas. Tendremos que omitir a los miles restantes por falta de espacio y de información, aunque ellos también recibieron sus premios.

Uno de los primeros terroristas sionistas, un miembro de la Palmah de la Haganah, era Izthak Rabin. Ascendió hasta llegar a ser el comandante del Palmah durante los años del Mandato. Más tarde se convirtió en un general del «Ejército de Defensa de Israel» (4). Su último nombramiento fue el de embajador de Israel en los Estados Unidos.

Según Begin, Yigal Yadin era oficial de operaciones de la Haganah. Atacó Jaffa con el Irgun en abril de 1948, más tarde fue nombrado jefe de Estado Mayor del Ejército de Israel. Debe haber demostrado muchísima experiencia en métodos de ataque para merecer semejante nombramiento. Con Yadin tenemos otro ejemplo de la promoción del te-

rorismo a la respetabilidad, Moshe Dayan, que dirigió el ejército de Israel en dos campañas agresivas contra los árabes en 1956 y en 1967, es ahora ministro de Defensa. Empezó en el Palmah.

El Irgun Zvai Leumi tiene también una historia «impresionante». Begin había nombrado a algunos de aquellos que formaban el Alto Mando del Irgun. Uno de ellos, Yaacov (Jacob) Meridor, que se unió a los terroristas en 1933, es ahora miembro del Knesset (parlamento) de Israel (5); Arie Ben-Elicer, otro de los comandantes del Irgun, es ahora miembro y «Speaker» del Parlamento Israelí, y también presidente del Comité Ejecutivo del partido Herut, de extrema derecha (6); Eliahu Lankin, otro de los dirigentes del Irgun, fue miembro del Knesset de 1949 a 1951 (7).

Las memorias de Begin señalan que Shmuel Katz, miembro del Knesset israelí que hizo las «necesarias» condenaciones en la edición en inglés de las memorias, era «miembro del mando del IZL» (8). Mientras el «Who's Who in Israel» declara que Moshe Sneh, el miembro de la Haganah que primero concibió la idea de aterrorizar a los británicos, se convirtió en otro miembro del Knesset» (9).

Quizá los hechos más asombrosos son los referentes a las carreras de Menachem Begin, dirigente del Irgun, y Nathan Friedman-Yellin, dirigente de la Banda Stern. Begin visitó los Estados Unidos en un esfuerzo para recoger fondos para su campaña para convertirse en primer ministro de Israel. En Estados Unidos fue recibido como un héroe. No llegó a ser primer ministro sin embargo, pero terminó siendo miembro del Knesset, dirigente del partido Herut (10) y uno de los estadistas más extremadamente reaccionarios de Israel. Su posición en este momento es la de «ministro de Estado». Continúa echando discursos en el Parlamento pidiendo guerra contra los árabes.

Friedman-Yellin fue juzgado y hallado culpable por los tribunales de Israel de ser cómplice del asesinato del mediador de la ONU, conde Folke Bernadotte, y fue encarcelado con otro miembro de la Banda Stern, el comandante de operaciones. La investigación británica declara que los «miembros del Grupo Stern que fueron encarcelados por la policía israelí recibieron la promesa de que se les dejaría escapar o que se les iría dejando en libertad. Friedman-Yellin (jefe del grupo) y su comandante de operaciones fueron sentenciados el 10 de febrero de 1949 a ocho y cinco años de prisión, respectivamente, por ser miembros de una organización terrorista; pero fueron dejados en libertad con la proclamación simultánea de una amnistía general, y Friedman-Yellin ocupó su lugar en el Parlamento israelí... El Gobierno sueco se quejó de la grave negligencia por parte del Gobierno de Israel al investigar el asesinato del conde Bernadotte, y casi dos años pasaron antes que se cerrara la brecha con la admisión por parte de Israel de «deficiencias organizativas e inexperiencia"» (11). En lo referente a la repentina brillante carrera de Begin y de Friedman-Yellin, Alfred Lilienthal ha señalado que «Menachem Begin ha logrado desde entonces la honorable posición de miembro del Knesset... El y Nathan Friedman-Yellin, dirigente de la Banda Stern, se sientan el uno al lado del otro» (12). ¡Qué preciosa visión! ¡Qué encantadora pareja!

Otros aspectos del respeto israelí hacia los asesinos de ayer es el interés tomado en el bienestar de los asesinos del conde Bernadotte. Major-Generak Von Horn, jefe de personal de la Organización de Supervisión de la Tregua (en Palestina) de las Naciones Unidas declara en sus memorias que se dirigió a la señora Golda Meir, entonces ministro de Asuntos Exteriores de Israel, para decirle que en una pequeña reunión de la Banda Stern notó «la presencia de

dos caballeros que estuvieron implicados en el asesinato de Folke Bernadotte. Si me acuerdo bien —añade— su gobierno les perdonó después de una sentencia simbólica y les envió a un exilio bastante cómodo. Ahora han vuelto para recibir una calurosa bienvenida». Concluye preguntando: «confío en que no estarán volviendo a sus actividades anteriores», dice: «la señora Meir entendió mis palabras» (13).

Según Von Horn, Yehoshua Cohen, un antiguo miembro de la Banda Stern, llegó a ser secretario de un Kibbutz y, durante la visita de Dag Hammarsjold a Israel, Ben Gurión, entonces primer ministro, le llevó a aquel Kibbutz con Von Horn y otros. Con Horn dice que «Ben Gurión presentó a propósito al secretario del Kibbutz a Dag, diciendo orgulloosamente que «éste es nuestro último terrorista» (14).

Si uno intenta explicar este fenómeno israelí al decir que después de todo, el estado fue creado por el terrorismo, entonces, ¿por qué no premiar a los terroristas que hicieron posible su creación? ¿Qué explicación hay para el extraño comportamiento norteamericano cuando USA expresó su bienvenida al terrorista número 1, Menachem Begin?

En los Estados Unidos, durante los años del terrorismo, «organizaciones norteamericanas como Liga Norteamericana por Palestina, Comité Hebreo para la Liberación Nacional, y el Comité de Acción Política para Palestina todos recogían fondos para sus propios grupos de terroristas palestinos (sionistas). Sus anuncios competían defendiendo el terrorismo y recalcaban la exención de impuestos para las contribuciones a las organizaciones terroristas. En Nueva York, el congresista Joseph C. Baldwin, vástago de una de las familias más antiguas y consejero de relaciones públicas del Irgun, defendió el azotamiento de cuatro soldados

británicos y aseguró a Menachem Begin, dirigente del Irgun, que él, Baldwin, haría todo lo posible para clarificar la posición de Begin para este país» (15).

Después del establecimiento del Estado de Israel en la tierra árabe de Palestina, Begin decidió hacer una visita a los Estados Unidos, durante la cual pensaba recoger fondos para su campaña de convertirse en primer ministro de Israel. Algunos norteamericanos formaron un comité de recepción para formar un comité de bienvenida a Begin á su llegada a los Estados Unidos.

El Comité «fue creado por la Liga Norteamericana para una Palestina Libre. Sus figuras directivas fueron el novelista Louis Bromfield, el escritor Ben Hecht y el senador Guy Gillete. En su Comité Nacional (Información) había dignatarios como los senadores Arthur Capper, de Kansas; Theodore Green, de Rhode Island; Herbert O'Connor, de Maryland; muchos gobernadores, hombres de letras y sacerdotes de todas las creencias. Las invitaciones que pedían que el que la recibiera añadiera su nombre a la lista de norteamericanos distinguidos que daban la bienvenida a Menachem Begin en Estados Unidos; se decía: «Como comandante en jefe del Irgun Zvai Leumi dirigió uno de los movimientos de resistencia más gloriosos y exitosos en la historia. Una pequeña comunidad indefensa, un pueblo que, en el curso de casi dos mil años de dispersión, había perdido el arte de la defensa militar, fue transformado bajo el milagro de su liderazgo en una nación luchadora y heroica. Fue gracias a la clandestinidad hebrea bajo su mando que los hasta ahora huérfanos del mundo, los judíos, volvieron a ganar su dignidad y respeto a sí mismos y el respeto del mundo civilizado. Se debió a la lucha valerosa del Irgun que la entera estructura del régimen británico en Palestina se derrumbara, haciendo posible la proclamación

de la soberanía hebrea y el establecimiento del Estado de Israel» (16).

El escritor que nos proporciona la cita anterior sigue comentando: «La carta de dos páginas olvida mencionar que el señor Begin se había adjudicado públicamente hazañas como la voladura del Hotel Rey David en Jerusalén, colocar una bomba retardada en la Oficina Colonial Británica en Londres, estrangular y colgar a dos sargentos británicos en Nathanya, y la matanza de niños y mujeres árabes en Deir Yasin.» Pero, según el Comité de Recepción, Begin era el héroe de Israel y el candidato del Movimiento de la Libertad para primer ministro. Este, por coincidencia, era el otoño de 1948 —el tiempo de una elección nacional importante en los Estados Unidos—, y como un miembro del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes señaló: «Haga cualquier petición con el nombre de judío antes de cualquier candidato, y puede conseguir que cualquier persona lo firme.» De todas manera dentro de unas cuantas semanas el Comité de Bienvenida había crecido hasta incluir a 11 senadores, 12 gobernadores, stenta y pico representantes, 17 magistrado y jueces, pedagogos, funcionarios públicos y muchos alcaldes. Estos hombres, más o menos famosos, formaban parte de un anuncio gigantesco en el «Now York Times» bajo los titulares «El hombre que desafió un imperio y consiguió gloria para Israel». «Menachem Begin, antiguo comandante en jefe del Irgun llega hoy en un misión de buena voluntad». Le siguió la habitual comida en el Waldorf Astoria, así como una bienvenida oficial en el Ayuntamiento. El objeto principal de la visita era obtener fondos para elegir a Begin como primer ministro de Israel. Su plataforma política pedía la incorporación de casi todo Jordania y otros territorios vecinos en

Israel para que el nuevo estado incluyera las fronteras originales de Canaan (o Eretz Israel)» (17).

La intencionada visita de Begin produjo algunos problemas. El mismo escritor sigue diciendo que «la historia de Begin era muy conocida en el departamento de Estado. En consecuencia, su petición de visado fue rechazada por dos funcionarios inteligentes y competentes —el director de la Oficina de Asuntos del Cercano Oriente, Sur de Asia y África, y el jefe de la División de Visados—. Pero de Key West, donde el presidente Truman estaba pasando sus vacaciones después de su victoria electoral, llegó una orden presidencial para conceder el visado» (18).

A pesar de la historia sangrienta de Begin, «fue algún tiempo después de que el doctor Harry Sloane Coffin, el padre John La Farge y el rabino Morris Lazaron avisaron públicamente a los políticos USA que habían sido engañados, y pidieron la repudiación de Begin cuando el Comité de Bienvenida se desintegró» (19). Como resultado de la repudiación pública de Begin por estos distinguidos hombres, «el senador Arthur Capper declaró que el no sabía como su nombre podía aparecer en un anuncio de periódico referente al asunto Begin. El senador Herbert R. O'Connor, demócrata de Maryland, aseguró que nunca había aprobado actos de terrorismo y que la única relación posible que había tenido con la fiesta Begin era su preocupación sobre "el problema general palestino dentro de la política de Estados Unidos sobre el nuevo estado de Israel". El representante (más tarde senador USA), posteriormente presidente de USA, John F. Kennedy, de Massachusetts, telegrafió a Louis Bromfield: "Tardamente y para que conste quiero retirar mi nombre del Comité de Recepción a Menachem Begin, antiguo comandante del Irgun. Cuando acepté su invitación

ignoraba la naturaleza verdadera de sus actividades, y deseo disociarme de ellas completamente..."» (20).

El mismo escritor sigue diciendo que «el profesor Albert Einstein, el profesor Sindney Hooch y otros denunciaron el Partido de la Libertad de Begin como «una mezcla de ultranacionalismo, misticismo religioso y superioridad racial... Ha presionado para destruir los Sindicatos Libres". Esto hizo que Philip Murray, entonces presidente de la CIO (Congreso de Organizaciones Industriales) y uno de los primeros miembros del Comité de Bienvenida, se diera cuenta repentinamente que él nunca autorizó el uso de su nombre—después de que su nombre había aparecido durante semanas en miles de cartas y un gran número de anuncios» (21).

Pero a Begin no le faltaban todavía aquellos que le siguieran apoyando a pesar del escándalo público. El rabino Abba Hillel Silver, el influyente sionista norteamericano, dice: «El Irgun pasará a la historia como un factor sin el cual el Estado de Israel nunca hubiera existido» (22). Tal y como se presentaron los asuntos, Begin llegó a los Estados Unidos, y le fue hecho un recibimiento y una bienvenida como si fuera un héroe, a pesar de todo. Así, «el fiscal general, Tom Clark, ahora juez de la Suprema Corte, fue nombrado para investigar las actividades de Begin en los EE. UU. y el estatuto de impuestos francos de las organizaciones que los promocionaron en este país (USA); aunque el dinero que contribuyó a las actividades de Begin era obviamente para propósitos políticos, no humanitarios, al grupo Begin (como tantos otros) le fue permitido recoger el dinero como si fueran donaciones libres. Pero el fiscal general de los EE. UU. se negó a intervenir» (23).

Quizá el mejor ejemplo del apoyo de los judíos nortee-

americanos al terrorismo sionista procede de «La carta a los terroristas de Palestina», de Ben Hech. Dice: «Los judíos de Norteamérica os apoyan. Vosotros sois sus sonrisas. Vosotros sois su timbre de honor.» Concluía su carta asegurando a los terroristas, sus bravos amigos, como les llama, que «estamos trabajando para ayudaros. Estamos recogiendo dinero para vosotros...» (24). Entre este ejemplo y el vergonzoso comité de recepción de Begin, está la responsabilidad norteamericana por los años de terrorismo sionista en Palestina.

Por supuesto, la responsabilidad del terrorismo recae principalmente sobre los terroristas y los sionistas que los encubrieron y los supervisaron, y más tarde los soltaron para gobernar el Estado que habían levantado «en sangriento combate», pero todavía los norteamericanos que financiaron el terrorismo, la emigración y las organizaciones que apoyaban el terror, comparten la responsabilidad también. Sobre este asunto daré la palabra a uno de los judíos más ilustres de nuestro tiempo, el hombre que con Albert Einstein y Martin Buber se esforzó tanto en reconciliar a los árabes con los judíos, un hombre que se lamentó de la creación de un Estado enteramente judío en Palestina, apoyando en su lugar un Estado bi-nacional, y se ganó el odio eterno de los sionistas. Hablo del doctor Judah Hagnes, fundados y presidente de la Universidad Hebrea en Jerusalén. El doctor Magnus dijo, comentando uno de los numerosos crímenes terroristas de Begin: «Es muy fácil decir que los terroristas judíos son responsables de este crimen atroz. Pero ¿quién es responsable de que existan los terroristas? Todos nosotros tenemos alguna parte de responsabilidad. Ciertamente, un gran número de los que los apoyan la tienen, los senadores y representantes, los directores de periódicos y los escritores y

también un gran número de judíos y otros que han apoyado moral y financieramente a los terroristas» (25).

El doctor Magnes, que anteriormente se había referido a los terroristas como «asesinos, hombres y mujeres embrutecidos», dejó Palestina y volvió a los EE. UU., donde murió. Se le impidió volver a Palestina porque «su familia y amigos no le permitieron correr el riesgo de una bala de los terroristas sionistas» (26).

## NOTAS

- (1) Begin: op. cit., p. 157.
- (2) L. Agridor: artículo «The Drama of the Independence Day», en «Revista Sionista», del 29 de abril de 1949; p. 4.
- (3) Begin: op. cit., p. 157.
- (4) Vide major-general Carl Von Horn: «Soldering for PPeace». Cassell, Londres, 1966; p. 246.
- (5) Vide «Who's Who in Israel 1966-7». Mamut Ltd., Tel Aviv, septiembre de 1966, Meridor.
- (6) Vide ibíd., «Ben-Eliecer».
- (7) Vide ibíd., «Lankin».
- (8) Begin: op. cit., p. VIII, nota.
- (9) «Who's Who in Israel». Loc. cit., Sneh.
- (10) Ibíd., «Begin».
- (11) Kirk, 1945-50: op. cit., pp. 285-6.
- (12) Lilienthal, op. cit., pp. 285-6.
- (13) Von Horn: op. cit., pp. 280-1.
- (14) Ibíd., p. 249.
- (15) Lilienthal: op. cit., pp. 42-3.
- (16) Ibíd., p. 103.
- (17) Ibíd., pp. 103-4.
- (18) Ibíd., p. 104.
- (19) Ibíd., p. 105.
- (20) Ibíd.
- (21) Ibíd., p. 106.
- (22) Ibíd., p. 107.
- (23) Ibíd., p. 108.
- (24) «New York Herald Tribune», 15 de mayo de 1947.
- (25) Lilienthal: op. cit., p. 108.
- (26) Ibíd.

## CAPITULO II

### CRIMEN Y ESPIONAJE

De ninguna manera cesaron las actividades terroristas de los sionistas una vez que hubieron logrado establecer su Estado judío. Aunque ahora «terrorista» es apenas la palabra adecuada para describir sus actividades, porque los que se dedicaban a ellas ahora son funcionarios de un Estado; pero todavía siguen el mismo patrón de crimen y destrucción. Ahora tenemos que llamarles ejemplos de la política israelí de violencia. En este capítulo vamos a estudiar un asesinato y unos cuantos casos de espionaje.

El asesinato de que vamos a hablar es el deliberado asesinato del mediador sueco de las Naciones Unidas, Conde Folk Bernadotte, en septiembre de 1948, en Jerusalén por los terroristas de la banda Stern, vestidos con uniformes del ejército de Israel y quizá miembros del mismo.

«El antagonismo entre el mediador y el Gobierno de Israel se puede fechar a los diez días de su llegada a Palestina, cuando desaprobó el criticismo «muy irritado» de Shertock (de la Agencia Judía) sobre sus propuestas de tregua y le amenazó 'sin ahorrar palabras' con la desaprobación del Consejo de Seguridad y la opinión mundial» (1). «La tensión, sin embargo, se incrementó mucho más cuando Bernadotte sugirió el 27 de junio como "digno

de consideración" la sugestión de que Jerusalén debería incluirse dentro del territorio árabe» (2).

Fueron las propuestas de Bernadotte sobre el futuro de Palestina que lo convirtieron en blanco del odio de Israel. Después de haber estudiado a fondo el asunto, Bernadotte rechazó los argumentos de los sionistas sobre Palestina. Aceptó, como muchos otros, que la existencia de Israel era resultado del Plan de Partición de la ONU que tenía que ser respetado, aunque en 1948 Israel controlaba mucho más territorio del propuesto por el Plan. Además, no consideraba el hecho que el Plan de Partición era simplemente una recomendación y no una obligación por parte de cualquier Estado. Bernadotte proponía que Jerusalén, previamente situada en la zona internacional y ahora bajo la ocupación árabe e israelí, debía ser situada en territorio árabe con entrada a todas las creencias religiosas. Además, proponía medidas drásticas sobre la situación de los refugiados; y pedía que el Gobierno israelí compensara a los árabes por las propiedades que habían sido destruidas voluntariamente.

Israel deseaba tragarse la parte meridional de Palestina, el sur de Negev. Esta era una zona predominantemente desértica, que nunca había sido habitada por los judíos. Los sionistas lo querían porque pensaban construir un oleoducto a través de él, conectando el Mediterráneo con el mar Rojo, como sustituto del comercio del petróleo, porque el canal de Suez estaría cerrado a sus barcos cuando Egipto consiguiera el control sobre él. Los sionistas, y sobre todo Weizmann, habían presionado al Presidente Truman a colocar esta zona en el Estado sionista en el Plan de Partición, al fingir haber concebido proyectos «efectivos» para la irrigación de este desierto. Se jactaron de su habilidad para hacer que el desierto creciera y produ-

jera. Hasta ahora ni el plan de irrigación del desierto ni el oleoducto han sido realizados con eficacia, porque uno es completamente imposible y el otro no es económico. Una cosa de la cual se ha beneficiado Israel del Negev meridional es la fundación de la ciudad de Elath (Eilat), que es muy importante para el comercio de Israel con el Oriente. En 1948, el Negev meridional fue muy deseado por los sionistas. Y no fue hasta julio, o después, que los sionistas lograron quitárselo a los árabes.

Cuando Bernadotte repasó la situación en junio, propuso la «inclusión de todo o una parte del Negev en el territorio árabe» (3). Israel explotó. Los sionistas rechazaron esto a pesar del hecho que la propuesta del mediador era «aprobada por Gran Bretaña y USA» (4).

La animosidad israelí hacia Bernadotte pronto se hizo clara. «Desde los principios de la primera tregua el Grupo Stern adoptó una actitud amenazadora hacia el mediador y los observadores de las Naciones Unidas, y se manifestaron contra él abiertamente cuando visitó Jerusalén del 9 al 11 de agosto» (5). También, sectores de la prensa israelí «acusaron al mediador, como representante de la Cruz Roja Internacional, de haber tenido tratos sospechosos con Hitler durante las últimas etapas de la segunda guerra mundial» (6).

Muy preocupado por la tensa situación en Jerusalén, Bernadotte decidió trasladar su cuartel general desde Rodas a aquella ciudad a principios de septiembre, porque el invierno que se acercaba podría afectar a las comunicaciones aéreas entre los dos lugares. «El líder del Grupo Stern (Friedman-Yellin) había concluido un artículo en su hoja de noticias de Tel Aviv el 6 de septiembre con estas palabras: "La tarea del momento es echar a Bernadotte y a sus observadores. Bendita la mano que lo haga"» (7).

Las autoridades israelíes «no parecían alarmados» cuando recibieron información sobre «la actitud amenazadora de organizaciones extremistas en Jerusalén. Su gobernador militar en Jerusalén, Bernard Joseph, estaba en contra del establecimiento del mediador en la ciudad; y Shertok declaró el 14 de septiembre que el Gobierno había aplazado tomar una decisión para disolver las organizaciones extremistas porque algunos ministros esperaban persuadir las para que se disolvieran pacíficamente (!). Dos días más tarde, la víspera de la llegada del mediador, Shertok mismo y el director de las operaciones militares criticaron a los observadores de las Naciones Unidas públicamente en una conferencia de prensa en Tel Aviv» (8 y 9).

Como se sabía que Bernadotte estaba trabajando en su informe para la ONU, que terminó aquel mismo día, el 16 de septiembre, y envió a la Asamblea General, los sionistas debieron sentirse alarmados por algunas sugerencias que pudo haber incluido. Ya hemos visto algunas de las propuestas de su informe. En su informe Bernadotte se había referido a «al saqueo, pillaje y robo en gran escala» y a la «destrucción de aldeas» por los sionistas. También había recalcado la obligación de Israel de volver a aceptar a los refugiados árabes de Palestina. También había llamado la atención de la Asamblea General sobre el hecho que «el Estado judío no nació de la paz, como se esperaba en la resolución del 29 de noviembre (1947, Plan de Partición), sino que... más bien de la violencia y la sangre» (10). Al día siguiente, 17 de septiembre, el Conde Bernadotte visitó «el sector de Jerusalén ocupado por los judíos... acompañado por un oficial de enlace israelí, pero sin escolta armada. Su automóvil fue obstruido por un «jeep», y uno entre un grupo de cuatro hombres vestidos con el uniforme del ejército israelí disparó sobre él y un obser-

vador francés a bocajarro. Se alegó que los responsables habían sido enviados clandestinamente a Checoslovaquia inmediatamente; se declaró que pertenecían a una organización llamada Hazitha-Moledet o «Frente de la Tierra Paterna», ostensiblemente una rama del Grupo Stern repudiada por la organización principal» (11).

Lo que sigue es un informe de primera mano sobre el asesinato hecho por el general Aage Lundström, jefe de personal, supervisor de la Tregua de las Naciones Unidas y representante personal del mediador. El general Lundström compartía el mismo automóvil con Bernadotte en el momento de su asesinato y su testimonio jurado fue incluido en las memorias de Bernadotte (en un apéndice), publicadas póstumamente.

El general Lunström dice: «Fuimos desde la zona neutral hasta las líneas judías sin incidentes, cruzamos los puestos de control y seguimos hacia el interior de la ciudad nueva. En el barrio de Qacamon fuimos detenidos por un «jeep» del tipo empleado por el ejército judío, colocado cruzando la calle, y lleno de hombres con uniformes del ejército judío. En el mismo momento vi a un hombre que salió corriendo de este «jeep». Hice poco caso de esto porque pensaba sencillamente que era otro puesto de control. Sin embargo, él metió una metrallera por la ventana abierta a mi lado y disparó a bocajarro, sobre el Conde Bernadotte y el coronel Sérot. También oí disparos desde otros puntos y hubo una considerable confusión... (al conductor le fue ordenado marcharse inmediatamente), mientras el hombre todavía estaba disparando. El coronel Sérot cayó sobre el asiento detrás de mí y vi enseguida que estaba muerto. El Conde Bernadotte se dobló hacia adelante y en aquellos momentos pensé que estaba inten-

tando cubrirse. Le pregunté: «¿Está usted herido?» Afir-  
mó con la cabeza y cayó hacia atrás» (12).

Llevaron el coche al Hospital Hadassah; el general Luns-  
tröm continúa: «Pedimos un médico, pero mientras espe-  
rábamos su llegada, le quité la americana al Conde y le  
arranqué la camisa y la ropa interior. Vi que estaba herido  
cerca del corazón y que había también una considerable  
cantidad de sangre manchando su ropa cerca de la cadera.  
Cuando llegó el médico, pregunté si podía hacer algo, pero  
él replicó que era demasiado tarde. El mayor De Geer fue  
en el coche del doctor Facel para recoger al médico per-  
sonal del Conde, doctor Ullmark..., que confirmó que el  
Conde había muerto instantáneamente» (13). El mismo día,  
más tarde, el coronel Moshe Dayan, comandante militar  
de las fuerzas israelíes en Jerusalén, y el doctor Bernard  
Joseph, gobernador militar del sector judío en Jerusalén,  
«me aseguraron (dice el general Lunström) que en su opi-  
nión, aunque no podían garantizarlo, no había más peligro»  
(para la vida de otros observadores de las N. U) (14).

El general Lundström concluye su testimonio con es-  
tas palabras: «Reflexionando después sobre el incidente,  
estoy convencido que fue un asesinato deliberada y cui-  
dadosamente planeado. El lugar donde los automóviles  
fueron detenidos fue cuidadosamente elegido, y la gente  
que se aproximó a los automóviles no sólo conocía el  
automóvil en que iba el Conde Bernadotte, sino la posi-  
ción exacta que ocupaba en él (15).

Vale la pena resaltar que entre los pasajeros que for-  
maban el grupo de Bernadotte estaba el oficial de enlace  
israelí, capitán Hillman, que iba sentado en otro automó-  
vil que precedía al del Conde en el viaje a Jerusalén. Este  
capitán Hillman estaba con el grupo cuando se decidió el  
programa para la visita de la tarde, y según una declara-

ción de uno de los que ocupó el mismo coche, el capitán Hillman dijo algo en hebreo a los dos hombres armados vestidos con uniforme del ejército israelí que salieron del «jeep» que detuvo al convoy segundos antes de que uno de ellos se acercara al grupo de Bernadotte y se escucharan los disparos (16). Aparte de la información referente a la probable huida clandestina de los asesinos del Stern a Checoslvaquia, notamos que hubo una demora de más «de veinte horas» después del asesinato, antes que Bernard Joseph, el gobernador militar israelí, ordenara el toque de queda en Jerusalén. Durante esta demora «los miembros del Grupo Stern se movían libremente» (17).

Cuando finalmente las autoridades israelíes actuaron, el líder del Grupo Stern, Friedman-Yallin, y su comandante de operaciones fueron detenidos, juzgados por los tribunales israelíes, encontrados culpables de ser miembros de una organización terrorista. Fueron sentenciados a ocho y cinco años de prisión, respectivamente, cinco meses después del asesinato del Conde Bernadotte. Friedman-Yellin fue liberado poco después, y a la mayoría de los otros miembros del Grupo Stern detenidos por el asesinato de Bernadotte les fue permitido escapar, y el propio Friedman-Yellin pudo entrar a formar parte del Parlamento israelí. El comportamiento de Israel produjo una seria brecha en las relaciones con el Gobierno sueco, que duró dos años, hasta que Israel pidió perdón y admitió la existencia de «deficiencias organizativas e inexperiencia en su estructura como nación» (18). Después de la muerte de Bernadotte, el norteamericano doctor Ralph Bunche fue nombrado mediador en funciones de las Naciones Unidas para Palestina. Su política fue mucho más favorable para los sionistas.

Hoy día todo lo que queda de Bernadotte es la memo-

ria de un hombre santo que llevan en sus mentes los árabes de Palestina. Moshe Menuhin, escritor judío y padre del celebrado violinista y director Yehudi Menuhin, expresa la actitud presente de los sionistas hasta Bernadotte. Dice que en Israel, «Hasta hoy día es casi un crimen recordar el asesinato del Conde Bernadotte, 'porque tal vea un mal servicio a los intereses del pobre y pequeñito Israel'. Se ha olvidado el nombre de un hombre noble que fue víctima de unos «chauvinistas» ingratos y hambrientos de tierra» (19).

Ahora vamos a ocuparnos, y para el resto del capítulo, de la consideración de algunos aspectos del espionaje sionista en el Estado de Israel. El primer objetivo de Israel al aumentar sus actividades de espionaje es la destrucción de los árabes.

En varios Estados, árabes en distintos tiempos, han sido descubiertas nuevas redes israelíes de espionaje. Estos espías habitualmente dirigen su atención hacia la obtención de información militar. En los últimos años, unas cuantas redes han sido descubiertas, especialmente en Egipto, Siria e Iraq. Una de las más importantes operaciones de espionaje israelí dirigida contra los árabes fue el famoso caso Lavon de 1955-6, que tuvo lugar en Egipto. «Una red de espionaje israelí fue descubierta en El Cairo, siguiéndole un juicio en gran escala, y muchos de los culpables fueron ahorcados, mientras que otros fueron sentenciados a largos períodos de prisión. El juicio demostró, sin embargo, que éste no había sido ningún caso rutinario de espionaje; las actividades del grupo se dedicaron a fomentar sentimientos antinorteamericanos entre los egipcios (y no sin éxito, porque las oficinas del Servicio de Información de los USA y la Biblioteca de El Cairo habían sido incendiadas). Fue un descubrimiento interesante, y

cuando la culpa recayó justamente sobre el Servicio de Inteligencia de Israel, sus directores se refugiaron rápidamente detrás del ministro de Defensa, quien, según ellos declararon, había firmado la autorización para la operación entera» (20). El Gobierno de Egipto presidido por Nasser se dio cuenta que lo que Israel quería era la destrucción de las buenas relaciones entre Egipto y USA en aquellos tiempos; por eso los egipcios habían construido una nueva biblioteca y oficinas para la USIS, que fueron aceptadas por el embajador norteamericano con buena voluntad. Esta operación israelí nos hace recordar el incidente del asesinato de lord Moyne por la banda Stern en El Cairo, en noviembre de 1944; se ha sugerido que uno de los objetivos del crimen fue fomentar el antagonismo británico hacia los egipcios; sólo que en aquel caso, los asesinos sionistas fueron atrapados con las manos en la masa.

Otro escándalo de espionaje israelí tuvo que ver con la filtración de secretos militares árabes. Este escándalo tuvo lugar no en el Cercano Oriente, sino en Washington D. C., USA.

David K. Niles, ayudante ejecutivo del Presidente Roosevelt y ayudante de la Casa Blanca para asuntos de la minoría bajo la presidencia de Truman, era miembro de un grupo seleccionado de consejeros confidenciales. Fue llamado «El hombre misterioso de Mr. Truman» en un artículo del mismo título de Alfred Steinberg (21). Niles «fue un factor clave en la creación del Estado de Israel» (22). Después del establecimiento del Estado, Niles sirvió a Israel de manera muy importante.

Lilienthal nos presenta el incidente siguiente: «A principios de 1950, cuando EE. UU. se dio cuenta del peligro soviético en el Cercano Oriente, nuestro Gobierno (USA) pidió de varios países árabes información referente a tro-

pas, armamento y otros datos militares confidenciales. Estas estadísticas eran necesarias para proyectar toda la asistencia posible según el Acta de Asistencia Mutua. Se aseguró a las naciones árabes que las cifras dadas al jefe de personal se mantendrían en secreto».

«Más tarde, durante aquel mismo año —prosigue Lilienthal—, las representaciones de las naciones del Cercano Oriente y de Israel se reunieron en Washington con el general Riley, que encabezaba la Organización de Tregua de la ONU. Surgieron problemas por el Huleh Marshes (entre Siria e Israel), y se intercambiaron acusaciones de agresión militar entre Israel y los países árabes. El representante militar israelí declaró que las tropas sirias fueron empleadas de una cierta manera, y el general Riley dijo: 'Esto no es posible. Los sirios no tienen un número de tropas tan grande.' Entonces el representante israelí contestó: 'Está usted equivocado. Aquí están las cifras reales de la fuerza militar de Siria y la descripción de las tropas. Y enseñó las cifras confidenciales, información de alto secreto del Pentágono. El general Riley mismo no había visto las nuevas cifras presentadas por el Ministerio de la Guerra sirio a sus superiores.»

Lilienthal sigue: «Cuando surgió la cuestión de la fuerza militar egipcia, una filtración similar de seguridad apareció. Era obvio que estas cifras de alto secreto habían sido presentadas al Gobierno israelí. Las dos Agencias Centrales de Inteligencia y el G-2 del Ejército investigaron la ruptura de seguridad, pero descubrieron solamente que estas cifras habían sido sólo puestas a disposición de la Casa Blanca. Sin embargo, el presidente de la Junta de Jefes, general Omar Bradley, se dice que fue a ver al Presidente, y le dijo al Ejecutivo que tendría que escoger entre él (Bradley) y Niles. No mucho tiempo después de

esta supuesta intervención, David Niles dimitió de su cargo de ayudante ejecutivo del Presidente y se fue de visita a Israel» (23).

Otras de las operaciones de espionaje de Israel fue la penetración en el Cuartel General de la Supervisión de la Tregua de la ONU, para obtener información referente a las actividades de esta organización, y mediante ello, información sobre estadísticas militares árabes. Von Horn, jefe de personal de la Organización de Supervisión de la Tregua, habla en sus memorias de la penetración israelí.

Una vez menciona, en un paseo por los jardines del Cuartel General se encontraron telegramas especiales enviados al Cuartel General de la ONU, que eran de naturaleza secreta y habían estado en la sala donde se les descifraba, y no pudo comprender por qué se encontraban tirados por el jardín. «En aquellos momentos —señala—, todavía no tenía sospechas reales de cuán profundamente el Servicio de Inteligencia de Israel había penetrado en mi mando» (24).

Al investigar se descubrieron verdades asombrosas. Averiguó que los israelíes habían empleado un gran número de métodos para penetrar en el mando; de éstos el chantaje y las mujeres fueron los más utilizados. En cuanto al chantaje, averiguó que «a menudo se le ofrecía a un empleado (de la ONU) un sueldo regular sin hacer ningún trabajo durante mucho tiempo, entonces una vez cogido, se le hablaba de «comisiones especiales» por servicios rendidos. Estos servicios eran, habitualmente, revelación de información; después el observador de la ONU sería chantajeado por el dinero aceptado previamente. O en otro caso, pedirían a un hombre de la ONU que llevara mercancías a alguna persona al otro lado de la línea de demarca-

ción, estas mercancías a menudo incluían drogas. Una vez cogido en el tráfico de drogas, un observador es un blanco fácil para el chantaje.

Cuando empleaban mujeres, los israelíes inevitablemente elegían a un observador casado como víctima. Un observador de la ONU sería presentado a una judía, y los israelíes esperaban un poco antes de amenazar al hombre que, si no cooperaba, su esposa en Suecia, o donde fuera, sería informada del asunto. Una historia de este tipo es el «asunto» entre Ronnie, el observador de la ONU, y Rachel, «la exquisita muchacha sabra de cabello negro» (26).

Otro ejemplo de este tipo de espionaje israelí y de chantaje es contada por Von Horn con las siguientes palabras: «Había un funcionario menor en el Ministerio (en Israel) que conocimos bien porque mantenía su casa siempre abierta para el personal de la ONU, de una forma que estaba muy por encima de su sueldo. Como nosotros habíamos comprobado que éste era su único ingreso admitido, decidimos que debíamos saber más sobre él y las atractivas muchachas israelitas que embellecían su casa y asistían para entretener a los visitantes de la ONU. Con un poco de perseverancia descubrimos que algunas de estas llamativas criaturas habían sido liberadas de un servicio nacional debido a "deberes especiales"... , descubrimos otros miembros de esta hermandad en Tiberíades y Tel Aviv» (27).

Al comprender «cuán profundamente el Servicio de Inteligencia Israelí había penetrado» su mando, Von Horn pudo declarar que «por primera vez pudimos comprender por qué los árabes (había parecido injusto en aquellos momentos) habían decidido que ciertos individuos en el MAC eran personas no gratas; las investigaciones de Hansen revelaron que estos hombres habían estado prestando útiles servicios a los israelitas» (28).

Los israelíes, parece, nunca tuvieron la menor consideración para el trabajo de las Naciones Unidas en Palestina. Aparte de mantener sus actividades bajo un cerrado espionaje, nunca intentaron ayudar en mantener la paz. Von Horn habla de la actitud amenazadora de los israelíes, sus ataques militares a los países árabes, así como su negativa en cooperar en el esfuerzo de la Comisión Mixta de Armisticio. Porque en esta relación Von Horn declara que «desde 1951 Israel había boicoteado ostensiblemente la reunión de la MAC y había rechazado continuamente los términos del Acuerdo de Armisticio» (29).

El cuadro de las relaciones entre Israel y la Organización de Supervivencia de la Tregua de las Naciones Unidas aparece como muy sobrio. Von Horn compara la actitud de los israelíes y la de los árabes hacia la Organización de las Naciones Unidas diciendo: «De tiempo en tiempo nosotros chocábamos en nuestros tratos con los árabes, pero nunca de la misma implacable y frenética manera. Los árabes podían ser difíciles, intolerantes y por supuesto a menudo imposibles, pero su código de comportamiento era infinitamente más alto y de un nivel más civilizado. Pienso que todos llegamos a la misma conclusión en la UNTSO, lo cual era extraño porque apenas había un hombre entre nosotros que no tuviera una actitud de lo más positiva y simpaticante hacia los israelíes y sus ambiciones por su país» (30).

Von Horn solía preguntar a todos los miembros de la ONU que dejaban el UNTSO, al final de su comisión sobre sus experiencias más negativas durante el servicio. La contestación era, casi invariablemente: «Las continuas trampas y la actitud decepcionante de los israelitas» (31).

## NOTAS

- (1) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 283. Las palabras de Bernadotte citadas de: Folk Bernadotte: «To Jerusalem». Hodder and Stoughton, Londres, 1951; p. 60.
- (2) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 283.
- (3) Sacher: op. cit., p. 123.
- (4) *Ibíd.*, p. 132.
- (5) Kirk, 1945-50: op. cit., pp. 283-4.
- (6) *Ibíd.* 284; vide también Bernadotte: op. cit., p. 158.
- (7) Kirk, 1945-50: op. cit., p. 284; vide «Un Security Council Official Records», tercer año, núm. 116 (del 14 de octubre de 1949), p. 15.
- (8) Citado en «New York Times», 19 de septiembre de 1948; Kirk, «1945-50»: op. cit., pp. 284-5).
- (9) Igual, nota 8.
- (10) Citas del informe de Bernadotte a la Asamblea General. Un Document A/648, pág. 285, 16-9-48.
- (11) Kirk, «1945-50»: op. cit., p. 285.
- (12) Bernadotte: op. cit., p. 268.
- (13) *Ibíd.*, p. 269.
- (14) *Ibíd.*
- (15) *Ibíd.*, p. 270.
- (16) Vide *ibíd.*, pp. 272-3.
- (17) Kirk, «1945-50»: op. cit., p. 285.
- (18) *Ibíd.*, pp. 285-6.
- (19) Moshe Menuhin: «The Decadence of Judaims In Cur Time», Exposition Press, New York, 1965; p. 130.
- (20) «Pageant Magazine», núm. 10, vol. 21, Chicago, Abril de 1966, p. 39.
- (21) Von Horn: op. cit., p. 239.
- (22) «Saturday Evening Post», 24 de diciembre de 1949.
- (23) Lilienthal: op. cit., p. 93.
- (24) *Ibíd.*, pp. 94-5.
- (26) *Ibíd.*, p. 100.
- (27) *Ibíd.*, p. 109. Von Horn cuenta toda la historia en las páginas 109-110.
- (28) *Ibíd.*, 104.
- (29) *Ibíd.*, 104, MAC, Comisión Mixta de Armisticio, y Hansen, mayor Ragner Hansen de Suecia, nombrado para investigar la filtración de información. Paréntesis en el original.
- (30) *Ibíd.*, p. 257.
- (31) *Ibíd.*, p. 283.

### CAPITULO III

#### **LA VIOLENCIA ENCUBIERTA: AMENAZAS SIONISTAS**

En este capítulo hablaré de dos facetas de las presiones mediante las cuales los sionistas persiguen la realización de sus propósitos. Una de estas facetas son las amenazas indirectas, utilizadas claramente en las Naciones Unidas en 1947, como resultado de las cuales los sionistas se aseguraron la aceptación del plan de participación. La otra son las amenazas directas dirigidas contra algunas personas conocidas que se han opuesto a los sionistas o, simplemente, se han mantenido en una actitud objetiva cuando los intereses sionistas deseaban una postura de solidaridad con ellos.

Ya hemos señalado ejemplos de las presiones ejercidas por los sionistas sobre los dirigentes de los Estados Unidos para hacer dar un cambio con respecto a Palestina que fuera favorable a sus propósitos. En este sentido el British Survey señala que «el presidente Truman, bajo la influencia de sus consejeros (ellos mismos presionados por la amenaza del voto judío y de la ayuda judía), se esforzó para que (en la Asamblea General de las Naciones Unidas) los votos dóciles a la influencia o consejo de los Estados Unidos fueran asegurados para la resolución de partición, y dos jueces de la Suprema Corte realizaron esfuerzos en el mismo sentido» (1).

Cuando el presidente Truman aceptó el plan Morrison-

Grady de un estado árabe, o federado, de Palestina fue objeto de tales presiones que rechazó el plan y se convirtió en promotor del objetivo sionista de partición. Sobre este cambio en la voluntad presidencial, Forrestal, primer secretario de defensa de los Estados Unidos, escribe en sus diarios, citando al secretario interino de la Guerra, Lovett, que «(David K. Niles, asistente administrativo del presidente) y Sam Rosenman fueron en gran medida responsables de la decisión presidencial..., que ambos le dijeron al presidente que Dewey estaba a punto de hacer una declaración favorable a la posición sionista en Palestina, e insistieron que al menos que se anticipara a este movimiento el estado de Nueva York se perdería para los demócratas» (2). El propio Forrestal explica por qué los demócratas estaban tan inquietos con respecto al voto judío. Dice que: «Fuentes judías eran responsables de una parte sustancial de las contribuciones al Comité Nacional Demócrata, y que una parte de esas contribuciones se hicieron con la inequívoca idea por parte de sus dadores de tener una oportunidad para expresar sus opiniones y ser consideradas seriamente sobre varias cuestiones tales como la actual cuestión de Palestina» (3).

La votación en la Asamblea General sobre la propuesta de Partición está llena de retrasos, cabildeos secretos y sorprendentes cambios de opinión. Desde el principio se hizo evidente para los sionistas que asegurar la necesaria mayoría no era tarea fácil. A despecho del hecho que muchas naciones favorecían la partición como el único medio de asegurar la paz en el Próximo Oriente y prevenir una guerra que parecía amenazar al mundo, la argumentación sionista era inaceptable. Así los sionistas empezaron a trabajar, presionaron a Truman para asegurarse los votos de los Estados «dóciles a la influencia y consejos de los

Estados Unidos», y Truman advirtió a Lovett que «pediría una completa explicación si las naciones que habitualmente se alineaban junto a los Estados Unidos fallaban en el caso de Palestina» (4).

El judío norteamericano Alfred Lilienthal ha dicho sobre esto: «En el momento culminante de la crisis de Palestina... las elecciones estaban a la vuelta de la esquina, y ambos partidos estaban convencidos que su elocuente apoyo a la creación de un estado para Israel era un prerrequisito para la conquista de los estados decisivos... Todos los sionistas trabajaron para que los políticos se sintieran hipnotizados por el voto judío» (5). Y mientras «se ejercían incesantes presiones judías durante la sesión de las Naciones Unidas y el Comité de Encuesta, juntamente al jefe de los rabinos de Palestina, urgía a las Naciones Unidas a una acción favorable a los judíos» (6). Los árabes fueron acusados de haber recibido «ayuda del Eje», y por consiguiente no podían tener prioridad e Israel debía ser partida. Finalmente, el 29 de noviembre de 1948 llegó la demorada votación sobre la recomendación de partición, y como resultado de la operación conjunta sionista-norteamericana para conseguir la mayoría de dos tercios por medios lícitos o deshonestos, la recomendación fue aceptada. Lilienthal dice que «los Estados Unidos desairaron por completo los puntos de vista árabes sobre el problema palestino, forzando a todas las pequeñas naciones» (7). Mientras Forrestal, secretario de Defensa de los Estados Unidos, escribe en su diario, refiriéndose a la manera mediante la cual los USA forzaron el voto de las naciones pequeñas: «... los métodos que usaron..., ejerciendo coerción y dureza sobre otras naciones en la Asamblea General, bordearon el escándalo» (8).

La necesaria mayoría fue asegurada por los Estados Uni-

dos ejerciendo presiones sobre unos pocos estados, cuyos votos parecían vacilar. Es asombroso señalar que estos estados, como Luxemburgo, que estaba indeciso; Haití, Filipinas, así como Liberia, que veinticuatro horas antes estaba decididamente contra la partición, repentinamente se alinearon a favor de ella. Los secretos de estos asombrosos cambios se relacionan con lo que los Estados Unidos llamaron «charlar» con los gobiernos a los delegados de estos estados; y, por supuesto, con los sionistas, por cuya instigación se realizaron estas «charlas».

El economista de Washington Rober Nathan, por ejemplo, fue uno de los que negoció el voto de Liberia. Lilienthal señala que «al delegado liberiano, Mr. Dennis, le dijeron simplemente que Nathan iría detrás de su buen amigo Stettinus, antiguo secretario de Estado, el cual en aquel momento atendía para él enormes intereses mercantiles en Liberia. El diplomático liberiano consideró esto como un intento de intimidación e informó al departamento de estado» (9). Al final, sin embargo, Liberia votó por la partición. Lovett informó que, durante la sesión de las Naciones Unidas sobre Palestina, «nunca en su vida había sido objeto de tantas presiones como lo fue en los tres días que empezaron el jueves y terminaron el sábado por la noche». Añade que «Herbert Bayard Swope (y) Robert Nathan se contaron entre los que lo inportunaron» (10). Luego informó a Forrestal como las presiones sobre Liberia habían tenido éxito. Dice que la «Firestone Tire y la Rubber Company, que tenían concesiones en Liberia, informaron que habían telefoneado y dirigido un mensaje a su representante en Liberia, dirigido a presionar al gobierno liberiano en orden a votar en favor de la partición» (11).

Mientras tanto, «se informó mediante sugerencias a varios delegados sudamericanos que sus votos a favor de

la participación incrementarían grandemente las posibilidades del proyecto de la carretera panamericana, entonces bajo consideración, lo cual parece haber mejorado el tráfico en la Asamblea General» (12). Mientras tanto «otros importantes norteamericanos "charlaron" con otros países como Haití, Etiopía, Filipinas, Paraguay y Luxemburgo, todos dependientes de los Estados Unidos. (Y) Drew Pearson, un antiguo amigo de los sionistas, contó en su columna "Merry-Go-Roun" como Adolphe Berle, consejero legal del gobierno haitiano, "charló" por teléfono con el presidente de Haití, y como Harvey Firestone, propietario de vastas plantaciones de caucho en Liberia, «charló» con el gobierno de ese país» (13).

Lilienthal seguidamente habla de las presiones sobre otro país, diciendo que «ninguna presión fue tan triste, o tan cínica, como la ejercida sobre Filipinas. El general Rómulo dejó los Estados Unidos a poco de pronunciar su orgulloso discurso contra la partición. El embajador Elizalde habló por teléfono con el presidente Roxas y le contó las grandes presiones de que habían sido objeto Rómulo y su delegación. El punto de vista del embajador era que, aunque la partición no era un paso acertado, los Estados Unidos estaban determinados a llevarla a cabo. Era disparatado votar contra una política tan ardientemente deseada por la administración norteamericana en el momento en que siete proyectos de ley estaban pendientes en el Congreso norteamericano, en los cuales las islas se jugaban muchas cosas. El embajador y el presidente Roxas estaban de acuerdo (de todo esto informó en seguida en un largo telegrama el embajador de Estados Unidos en Manila al Departamento de Estado) que Filipinas no podía arriesgarse a un antagonismo con los Estados Unidos cuando su apoyo se podía conseguir fácilmente mediante un voto apropiado sobre

Palestina. Un telegrama conjunto de veintisiete senadores norteamericanos proisionistas, redactado por Robert F. Wagner, de Nueva York, fue un factor particularmente importante en el cambio de dirección del voto filipino» (14).

Sobre las presiones sobre otras naciones, Lilienthal señala que este «telegrama senatorial, dirigido a otras doce delegaciones en las Naciones Unidas, cambió su voto por el sí, y siete votos desde el no a la abstención». Añade que «solamente Grecia se arriesgó a enfrentarse con los Estados Unidos y mantuvo el no».

El delegado de Pakistán en las Naciones Unidas, sir Muhamed Zufallah Khan, que votó «no» a la partición, declaró después de votar que «en palabras del más grande norteamericano: "Nos esforzamos por hacer el derecho como Dios nos hace ver el derecho"». Añade: «Tuvimos éxito en persuadir a un suficiente número de nuestros colegas a mirar el derecho como nosotros lo mirábamos, pero no les fue permitido defender el derecho tal como ellos lo veían... No estamos agraviados con aquellos de nuestros amigos y colegas que fueron compelidos bajo grandes presiones a cambiar de campo y dar sus votos en apoyo de una propuesta, la justicia y legalidad de la cual ellos mismos no reconocían. Nuestro sentimiento hacia ellos es de simpatía por haber estado en una posición embarazosa entre su juicio y su conciencia por un lado y las presiones bajo las que ellos y sus gobiernos estuvieron sometidos por otro» (16).

El representante libanés en las Naciones Unidas, Camille Chamoun, posteriormente presidente de la República Libanesa, estaba cerca de la verdad en su reveladora declaración hecha en vísperas de la votación final, y en la cual dijo que «a juzgar por los informes de la prensa que nos llegan regularmente cada dos o tres días, puedo imagi-

nar a cuántas presiones, a cuántas maniobras, vuestro sentido de la justicia, equidad y democracia ha sido expuesto durante las últimas treinta y seis horas. Puedo imaginar también como habéis resistido todos estos intentos en orden a preservar lo que tenemos como más querido y más sagrado en las Naciones Unidas, es decir, mantener intactos los principios de la Carta y salvaguardar la democracia y los métodos democráticos en nuestra organización. Amigos míos, pensad en estos métodos democráticos, en esa libertad de voto que es sagrada para cada una de nuestras delegaciones. Si nosotros también abandonamos eso por el tiránico método de abordar a cada delegación en las habitaciones del hotel, en la cama, en los pasillos y en la entrada de las habitaciones, amenazándolas con sanciones económicas o sobornándolas para conseguir un voto en un sentido u otro, pensad en lo que nuestra organización se puede convertir en el futuro» (17). A pesar de estos llamamientos a la razón, a la justicia y a los beneficios de un eficiente futuro de las Naciones Unidas, los delegados eligieron sucumbir a las amenazas norteamericanas apoyadas por los sionistas y fue aceptada la propuesta de partición de Palestina en un gran estado judío y en un pequeño estado árabe. Jerusalén y sus alrededores obtuvieron un estatuto especial debido a su carácter sagrado; y además fue aceptada por 33 votos contra 13, y 10 abstenciones. La resolución no tenía el carácter de forzosa para ninguno de los dos pueblos, y cuando los árabes la rechazaron no transgredieron ningún derecho. De todos modos, incluso si los judíos la aceptaban, debían abandonar su estado real, que comprendía mucho más territorio que el comprendido dentro de la recomendación y que ellos ocuparon por **el terror y la fuerza antes del 15 de mayo de 1948**. Unas cuantas piezas de evidencia del trasfondo sionista de las presiones

norteamericanas sobre los delegados de las Naciones Unidas serán insertados para dar por concluido este asunto. En primer lugar una declaración hecha por el concrecionista norteamericano Lawrence H. Smith en el Congreso de los Estados Unidos el 18 de diciembre de 1947.

El honorable L. Smith declaró: «Era necesaria una mayoría de dos tercios para hacer pasar la resolución. En dos ocasiones iba a votar la Asamblea y en las dos fue postpuesta la votación. Es obvio que la demora era necesaria porque los proponentes (USA y la URSS) no tenían los votos necesarios. En el ínterin es de señalar que fueron ejercidas intensas presiones sobre los delegados de tres pequeñas naciones por funcionarios 'del más elevado nivel de Washington'..., hasta el punto que fue considerado el asunto el día 29 (de noviembre de 1947)... los votos decisivos para la partición fueron dados por Haití, Liberia y Filipinas. Estos votos eran suficientes para conseguir la mayoría de dos tercios. Previamente esos países se habían mostrado opuestos a la partición... Las presiones ejercidas por nuestros delegados, por nuestros funcionarios y por ciudadanos privados de los Estados Unidos, constituyen una conducta reprensible contra ellos y contra nosotros» (18).

Quizá la mejor evidencia de las presiones sionistas-norteamericanas en las Naciones Unidas procede de una declaración hecha por un sionista: «Cada pista fue revisada y seguida. Hasta el más pequeño y remoto de los países fue contactado y trabajado. Nada se dejó al azar» (19).

Otros aspectos de la campaña en pro de la partición fue la presión ejercida por la prensa de los Estados Unidos a través de la cual los sionistas controlaron la opinión pública. «El National Public Opinion Research of

Denver, Colorado, entrevistó a un grupo representativo de directores de diarios y semanarios en el momento culminante del debate público sobre Palestina (octubre 1947). **Opinion News**, la publicación oficial del Research Center, informó que el 50 por 100 de los directores se oponía a la partición y favorecía la idea de una Palestina unitaria; el 30 por 100 iba con la mayoría del UNSCOP; el 10 por 100 era favorable a la idea de un Estado federal. Pero estas opiniones personales de los directores apenas se reflejaban en sus periódicos. Las noticias sobre Palestina crearon una opinión claramente proсионista en todo el país. Y en noviembre de 1947, más del 57 por 100 de los periódicos examinados habían dejado de publicar editoriales sobre la cuestión palestina» (20).

Arthur Sulzberger, el judío no-sionista, publica del «New York Times», se refiere a las presiones públicas utilizadas por los sionistas sobre la prensa norteamericana, con estas palabras: Siento antipatía por los métodos coercitivos de los sionistas en este país, que no han dudado en utilizar medios económicos para acallar a personas que tenían opiniones diferentes a las suyas. Me opongo a los intentos de difamación de los que no están de acuerdo con ellos.» Mr. Sulzberger recibió en pago por su coraje el boicot sionista de su periódico, el más influyente de Norteamérica; sin embargo, continuó siendo tan imparcial como le fue posible.

Después de haber apoyado las propuestas de partición de los sionistas, los Estados Unidos cambiaron súbitamente de opinión. El presidente Truman recibió «un informe de la Central Intelligence Agency (CIA) (que) ponía el énfasis sobre la importancia estratégica del Cercano Oriente y sus reservas de petróleo» (22). Truman comprobó que, después de todo, enajenarse a los árabes comprometería

la seguridad y los intereses de los Estados Unidos. ¿Qué pasaría si la Unión Soviética tuviera éxito, convirtiéndose en amiga de los árabes? ¿Qué pasaría con la posición estratégica y las reservas de petróleo? Truman decidió retirar el apoyo de los Estados Unidos a la partición y sugirió en su lugar, a las Naciones Unidas, que Palestina debería mantenerse unida bajo fideicomiso británico. Inmediatamente la Casa Blanca fue bombardeada por presiones sionistas. En la prensa norteamericana apareció una declaración donde se decía que Truman «debería hacer una declaración que abriera el camino para el reconocimiento del Estado judío». Los sionistas, sin duda, trataron de restar importancia al cambio de sentimientos de Truman; pero cuando Charles Ross, secretario de prensa presidencial, fue preguntado acerca de esta declaración en la prensa norteamericana, declaró: «Esto es nuevo para mí» (23).

Pero no lo era para los sionistas; así que inmediatamente después de la decisión sobre el fideicomiso hubo manifestaciones, emisiones de radio, editoriales de periódicos, sermones en las sinagogas y ataques por parte de los republicanos, que vieron su oportunidad de minar el terreno al presidente demócrata. Se hizo un gran ataque contra Loy W. Henderson, supervisor de asuntos palestinos en el Departamento de Estado. En seguida, Henderson fue destituido y el mayor-General J. H. Hilldring ocupó su lugar. Los sionistas se sintieron felices. Hilldring, como «delegado de los Estados Unidos en la Asamblea General en la reunión previa, apoyó ardientemente el establecimiento de un Estado judío y confirmó su actitud en un mensaje a la reunión inaugural de la campaña del Jewish Welfare Fund, sólo un día antes de su reciente nombramiento» (24). Una vez más la razón subyacente al apoyo a los sionistas era el «voto judío», «el hecho que había

una vez más un importante año electoral en los Estados Unidos, con la convenciones de los partidos para nombrar a los candidatos presidenciales sólo tres meses más adelante (entonces era febrero-marzo de 1948), dio a los sionistas un máximo de oportunidades para conseguir influencia política en Estados Unidos para apoyar a su causa (25). De este modo, los Estados Unidos apoyaron la partición, pero no inmediatamente después del nombramiento de Hilldring; Truman esperaba, dudando entre sacrificar los intereses a largo plazo de los Estados Unidos en el Cercano Oriente o sacrificar el volver a ser presidente, hasta que Israel fuera proclamado. En ese tiempo, el rechazo de la idea de fideicomiso se produjo de una manera de la cual es útil hablar. Vamos a echarle un vistazo después de considerar cómo llegó a ser el Estado de Israel, en lo que a la diplomacia norteamericana se refiere.

A pesar del hecho que «la resolución de la Asamblea General referente a Palestina era sólo una recomendación y, por lo tanto, no era legalmente obligatoria para ningún Estado» (26), los sionistas declararon que los árabes debían mostrar su conformidad o sino ser obligados mediante la fuerza. Fue éste uno de los argumentos sionistas utilizados para mostrar que tenían derecho a un Estado en Palestina ahora que las Naciones Unidas habían decretado la partición. Utilizando estos argumentos, los sionistas se pusieron a trabajar en este detalle que estaba en su agenda, para obtener el apoyo oficial de los Estados Unidos para un Estado judío en Palestina y el reconocimiento esencial de éste como tal Estado.

El doctor Chaim Weizmann, presidente del movimiento sionista mundial y primer presidente de Israel, inició su campaña para el reconocimiento norteamericano de Israel. Declaró que pocos días antes de la terminación del Man-

dato, el 15 de mayo de 1948, «continué nuestros contactos con nuestros amigos de Washington, y afirmé mi intención de seguir adelante con una oferta de reconocimiento del Estado judío tan pronto como fuera proclamado» (27). Mientras, el 14 de mayo, un día antes del final del Mandato, el presidente Truman «se encerró con sus consejeros íntimos». Una de las pocas llamadas que recibí aquel día fue la de Frank Goldman, presidente de los (sionistas) B'nai B'rith, una organización entre cuyos miembros dirigentes se encontraba Eddie Jacobson, íntimo amigo y antiguo compañero de Kansas del presidente Truman. El congresista Sol Bloom, de Nueva York, presidente del Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara, telegrafió al presidente diciendo que los Estados Unidos debían ser los primeros en reconocer el nuevo Estado judío para alejar a Palestina y al Cercano Oriente de la influencia y dominación soviéticas (28). El esfuerzo de todos estos judíos y sionistas era conseguir el temprano reconocimiento norteamericano, que daría respetabilidad a la creación de Israel. El argumento utilizado por Sol Bloom, que un Estado judío mantendría a la URSS fuera de la zona, era contrario a los argumentos primeros de Forrestal; Bloom utilizó su influencia para que Truman tomara una decisión contra los argumentos de Forrestal y del FBI. Los acontecimientos posteriores demostraron que Forrestal tenía razón y Bloom estaba equivocado.

Sometido a los ataques de los sionistas y con las presiones de los propios líderes de su partido que le objetaban que «un cambio de los Estados Unidos hacia el fideicomiso podía derrotarlo» en las próximas elecciones, el presidente Truman se decidió a rechazar las propuestas del Gobierno de un fideicomiso y reconocer el Estado de Israel. Así, a las 1,11 horas en Washington el día 14 de mayo,

mientras la Asamblea General estaba aún debatiendo la propuesta norteamericana de un fideicomiso, se anunció a la Asamblea que los Estados Unidos reconocían al Estado de Israel, el cual había nacido sólo diez minutos antes (12,01, a la hora de Israel). El debate sobre el fideicomiso apareció repentinamente sin sentido y se suspendió. Todo el episodio fue una sorpresa para los delegados, incluso para el delegado de los Estados Unidos, que recibió la noticia en medio del debate.

En la declaración de reconocimiento que se leyó en la ONU, la frase «... ha sido pedido el reconocimiento por el Gobierno provisional (israelí)» (29) dejó claro la actividad que había habido tras los bastidores, porque de hecho la petición fue recibida por el Departamento de Estado en un cable «casi veinticuatro horas después de la acción indignamente apresurada del presidente» (30).

Quizá la mejor expresión para burlarse de este ridículo episodio fue la prensa norteamericana: el «Post Gazette», de Pittsburgh, Pennsylvania, declaró, en un editorial titulado «Risa en Lake Success» (es decir, la ONU), «la manipulación por la Administración del problema palestino ha sido tan inepta que la delegación norteamericana se ha convertido en el hazmerreír de la ONU» (31). Mientras que el «Richmond Times» señaló «hay una gigantesca cantidad de votos electorales de Nueva York en las próximas elecciones» (32). Y el «Post Dispatch», de Saint Louis, dijo: «La Casa Blanca dice que (el reconocimiento) no ha sido una decisión impremeditada, pero la delegación en la ONU cree con amargura lo contrario. No pueden evitar mirarla cómo la mira todo el mundo: un vergonzoso abandono de los intereses internacionales para recuperar los votos judíos que, según una reciente elección en el Bronx, se habían perdido» (33).

El rabino doctor Abba Hillel Silver, presidente de la Organización Sionista de Norteamérica, nos da una luminosa pista. Hablando en 1952, declaró que «solamente una organización sionista alerta y militante puede influir en la opinión pública norteamericana para que ayude a Israel y presione en nuestra Administración (la norteamericana) como hizo con tanto éxito en 1947 y 1948, de manera que si no se hubiera hecho esa presión el Estado de Israel no se hubiera creado» (34).

Ahora voy a hablar de las amenazas directas a las personas que se opusieron al sionismo o que juzgaron imparcialmente los diversos aspectos de la política sionista.

Una de las más notorias de estas amenazas se dirigió contra el doctor Judah L. Magnes, presidente de la Universidad Hebrea de Jerusalén y ardiente antisionista. Hemos visto ya cómo su oposición al terror sionista hizo que su familia se opusiera a la vuelta a Palestina porque no querían que él corriera el riesgo «de encontrarse una bala sionista». Cuando se discutió el problema palestino en la ONU, antes de votar sobre la partición se reconoció solamente a la Agencia Judía como interlocutor para el caso judío. «El doctor Magnes (apoyado por Albert Einstein) vio que se le negaba el permiso para exponer sus ideas sobre bi-nacionalismo ante la Asamblea General de la ONU» (35). Anteriormente le habían dicho que «se le sugirió que dimitiera de su cargo en la Universidad, cuya historia..., carácter y objetivos... hacían de ella mucho más que una institución académica. Era una institución nacional y política creada con la visión de una amplia, creciente, independiente comunidad judía en Palestina» (36). Los sionistas estaban claramente contra él.

En diciembre de 1945, los últimos de los no-sionistas fueron presionados, o encontraron mejor, dimitir de sus

cargos en la Agencia Judía. El doctor Werner Senator, el único que no dimitió entonces, dijo más tarde al dimitir: «La mayoría de mis colegas... y hombres como el doctor Silver o han sido llevados por las masas en lugar de influir en ellas, o son responsables de crear e incitar una actitud política destructiva en las masas en lugar de dirigirlas de una manera política» (37). Los miembros no-sionistas de la Agencia Judía han sido utilizados como una respetable fachada para las actividades políticas de terror y de emigración ilegal de la Agencia. Cuando se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, eligieron la dimisión. Los que se oponían y se quedaron fueron presionados para que dimitieran. Incluso los judíos no-sionistas no podían esperar que la ira sionista se olvidara de ellos.

Alfred M. Lilienthal, el judío antisionista, cuyas palabras he citado varias veces en este estudio, fue otra víctima de las amenazas directas del sionismo. Lo que ocurrió con él, nos lo cuenta en su libro «El precio de Israel» (38). Lilienthal nos cuenta que él «llegó a cansarse de los interlocutores autonombrados que pretendían hablar en mi nombre. No sentía que el deseo de un Estado judío era un componente necesario ni de mi fe judía ni de mi compasión hacia las víctimas de Hitler. Y sinceramente no me gustaba la propaganda sionista que intentaba convencer a mis conciudadanos cristianos que todos los judíos norteamericanos, en una ficticia «unidad», deseaban una separación política del 'pueblo judío'» (39).

La reacción de Lilienthal fue escribir un artículo «para expresar mi actitud» y enviárselo sucesivamente a unas cuantas revistas norteamericanas. Después de cada uno de ellos se negó a publicarlo, llegó al «Digest», cuenta, «con su colosal circulación, podía correr el riesgo de publicar un artículo controvertido, porque la edición norteamerica-

na de la revista no tiene anuncios. Pero incluso el «Digest» tuvo que protegerse... (por eso); los editores del «Digest» decidieron presentar dos puntos de vista opuestos en la misma edición. Así, «El caso del sionismo», del rabino Abba Hiller Silver apareció en septiembre de 1949; apareció... con mi artículo «La bandera de Israel no es la mía» (40). Además, doce destacados norteamericanos de fe judía fueron invitados a testificar en la misma edición de la revista. Pero, a pesar de estas precauciones, «desde los púlpitos de las sinagogas y desde los periódicos anglo-judíos y yiddish, a través de la nación, se dispararon cañonazos contra el autor y su artículo» (41).

Como resultado de la edición del «Reader's Digest», periódicos y revistas de todos los matices sionistas, emprendieron una extraña campaña. Uno de ellos dijo que «los judíos pueden ser antisemitas» (42). Y esto fue seguido por monstruosas acusaciones de «traición a los judíos» y gritos de que semejantes artículos eran «una seria amenaza a la comunidad en general» (43).

Además, Lilienthal fue evitado por algunos de sus amigos; su nombre fue públicamente denunciado por los rabinos desde los púlpitos de las sinagogas, sobre todo en su ciudad natal. Pero Lilienthal recibió otro púlpito, desde el cual podía expresar sus puntos de vista. Un rabino de mente más liberal y que se empeñaba en la universalidad del judíasmo, cedió el púlpito de su sinagoga a Lilienthal una tarde. El rabino fue denunciado, pero rehusó rendirse ante las amenazas y expresó su creencia en la «libertad de hablar».

Lilienthal vio también su propia vida amenazada por los sionistas. Esto surgió en relación con otra publicación suya. Escribe: «El teléfono me sorprendió, mientras dormía profundamente, y una voz con ligero acento extranjero dijo:

»—¿Es usted la rata que escribió la carta que apareció en el «Post» esta mañana?

»—¿Quién es?

»—Es Joseph Halutz, de la Haganah. Si no te paras, haremos que te maten, porque estás deshaciendo todo por lo que nosotros hemos luchado. Estás matando a gente inocente.

»—¿Cómo dijiste que te llamabas?

»—No importa; abandona lo que estás haciendo» (44).

Lilienthal no fue la última víctima de las amenazas de los sionistas. El incidente siguiente se refiere a una persona mucho más importante; se trata de James Forrestal, primer secretario del Departamento de Defensa de los Estados Unidos. El hombre que le amenazó fue Bernard Baruch, un judío que había abandonado su religión, pero que, para suavizar los efectos de su mala conciencia, se había convertido en un ardiente simpatizante de los sionistas. Baruch, un economista y estadista influyente; había sido consejero de varios presidentes de los Estados Unidos. Sus efectos para asegurar la partición a favor de los sionistas fueron notorios, e incluyeron sus presiones sobre Truman.

Forrestal, que se dio cuenta de que los Estados Unidos estaban convirtiéndose en un juguete de la Unión Soviética con su política de apoyo a los sionistas y que vio los peligros de la posición e intereses norteamericanos en Oriente Medio, estuvo decididamente contra la política norteamericana en la ONU sobre Palestina. En sus diarios expone la presión sionista sobre la política interior norteamericana en relación con la cuestión palestina. Y cuando él intentó hacer algo, se enfrentó con Baruch, quien, en una comida, dice Forrestal: «... me aconsejó que no me

moviera tanto en ese asunto particular y me dijo que yo estaba ya identificado, en un grado que iba contra mis intereses, con la oposición a la ONU en el asunto de Palestina». El también dijo «que el partido demócrata solamente podría perder si intentaba cambiar la política de nuestro Gobierno» (45). Forrestal ignoró los consejos de Baruch. Más o menos un año más tarde, se dijo que Forrestal tenía «una depresión tan grave que le era necesario un tratamiento psiquiátrico». Le admitieron en un hospital, donde se dijo que se mató al caer desde la planta dieciséis. Su muerte estuvo rodeada de misterio, y la historia no pareció totalmente convincente. Hay quien cree que «alguien», como en el caso de Jan Masaryck, de Checoslovaquia, que le «ayudaron» a descender a su tumba.

La última víctima de las amenazas sionistas que voy a considerar en este capítulo tiene una historia muy larga; en muchas maneras es muy diferente de los demás. Se trata del Mayor-General Carl von Horn, jefe sueco de personal de la UNTSO (Organización de las Naciones Unidas supervisora de la Tregua en Palestina), a quien ya hemos conocido y que se mantenía, con fuerza, entre Israel y los árabes durante los períodos, el primero de los cuales empezó en 1958.

El problema de von Horn con las autoridades israelitas fue su objetividad. Su posición y trabajo, naturalmente, le exigía ser objetivo, tanto con los árabes como con los israelitas, pero parece que a estos últimos no les gustaba esto. En sus memorias se refiere a la «tendencia israelita a considerar que la objetividad era antisemitismo, una etiqueta adecuada para manchar a cualquier soldado de la ONU, cuyos informes imparciales no fueran en favor de los israelitas» (46).

Este comportamiento sionista es comparable al compor-



- (36) Kirk, «1939-1946»: op. cit., p. 248, de un artículo de Hayim Greenberg, en «Zionist Review», 28 de agosto de 1942, pp. 4-10.
- (37) «Commentary», octubre de 1946, pp. 384-6.
- (38) Vide Lilienthal: op. cit., pp. 135-143.
- (39) *Ibíd.*, p. 135.
- (40) *Ibíd.*, pp. 136-7.
- (41) *Ibíd.*, p. 137.
- (42) *Ibíd.*
- (43) *Ibíd.*
- (44) *Ibíd.*, p. 143.
- (45) Forrester Diaries»: op. cit., p. 364; entrada de febrero de 1948.
- (46) Von Horn: op. cit., p. 283.
- (47) Lilienthal: op. cit., pp. 121-2.
- (48) Von Horn: op. cit., p. 282.
- (49) *Ibíd.*, p. 279.
- (50) *Ibíd.*, p. 263.
- (51) *Ibíd.*, p. 266.
- (52) *Ibíd.*, p. 269.
- (53) *Ibíd.*, p. 271.
- (54) *Ibíd.*
- (55) *Ibíd.*, p. 275.
- (56) Vide *Ibíd.*, pp. 275-6.
- (57) *Ibíd.*, p. 278.

## NOTAS

- (1) Kirk, «1945-50»: op. cit., p. 250.
- (2) «Forrestal Diaries»: op. cit., p. 347; entrada del 3 de diciembre de 1947. (Paréntesis en el original.)
- (3) *Ibíd.*, p. 345.
- (4) «Chicago Daily Tribune», 9 de febrero de 1948.
- (5) Lilienthal: op. cit., p. 47. (Paréntesis en el original.)
- (6) *Ibíd.*, p. 49.
- (7) *Ibíd.*, p. 152.
- (8) «Forrestal Diaries»: op. cit., p. 363.
- (10) Forrestal: op. cit., p. 346; entrada del 1 de diciembre de 1947.
- (11) *Ibíd.*
- (12) Lilienthal: op. cit., p. 64.
- (13) *Ibíd.*, p. 65.
- (14) *Ibíd.*, pp. 65-6. Paréntesis en el original.
- (15) *Ibíd.*, p. 66.
- (16) Reuniones plenarias de la Asamblea General, vol. II, p. 1312.
- (17) Reproducciones oficiales de la segunda sesión de la Asamblea General, vol. II, p. 1314.
- (18) US Congressional Record; 18 de diciembre de 1947, p. 1176.
- (19) Emmanuel Newman, en «American Zionist», 5 de febrero de 1953.
- (20) Lilienthal: op. cit., pp. 125-6, de «Public Opinion Quaterly», primavera de 1948.
- (21) *Ibíd.*, p. 124.
- (22) *Ibíd.*, p. 77.
- (23) *Ibíd.*, p. 78.
- (24) Kirk, «1945-50»: op. cit., p. 267.
- (25) *Ibíd.*, nota 7.
- (26) *Ibíd.*, p. 257.
- (27) Chaim Weizmann: «Trial and Error» (Harper and Bros., Nueva York, 1949), p. 477.
- (28) Lilienthal: op. cit., pp. 82-3.
- (29) *Ibíd.*, p. 86.
- (29) *Ibíd.*, p. 86.
- (30) *Ibíd.*
- (31) *Ibíd.*, p. 87.
- (32) *Ibíd.*
- (33) *Ibíd.*
- (34) Boletín: Capítulo de Manhattan de la Organización Sionista de Norteamérica, 1952. Citado por Lilienthal: op. cit., p. 187.
- (35) Lilienthal: op. cit., p. 80.

operación clandestina de una novela de espías. Acusaron al general de «transmitir informaciones militares, políticas y económicas a los árabes» (57). El secretario de la ONU rechazó las acusaciones como mentiras.

israelitas emprendieron algo diferente. Von Horn dice: «Se proclamó (en la Knesset) un boicot oficial con el expreso propósito de hacerme imposible mi trabajo. De cualquiera manera, estaban determinados a crearme dificultades con las Naciones Unidas» (54).

La única organización israelita que apoyaba al jefe de personal de la UNTSO en este asunto fue la Ihud Asociación para la Aproximación Arabe-Judía, que incluía «personalidades culturales bien conocidas» como el fallecido filósofo profesor Martin Buber y que fue fundada por el Judah Magnes. En un artículo aparecido en el órgano mensual de la asociación, «Ner», el escritor discutía la situación y atacaba a «aquellos círculos israelitas que intentan cubrir sus errores asumiendo una actitud arrogante e insultando con ataques personales al general von Horn» (55).

Pero la prensa israelita no se detuvo; siguió con sus ataques al hombre. La nueva fase de sus ataques culminó con la acusación de que von Horn era un agente nazi durante la guerra (56). Los sionistas, según parece, no aprenden. Su falta de originalidad surge aquí otra vez, porque ésta es casi al pie de la letra la misma acusación que se le hizo al conde Bernadotte, diez años antes. Parece que, cuando los israelitas desean muchísimo algo, y están irritados porque no pueden conseguirlo, su frustración hace desaparecer cualquier huella de responsabilidad, honor o incluso sentido que pudieran haber poseído.

Porque las acusaciones que hacen contra las personas, las amenazas que profieren se repiten tanto, que no se pueden tomar en serio durante mucho tiempo. De hecho son infantiles, porque —en el caso de von Horn— no se detuvieron en acusaciones en la prensa israelita, fueron más lejos y fabricaron otra acusación y la presentaron al secretario general de la ONU, con toda la seriedad de una

ción sobre el caso; la tranquila reacción de von Horn fue: «Le escuché con interés; la blanda declaración de Comay abonaba la verdad que nosotros en la UNTSO conocíamos también» (51).

Comay persistió y declaró que von Horn ocultaba información. Aunque esto era una distorsión deliberada de la historia entera del informe y del discurso, la cortés reacción de von Horn continuó siendo pacífica. Dijo que la declaración de Comay «escondía mucha verdad» (52).

Eventualmente, Israel fue condenado por atacar a la aldea siria. Las recomendaciones de von Horn fueron apoyadas, y unos cuantos delegados, entre ellos los de Gran Bretaña y los Estados Unidos, expresaron su aprecio del trabajo de von Horn.

El secreto del asunto era que Scarlet, la esposa de von Horn, que estaba visitando Palestina y que se había puesto enferma un poco antes, había muerto; y cuando von Horn estaba enterrándola, los israelitas atacaron a los sirios, lo que implicaba que von Horn había descuidado sus deberes. Von Horn dijo: «Pienso que los israelitas planearon su ataque mientras moría la pobre Scarlet, previniendo deliberadamente a nuestros observadores que se acercaran a la escena de sus nefastas operaciones, y luego lanzaron su ataque nocturno con la seguridad que el jefe de personal de la ONU estaba lejos de allí enterrando a su mujer en Belén. Y ahora, cuando la opinión mundial se había vuelto contra ellos, emplearon este pretexto para acusarme de negligencia en mis deberes e insinuando que si yo hubiera hecho correctamente mi trabajo, el ejército israelita habría actuado de modo muy distinto y lo hubieran pensado dos veces antes de atacar a los malignos sirios» (53).

Cuando fracasaron sus intentos contra von Horn, los

que pensamos representaba algún anónimo grupo de acción».

Más tarde, von Horn dice que fue completamente boicoteado por el Gobierno israelita durante bastante tiempo. Puede que la nota amenazadora no tuviera nada que ver con el boicot israelita, pero esto no tiene ninguna importancia comparado con lo que siguió.

En marzo de 1962, el ejército israelí lanzó un ataque contra el pueblo sirio de Nequib. El trabajo de von Horn era tener un conocimiento de primera mano de lo que había ocurrido para incluirlo en su informe al secretario general de la ONU. Sin embargo, los israelitas se negaron a proporcionarle cualquier cosa, incluso bloquearon a las tropas de la ONU y no las dejaron visitar la aldea, que fue ocupada durante algún tiempo por los israelitas. Cuando finalmente el personal de la ONU llegó hasta allí, fue con mucho retraso.

Von Horn viajó a Nueva York para presentar su informe al señor U Thant, de este modo el incidente pasó a ser discutido en el Consejo de Seguridad. Michael Comay, delegado israelí en la ONU, habló con von Horn en el edificio de las Naciones Unidas. Como el informe de von Horn tenía que circular entre los miembros de la ONU, y como el mismo tenía que hablar sobre el ataque israelita, le dijo Comay que debía escuchar los consejos israelitas sobre que la línea de acción se debía tomar en lo referente a la discusión del incidente en el Consejo de Seguridad; «de otra manera —Comay amenazó— la vida de von Horn sería mucho más incómoda» (50). Esto tuvo lugar —obsérvese— en el edificio de la ONU.

Cuando von Horn declaró que él no se intimidaría, la declaración de Comay ante el Consejo de Seguridad era que von Horn estaba deliberadamente ocultando informa-

tamiento que ellos tenían en los Estados Unidos desde 1945. Allí, «al final de la segunda guerra mundial, cuando la partición de Palestina empezó a parecer posible, llegó a ser virtualmente imposible poner en duda los méritos de esta proposición. Desde que se creó el Estado de Israel, su política y las actividades de las organizaciones sionistas norteamericanas para ayudar al nuevo Estado han sido puestas más allá de toda crítica. Críticos cristianos en potencia fueron silenciados con «antisemita», la palabra que mancha; y cualquier oposición judía latente al nacionalismo sionista fue estrangulada por el miedo de recibir la etiqueta de «traición al judaísmo» (47).

Von Horn declaró que «una y otra vez, en el curso de discusiones abiertas con funcionarios y oficiales israelitas, les oí repudiar abiertamente la idea de objetividad. Su terminante declaración «usted está con nosotros o contra nosotros» explica por qué—habiendo osado ser enteramente objetivo—irrevocablemente me conceptuaron como «en contra» (48). Esto es cómo empezó todo entre von Horn y los israelitas.

La primera amenaza que sufrió von Horn llegó «un domingo de mayo por la tarde. Yo estaba a punto de salir en coche para bañarme, cuando me fue entregada una carta a mi nombre en nuestra puerta principal, en la parte israelita del cuartel... Esperando un mensaje oficial (porque los israelitas los solían entregar los domingos), el (oficial de guardia la abrió, para descubrir un documento escrito a máquina, donde, después de enumerar mis «crímenes» en uno o dos párrafos, me aconsejó salir del país lo más rápidamente posible. Si no estaba fuera del país el 20 de mayo, mi salida de él se haría en un ataúd. Melodramáticamente firmaba la carta «La mano vengadora»,

## CAPITULO IV

### **VIOLENCIA ENCUBIERTA: PROPAGANDA PARA LA AYUDA Y LA EMIGRACION**

En este capítulo voy a hablar de unas cuantas facetas de la propaganda sionista. La propaganda sionista se puede clasificar así: la propaganda para la consecución de ayuda y fondos para que sigan adelante los «proyectos» sionistas, y la propaganda dirigida a los judíos de todo el mundo para convencerlos de que pueden ir y establecerse en Israel. Antes de mayo de 1948, había otro tipo de propaganda que intentaba presentar el terror sionista contra los británicos como una guerra de liberación. Hoy día, el tipo de propaganda es el que presenta a Israel ante todo el mundo como una «nación» amante de la paz que está constantemente amenazada por sus «belicistas» vecinos árabes. (La propaganda contra los árabes será examinada en el próximo capítulo.)

La propaganda sionista, de hecho, se inició con el nacimiento del sionismo político sistemático. En su esfuerzo para ganar para sus ideales ultranacionalistas a las más importantes naciones del mundo, utilizaron el argumento sionista más adecuado para el país en cuestión. Porque cada nación tiene unos ideales morales o de otra clase; y cada nación responde a los argumentos que se reclaman de esos ideales.

Durante el terror contra la presencia británica en Pa-

lestina, en los Estados Unidos, «la judería norteamericana organizada presionó fuertemente sobre la opinión pública y los políticos. Les recordaban que esa lucha era igual que la que los revolucionarios norteamericanos habían entablado contra el mismo poder imperialista (Además), las tácticas de los británicos en Palestina eran comparadas con las usadas durante mucho tiempo contra los combatientes por la libertad de Irlanda» (1). Conociendo el siempre confesado amor de los norteamericanos a la libertad de las naciones y su profundo e histórico odio a la política británica, este tipo de propaganda tenía su eficacia asegurada.

La propaganda, durante el terror en Palestina, era dirigida a las fuerzas británicas por medio de ilegales emisoras de radio terroristas.

El locutor sionista Levin dice que «al inglés medio en Palestina ni le gustamos ni nos cree. Una de las razones es que le hemos atiborrado con demasiada propaganda». Sigue diciendo: «Ponga cualquier judío en contacto con un gentil y se convierte en seguida en un vendedor superdotado» (2).

Cuando llegó la guerra de 1948 con los árabes, y los judíos necesitaron más combatientes, emplearon de nuevo la propaganda. Esta declaración de un «vigoroso joven norteamericano» en Palestina, en julio de 1948, señala una muy hábil comprensión de la mentalidad norteamericana por parte de los sionistas. Levin dice que él y su compañía recogieron a un «vigoroso joven norteamericano» y «le preguntamos qué era lo que le había traído allí (Jerusalén)». Replicó: «Bien; creía que Palestina estaba llena de judíos con largas barbas que querían rezar en el Muro de las Lamentaciones; y no quería dejar que un hijo de perra árabe

se lo impidiera... Ahora yo encuentro que es muy difícil mantenerme al mismo nivel que estos judíos» (3).

En los Estados Unidos, otra vez, los sionistas no sólo tienen un gran control sobre los medios de información, sino que se ha infiltrado profundamente en el sistema político norteamericano. Quizá ninguna otra minoría tiene tanta influencia sobre la política norteamericana, y ello es utilizado por los sionistas con o sin permiso de los judíos. Ya hemos anotado la efectividad del llamado «voto judío» en decidir la política norteamericana especialmente en lo concerniente a los problemas del Cercano Oriente. Esto es tan cierto hoy como lo era en los días de Truman o de Eisenhower.

Se dice que Eisenhower tenía en la campaña electoral de 1952, en su cuartel general en el Hotel Commodore, de Nueva York, unas habitaciones reservadas a la «División Judía del Comité Nacional Republicano» (4), que se encargaba del «voto» de aquella minoría. Eisenhower había previamente intercambiado cartas con el rabino Silver, el líder sionista norteamericano, que agradeció al general «la inclusión en la plataforma del partido republicano del fuerte apoyo al Estado de Israel» (5).

El arma más importante en manos sionistas en Estados Unidos era (y sigue siendo) el llamado «voto judío». Al paso de los años, la concentración de los judíos en unas pocas ciudades norteamericanas (especialmente en Nueva York), parece unirlos en un solo bloque. Así, su voto es importante para ser solicitado en toda clase de elecciones.

En orden a asegurarse el «voto judío» un político puede llegar a cualquier extremo. Los sionistas comprobaron la importancia de esto y lo usaron de tal manera que sus amenazas casi no se disimulaban si algún político en particular se oponía a los intereses sionistas. Según el es-

critor judío norteamericano Alfred Lilienthal, el voto judío es un mito creado por los sionistas. Dice que los judíos de Norteamérica están tan desunidos en los aspectos políticos como cualquier otra minoría en los USA. Dice que los judíos no forman un bloque y no votan en masa por algún político o política designado por los sionistas. Sin embargo, el político norteamericano parece cree en este «mito» y como resultado de ello Palestina se ha convertido en una tierra trágica.

En relación con esto, un escritor sionista ha dicho lo siguiente: «Ya a finales de 1945 se decía de los líderes sionistas en Estados Unidos que estaban utilizando pruebas estadísticas para demostrar que el «voto judío» había sido un factor en asegurar el éxito de Roosevelt en la elección presidencial de 1944 (6); se decía que en 1947 el Comité Nacional Demócrata recibió una «parte sustancial» de sus fondos de fuentes judías que querían influir en el Gobierno en lo referente a Palestina (7). Las contribuciones norteamericanas que estaban exentas del impuesto sobre la renta, para los fondos nacionales sionistas e instituciones, ascendieron a estas cifras (esto, sin duda, incluye los fondos judíos para los comités de partido en Estados Unidos):

Promedio de los años 1939-44.	1,537 millones de libras.
Año judío 1944-45 ... ..	3,989 millones de libras.
Año judío 1945-46 ... ..	5,768 millones de libras (8 y 9).

En estas cifras se demuestra la influencia en las elecciones y en los partidos políticos de los sionistas. Relativo al Estado judío en Palestina, «en 1944, la plataforma demócrata habló de una «comunidad judía libre y democrática, mientras el partido republicano, en su plataforma,

utilizaba la frase «una comunidad libre y democrática», omitiendo la palabra judía. En la campaña que siguió, el candidato Dewey declaró que su partido estaba a favor de «la reconstitución de Palestina... como una comunidad judía». La palabra clave del sionismo fue rápidamente restaurada» (10). De nuevo en 1948, los republicanos «simplemente saludaron al nuevo Estado de Israel, pero omitieron el apoyo a las reclamaciones fronterizas de Israel y a su admisión en las Naciones Unidas». Se trataba de no «alienarse más el mundo árabe». Sin embargo, «los sionistas se pusieron inmediatamente a la obra y, dentro de veinticuatro horas, corrigieron la situación. El gobernador Dewey, candidato presidencial (en las elecciones de 1948), un veterano y activo miembro, del intrigante grupo minoritario, usó su influencia con John Foster Dulles y otros arquitectos de la política exterior republicana. El rabino Abba Hillel Silver (presidente de la Organización Sionista norteamericana)... aclaró, en unas inequívocas palabras que... se marcharía del partido republicano, al menos que se insertara una promesa pro-Israel» (11). Según un miembro del Comité de Asuntos Exteriores de la Casa Blanca: «Ponga una petición con el nombre judío delante de un candidato en un año electoral y conseguirá que cualquiera firme cualquier cosa» (12).

La influencia sionista e israelita no tiene sus raíces exclusivamente en el «voto judío». La política israelita es realmente controlada por los partidos políticos sionistas norteamericanos. «Cada partido político en Israel tiene su contrapartida en este país; y los partidos políticos sionistas en los Estados Unidos funcionan como ramas norteamericanas de aquellas facciones israelitas» (13). Según la misma fuente, los partidos y su contrapartida son los siguientes:

### **En Israel**

Los sionistas generales, Alas & B.  
El Mizrachi (los sionistas religiosos).  
El partido Mapai.  
El bloque Herut Liberal (del Irgun y el Stern);  
El Mapam.

### **En Estados Unidos**

La Organización Sionista de Estados Unidos.  
El Mizrachi.  
Los sionistas laboristas.  
Los revisionistas.  
Los progresistas o sionistas laboristas de izquierda.

No hace falta decir que un Estado, que puede infiltrarse tan profundamente en la estructura política de uno de las mayores potencias mundiales, tiene «todo solucionado».

Ahora voy a hablar de la propaganda sionista para fondos y ayuda—sobre todo de los Estados Unidos—. No me propongo tratar de las campañas o anuncios propagandísticos, sino que quiero hablar de los efectos de esa propaganda. De todos modos, las campañas sionistas se convertirán en algo muy claro para el lector, mediante el estudio de esos efectos.

Israel, en cuanto Estado, ha subsistido siempre gracias a fondos y ayuda exterior. En un artículo, el profesor Eugene Van Cleef, profesor emérito de Geografía de la Ohio State University, dice: «Ni los recursos naturales de Israel ni la determinación de sobrevivir de su pueblo son suficientes para sostener al país al nivel de autosuficiencia que ellos desean.» Como ejemplo, en 1960, «además de los préstamos que ayudaron a mantener a la gente, los fondos alcanzaron a \$ 299.500.000», que llegaron a Israel a través de diferentes fuentes. «De una cosa podemos es-

tar seguros —continúa el profesor Van Cleef—: Israel tiene una existencia muy precaria. Sus importaciones son casi dos veces y media mayores que sus exportaciones, y la diferencia no se puede contrapesar con el rendimiento de los servicios. Las importaciones "per capita" en 1960 eran de 234 dólares, comparados con las exportaciones "per capita" de 99 dólares» (14).

La ayuda de los Estados Unidos a Israel aparece en tres categorías: a) ayuda directa del Gobierno; b) donaciones de los judíos norteamericanos (libres de impuestos, y c) ingreso de la venta de bonos israelitas. El monto total de estas tres categorías durante los años 1948-65 se estimó que excedía con mucho los tres y medio billones de dólares (\$ 3.500.000.000), y se piensa que sin esta ayuda financiera colosal, Israel no hubiera podido sobrevivir más que unos cuantos meses.

Examinemos estas tres categorías a la luz de las pruebas disponibles:

a) **Ayuda directa del Gobierno norteamericano.**—Entre 1949 y 1965, la ayuda del Gobierno norteamericano alcanzó un total de \$ 1.118.800.000. Estas cifras se han obtenido de dos fuentes: una dice que las cifras de 1949-1963 fue de \$ 1.002.600.000 (15), la otra da para 1964 y 1965 la cifra de \$ 116.200.000 (16).

b) **Donaciones de la judería norteamericana: son libres de impuestos y proceden del United Jewish Appeal.**—Entre 1946 y 1963 totalizaron \$ 1.489.000.000, excluyendo otras numerosas cantidades recogidas por instituciones privadas para recoger fondos, tales el Hadassah, el Instituto Weizmann, etc., que recogen un millón de dólares al año. Los contribuyentes creen que sus donaciones se usan para aliviar a las víctimas de la guerra, pero de hecho los fon-

dos de estas campañas de caridad se emplean como inversiones en compañías rentables, asociaciones, corporaciones, empresas agrícolas, compañías de navegación y aéreas, etc.

El escritor judío Henry Hurwiptz declaró que, «... como se sabe muy bien, una gran proporción de las donaciones filantrópicas supuestamente **voluntarias** se extraen de hombres de negocios y profesionales con amenazas de sanciones punitivas económicas y sociales. Esto se puede describir—tal como es—como una especie de terrorismo. Semejante terrorismo se ha convertido en la técnica más efectiva para la recogida de fondos judíos (17).

c) **La venta de bonos israelitas.**—Esta notoria manera de sacar dinero de los sionistas «pidiendo por la supervivencia» descansa casi exclusivamente en el poder de propaganda sobre la gente norteamericana. Desde el principio de las ventas, en 1951, hasta el final de 1964 han recogido la cantidad de \$ 840.000.000, según una fuente gubernamental israelita (18).

Otra fuente de ingresos, mediante la cual Israel ha mantenido su existencia, son las reparaciones alemanas de guerra. Realmente es la compensación por las víctimas judías en los campos de Hitler. Sin embargo, parece más correcto que ese dinero sea pagado a los supervivientes de los campos, o a sus herederos, más bien que al Estado de Israel, que de ningún modo representa a todos.

Las reparaciones alemanas han totalizado, a principios de 1966, alrededor de 862.000.000 dólares (19), mientras que a Alemania Oriental le han pedido que pague un total de \$ 500.000.000; pero se ha negado a hacerlo, y han podido hacerlo con éxito—quizá por la falta de presión por parte de los Estados Unidos.

En todas estas «operaciones» de recogida de fondos, la propaganda sionista juega un papel destacado, y en algunas de ellas un papel exclusivo. Los temas propagandísticos difieren unos de otros. En algunos casos, Israel pretende que es un pacífico Estado que necesita ayuda para sobrevivir frente a los belicistas árabes; o los israelitas dicen a los judíos que Israel es su «hogar» y que ayudarle a «prosperar» es su deber. Mientras que en otras ocasiones el empleado es el viejo tema del sufrimiento judío. La propaganda no se detiene ahí. Sigue para demostrar la «magnificencia» de los éxitos de Israel y que la nación necesita más y más fondos para lograr más. Esta línea de pensamiento se ha repetido tanto que más de un norteamericano está harto de ello.

En una revista, Richard J. Marquardt pregunta y discute: «¿Cuánto tiempo estará el público norteamericano expuesto a esta clase de mitología sentimental? Reconozco que muchas personas de fe judía necesitan que les repitan las historias de los «milagros» de Israel y de las figuras legendarias del país. Aparentemente, ellos tienen una profunda necesidad de símbolos heroicos con los cuales identificarse. Esto es bastante comprensible, pero ¿qué pasa con el 97 por 100 de la restante población norteamericana? Nuestro apetito de estos cuentos llenos de prejuicios no es insaciable. Yo, personalmente, estoy aburrido de Israel y sus «espectaculares éxitos», sus campañas de bonos, sus llamamientos estridentes, su propaganda martilleante, una mezcla vocinglera de trivialidad y de jactancia..., con algo así como tres billones y medio de dólares disponibles de sus varias fuentes extranjeras desde su creación, cómo Israel no va a conseguir semejantes cosas?» (20).

Si es ayuda lo que Israel quiere, a veces no lo consigue mediante la propaganda; a menudo usa el terror. El paisaje

siguiente cuenta incidentes del «terror para conseguir dinero» en América del Sur. En México, cuando el Fondo Unido Sionista (el equivalente mexicano del United Jewish Appeal) fue recogiendo fondos, «los sionistas publicaron los nombres de los judíos que todavía no habían contribuido. Otros anuncios avisaron que ningún judío que quisiera visitar Israel podría obtener un visado sin probar que había contribuido adecuadamente al Fondo Unido Sionista» (21).

También en la primavera de 1948, en la capital de México, el Fondo Unido Sionista anunció «que todos los que rehúsen a contribuir o no contribuyan lo suficiente, pueden ser juzgados por un «tribunal abierto». Los nombres de los «culpables» fueron leídos en una reunión antes del juicio, a la cual asistieron más de 500 hombres y mujeres» (22). Según un periódico mejicano, «hubo un gran tumulto en la sala y la gente esta de pie con papel y lápiz para tomar los nombres mientras los leían» (23).

«Un jurado de once personas fue elegido a dedo dos semanas antes del primer «juicio», que comenzó el 16 de junio. 'Die Stimme' (citó el periódico mejicano), en su edición del 19 de junio, describió el «espíritu de linchamiento» provocado por los «acusadores» sionistas de los «delincuentes». Uno de los acusados fue golpeado brutalmente» (24). Los que se declararon culpables fueron sancionados a lo siguiente: a) Exclusión de todas las instituciones sociales de las cuales era miembro el «delincuente»; b) Ruptura de relaciones con él por parte de sus amigos, y c) Los nombres de todas las declaraciones culpables serán enviados al Gobierno israelita para que los inscriba en la lista que ellos tenían para este propósito, etc. (25).

Otras comunidades judías sudamericanas sufrieron un trato similar. «En Montevideo, uruguayos recalcitrantes que,

en 1949, habían rehusado contribuir con el impuesto del 2 por 100 puesto por los líderes sionistas sobre su riqueza, vieron negada su entrada a la sinagoga y el derecho a obtener el servicio de un rabino o cantor en su matrimonio, muerte o circuncisión (26). Se produjeron también ultrajes semejantes «en Brasil, Argentina y Perú» (27), con sanciones impuestas sobre los «delincuentes» que se negaban a dar sus contribuciones a hombres que tenían nacionalidades extranjeras, pero que declaraban que tenían la misma nacionalidad que los judíos sudamericanos.

Para los sionistas, «el judaísmo es un aspecto del nacionalismo».

Seguidamente, en este capítulo, vamos a ver la propaganda para la emigración. Hemos visto lo desesperados que estaban los sionistas desde los primeros días para llenar Palestina con tantos judíos como fuera posible, de todo el mundo, para así ahogar a la mayoría árabe. Hasta justamente después de julio de 1948, este plan era un fracaso.

Pero como resultado del terror y las evicciones que siguieron a la guerra con los árabes, los judíos se convirtieron en mayoría en la parte de Palestina que controlaban en aquel momento. Las llamadas para la emigración, que siguieron a la creación del Estado de Israel, tomaron muchas formas. El proceso de emigración fue llamado oficialmente «Operación de reunión». Los judíos de fuera de Israel recibieron el nombre de Diáspora (en dispersión). Para que vieran más a Israel como el Hogar Judío, a los judíos de la Diáspora se les decía que vivían en el «Galut» (en exilio). Así, todo norteamericano, español, alemán, polaco, etc., ciudadanos de fe judía, nacidos y criados en sus países respectivos, de repente se convirtieron en «exiliados» de su «hogar».

En un momento ante el XXV Congreso Mundial Sionista, en enero de 1961, Ben Gurion, entonces primer ministro y ministro de Defensa en Israel, se refirió a esos judíos de la diáspora que se negaron a emigrar a Israel llamándoles «sin Dios» (28).

En un esfuerzo de propaganda, Israel declaró que «el público judío en muchos países mira al embajador israelita como su propio representante» (29). El uso de este tema tiene la clara intención de acentuar esto hasta que se acepte la idea que el «judaísmo es una nacionalidad».

En términos de otra campaña propagandística para la emigración, los sionistas empleaban el antiguo tema de amenazar a los judíos (en la Diáspora) con la acusación de antisemitismo. Un autor judío norteamericano habla de «el señor y la señora Jacob Steinhardt, refugiados de Alemania que no pensaban vivir en Estados Unidos debido a los «progroms norteamericanos» de los cuales les habían hablado (30). Entonces ellos eligieron ir a Palestina. La señora Steinhardt se refería a Hitler y decía: «Si nos ha ocurrido a nosotros en Alemania, seguramente les podrá ocurrir a ustedes en Norteamérica» (31).

En relación con esto, el doctor Israel Goldstein habla de la emigración con estas palabras: «Que esperan los judíos norteamericanos. ¿Están esperando que los eche un Hitler? ¿Imaginan que se van a ahorrar las tragedias que han forzado a emigrar a judíos de otras tierras?» (32).

Todo esto queda muy corto ante la confesión sionista que demuestra que Israel necesita como sea emigrantes, y ¿a qué extremos llegan los sionistas para obtener resultados? Esta confesión aparece en «Davar», el órgano del Mapai, el partido gobernante en Israel. El autor del artículo dice: «No tendría vergüenza en confesar que si tuviera el poder, como deseo, elegiría a un grupo de jó-

venes eficaces —inteligentes, decentes, dedicados a nuestro ideal y ardiendo en deseos de ayudar a redimir a los judíos— y los enviaría a países en donde los judíos están absorbidos por una pecaminosa autosatisfacción. La tarea de estos jóvenes sería disfrazarse de no judíos y plagar a aquellos judíos con slogans antisemitas, como "Cerdo judío", "Judíos, iros a Palestina", e intimidaciones semejantes. Puedo asegurar que los resultados, en términos de una considerable emigración a Israel de estos países, serían diez mil veces mayores que los resultados realizados por miles de emisarios que han ido predicando durante décadas a oídos sordos» (33).

Desde el principio, la política de emigración sionista ha estado llena de engaños, crueldad y terror, tanto en la propaganda como en las operaciones reales. El ejemplo de como el trágico Judío Persona Desplazada fue tratado, como fueron explotadas sus vidas, con propósitos propagandísticos, ha sido ya visto. El escritor judío Moshe Menuhin lo dice con estas palabras: «Originalmente, el problema de los refugiados judíos perseguidos en 1945-1948 —el problema de las víctimas de la bestialidad nazi— tuvo que quedar sin solución, en orden a asegurar la creación del estado "Judío" en Palestina en 1948» (34).

## NOTAS

- (1) Lilienthal: op. cit., p. 41.
- (2) Levin: op. cit., p. 25
- (3) *Ibíd.*, p. 272.
- (4) Lilienthal: op. cit., p. 117.
- (5) *Ibíd.*
- (7) Vide Forrestal: op. cit., p. 345.
- (8) Jewish National Financies: Bulletin of Economic Research, Institute of the Jewish Agency, segunda edición de 1947, pp. 66, 68.
- (9) Kirk, 1945-50»: op. cit., p. 226, núm. 2 (para la cita entera).
- (10) Lilienthal: op. cit., p. 111.
- (11) *Ibíd.*, p. 112.
- (12) *Ibíd.*, p. 104.
- (13) *Ibíd.*, p. 188 (incluye los nombres de las partes mencionadas).
- (14) «Middle East Journal» (Washington, D. C.), verano de 1964, páginas 311-2.
- (15) Financial Report por AID representative in Israel, «American Embassy» (Tel Aviv), julio de 1963.
- (16) «New East Report», suplemento de mayo de 1966, P. B. 15.
- (17) De Menuhin: op. cit., p. 367.
- (18) «Israeli Digest», vol. IX, núm. 1, 14 de enero de 1966, p. 2.
- (19) «Tribuna Alemana», núm. 210, 9 de abril de 1966, p. 2.
- (20) «Holiday», marzo de 1963.
- (21) Lilienthal: op. cit., pp. 201-2.
- (22) *Ibíd.*, p. 202.
- (23) «Die Stimme» (Ciudad de México), 9 de junio de 1948.
- (24) Lilienthal: op. cit., p. 202.
- (25) Vide *ibíd.*, pp. 202-3.
- (26) *Ibíd.*, p. 203. Extraído del «Jewish Post», 22 de abril de 1949.
- (27) Lilienthal: op. cit., p. 203.
- (28) Aparecido en «Jewish Newsletter» (Nueva York), 9 de enero de 1961.
- (29) «Israeli Government Yearbook, 1953, 54», p. 35.
- (30) Lilienthal: op. cit., pp. 163-4.
- (31) *Ibíd.*, p. 164.
- (32) Revista «The Day» (Nueva York), 15 de marzo de 1950.
- (33) Citado en «Kemper», periódico yiddish (Nueva York), 11 de julio de 1952 (de Lilienthal, pp. 207-8).
- (34) Menuhin: op. cit., p. 433.

## CAPITULO V

### DISCRIMINACION Y TERROR

La ciudadanía israelita es dada a cualquier judío en el mundo en el momento en que se establece en Israel. Cualquier judío puede convertirse automáticamente en ciudadano israelita, aunque los árabes, los habitantes originarios del país y los que viven en la Palestina ocupada por Israel desde 1948, ven denegada su ciudadanía por el gobierno, a menos que puedan cumplir seis difíciles requisitos: Un árabe en Palestina debe demostrar que era residente en Palestina hasta 1948, debe demostrar que conoce la lengua hebrea, debe renunciar a su antigua nacionalidad, etcétera. En la práctica, incluso después de cumplir todos estos requisitos, un árabe es mirado oficialmente como un ciudadano de segunda categoría. Esta es la ley de la ciudadanía israelita y ha sido atacada por órganos sionistas («Ha'aretz», periódico, Tel Aviv, 3 de abril de 1952), así como por otras notables publicaciones en los Estados Unidos («Forward», Nueva York, 26 de abril de 1952, y «The Day», Nueva York, 3 de mayo de 1952). Según un escritor norteamericano: «La política oficial del gobierno (de Israel) es inequívoca. Los árabes, como los judíos de la Alemania nazi, son oficialmente ciudadanos de la "clase B", un hecho que es registrado en sus tarjetas de identificación» (1).

Otro escritor norteamericano considera a los árabes

de Israel diciendo: «El más amargo sinsabor de los árabes es con mucho el gobierno militar. Unos 180.000 de los 220.000 árabes de Israel viven bajo gobierno militar. Están bajo las restricciones del toque de queda y están confinados en ciertas áreas. Por añadidura, no tienen acceso a los tribunales civiles bajo circunstancias ordinarias, sino que están sujetos a tribunales militares» (2). En diciembre de 1966 Israel declaró que se había abolido el gobierno militar, pero esto era mera propaganda. De hecho, las áreas en las cuáles los árabes viven bajo gobierno militar estaban unidas» a las tres regiones militares en las que está dividido el país» (3). Esto significa que la situación es la misma que antes.

La discriminación israelita contra los árabes que se han negado obstinadamente a ser arrojados de sus casas desde el año 1948 incluye la ciudadanía de segunda clase, si puede conseguirla, operaciones terroristas para intentar echarles de sus casas, discriminación en el empleo y la negación de los derechos básicos individuales, tales como la libertad de expresión. Desde junio de 1967, Israel ha puesto más territorio de la Palestina árabe bajo su control, y la política de Israel en estos territorios ha experimentado una intensificación del terror y de la discriminación. El socialista norteamericano Norman Thomas se refería a la discriminación israelita, que está incorporada al Acta Nacional israelita, cuando dijo: «Un árabe, sin demasiada exageración, puede quejarse de que los israelitas practican con él el hitlerismo al revés» (4). Esta vez las víctimas no son los judíos.

Un árabe en Israel está forzado a satisfacer las exigencias, una de las cuales es la renuncia de su nacionalidad anterior, para convertirse en ciudadano israelita, de segunda clase, mientras que cualquier judío en el mundo

puede recibir la ciudadanía israelita, a pesar de que puede decidir si quiere o no quedarse con su nacionalidad anterior, aunque no haya estado nunca en Palestina, aunque no sepa nada de hebreo. Esto es algo que puede ser llamado con toda razón el «ultranacionalismo israelita».

Los sionistas han empleado métodos de terrorismo contra los árabes que todavía viven en Israel. El internamiento de Menachem Begin en un campo soviético le enseñó que «la civilización no es esencial. Puede dejarla en seguida si te fuerzan a ello» (5). Describe como es de hecho la «Gestapo» israelita empleada contra los árabes, además del ejército. Dice: «Aprendimos algunas cosas en Eretz Israel (quiere decir Palestina) de los hábitos sádicos de la policía, incluida la del "democrático" mandato británico; e incluso, si somos honestos, no podemos absolver a nuestra propia policía judía de algunos de esos detestables hábitos» (6).

Uno de los ejemplos más salvajes del terror sionista posterior a 1948 fue la matanza de Kafr-Qasem. Se parece de muchas formas a la matanza de Deir Yassin, excepto que este nuevo trabajo fue obra del Ejército de «Defensa» israelita, mientras que la otra fue obra de las organizaciones terroristas anteriores al ejército.

Según los testigos supervivientes, el 29 de octubre de 1956, el día que Israel invadió Egipto por la península de Sinaí, un toque de queda fue impuesto sobre la aldea de Kafr Qasem que está en Israel. Cuando se impuso el toque de queda los campesinos árabes que habitaban en la aldea estaban fuera, en sus campos, y no se enteraron de él, para el cual tampoco había ninguna razón lógica. Cuando volvieron a la aldea se encontraron con disparos que no tenían razón aparente ni justificación. Cincuenta y un hombres, mujeres y niños murieron, y 13 más fue-

ron heridos. Kafr Qasem formó parte del territorio adquirido por Israel cuando el armisticio y el gobierno de Israel tenía la obligación de proteger a los árabes allí.

Entre los muertos había doce mujeres y niñas, diez niños de edades de catorce a diecisiete años, siete muchachos de ocho a trece años de edad. Dos supervivientes de la matanza, un joven, Samir Budair, y una chica de dieciséis años, Hana Amer, describieron la carnicería y dijeron que una de las mujeres asesinadas estaba embarazada de ocho meses.

En un esfuerzo por apaciguar la opinión pública indignada, que expresó su disgusto de que el ejército que tenía la obligación de proteger a esta gente les asesinara a sangre fría, el gobierno israelita intentó juzgar a 11 soldados y oficiales israelitas por la matanza de Kafr Qasem. Sin embargo, según el diario hebreo israelita «Ha'aretz» (11 de abril de 1957), «los 11 oficiales y soldados juzgados por la matanza de Kafr Qasem han recibido un aumento de un 50 por 100 en sus salarios... Es obvio que esta gente, se les haya encontrado inocentes o culpables, no ha sido tratada como criminales, sino como héroes» (7).

Un tribunal militar, después de dos años, según el «New York Times», encontró a la mayor parte de los soldados culpables de «asesinato deliberado» (8). Los soldados recibieron sentencias de entre siete y diecisiete años de prisión. Los que fueron condenados a siete años pudieron ser puestos en libertad y los que tuvieron sentencias mayores la vieron reducida considerablemente.

Las actividades terroristas israelitas en las aldeas árabes de Israel se han practicado de muchas maneras. Los israelitas cogían y hurtaban las cosechas árabes; sus únicos medios de vida. Arrebatában las tierras árabes cuando sus dueños se negaban a venderlas a los israelitas. Los ára-

bes se ven forzados a dejar estas tierras y la propiedad es vendida y distribuida a nuevos emigrantes judíos para establecerse y trabajar ahí.

Aparte de Kafr Qasem ha habido muchas más aldeas árabes víctimas del terror israelita. La lista siguiente incluye las más importantes de sus operaciones.

En octubre de 1948, la aldea cristiana de Ikret fue evacuada «por razones de seguridad», y aquella evacuación árabe iba a durar quince días. Durante tres años los habitantes tuvieron que vivir en otros lugares, pidiendo a las autoridades militares una y otra vez poder volver. Finalmente, todas las casas en la aldea, incluyendo la iglesia, fueron destruidas por el ejército israelita, que eligió el día de Navidad de 1951 para hacerlo.

El 16 y 17 de septiembre de 1953 la aldea cristiana de Kafr Bir'im fue evacuada, sus habitantes dispersados por las aldeas vecinas, después de lo cual la aldea fue arrasada. Otras aldeas han sufrido el mismo destino, entre ellas las cuatro aldeas de Sha'b, Mujeidal, Umm El-Faraj y Birwa. No había razones militares ni excusas para la destrucción de estas aldeas, estaban todas situadas en el centro de Galilea, al norte en torno a la ciudad de Nazaret, muy lejos de cualquier país árabe adyacente a la frontera israelita.

El 21 de julio de 1953, la aldea árabe de Tirah, cerca de Haifa, fue saqueada después que sus habitantes, hombres, mujeres y niños, fueron mantenidos durante horas bajo el sol ardiente del verano. De las casas los israelitas cogieron todo lo que quisieron, mientras mataban el tiempo destrozando muebles.

El Viernes Santo de 1954 el cementerio cristiano fue profanado, 73 cruces fueron aplastadas y pisoteadas. En

otras partes del país las iglesias cristianas y las mezquitas musulmanas fueron atacadas y destruidas.

Otra profanación israelita de un cementerio cristiano ocurrió en junio de 1959, cuando el cementerio cristiano de Jerusalén fue atacado y 42 cruces destruidas. Según la prensa israelita esto fue obra de «vándalos».

Ahora quiero considerar algunas de las actividades terroristas llevabas a cabo por los sionistas desde el final de la guerra de junio de 1967. Después de 1948 sólo dos partes de Palestina escaparon del control sionista, las corrientemente llamadas orilla izquierda del Jordán y la Banda de Gaza. Estos dos zonas de Palestina fueron densamente pobladas por muchísimos refugiados árabes que habían sido expulsados de sus casas por el terror sionista de 1948. Cuando las dos zonas fueron invadidas y ocupadas por Israel en junio de 1967, los sionistas inmediatamente aterrorizaron a la población e intentaron expulsarla. Como resultado de ello, una cantidad de cerca de 500.000 árabes de nuevo fueron convertidos en refugiados y empujados a través del río Jordán al reino de Jordania, donde llegaron en un estado de miseria. A una pequeña cantidad de estos refugiados les fue permitido volver a sus casas, si sus casas existían aún, gracias a la presión de la Cruz Roja Internacional sobre el gobierno de Israel.

Muchos de los que fueron testigos de las causas de la fuga de estos nuevos refugiados en 1967 han resaltado que los sionistas otra vez emplearon métodos de expulsión por la fuerza, de los cuales se han convertido en expertos después del terror de 1948.

Dos miembros del parlamento británico, Ian Gilmour y Dennis Walters, visitaron el río Jordán en la época del éxodo árabe y hablaron con esos refugiados. Ellos publi-

caron sus impresiones en un artículo del «Times», del cual extraemos los siguientes pasajes:

«El argumento israelita otra vez es que los refugiados quisieron marcharse por su propia voluntad. Y es cierto que muchos de los que estaban en los campamentos de refugiados, en Jericó por ejemplo, se marcharon debido al puro pánico causado por la guerra. Es igualmente cierto que los israelitas no han empleado los métodos terroristas que utilizaron en 1948 por Irgun, cuyo dirigente, el señor Menachem Begin, es ahora miembro del gabinete israelita. Esta vez, aunque parece que han empleado las culatas de los rifles en algunos casos (vimos sus huellas sobre algunos de los refugiados), los métodos empleados han sido los psicológicos.» Los escritores continúan describiendo la evidencia de los métodos psicológicos. Dicen: «Según testigos refugiados, un carpintero y muchos de los antiguos residentes de Belén recibieron la noticia de que a menos que se marcharan en el plazo de dos horas los volarían a ellos y a sus casas. Se marcharon.» Los escritores siguen diciendo que «un trabajador inglés de la caridad, en uno de los campamentos de refugiados de Jordania que visitamos», dijo: «Hay muchísimas maneras de amenazar a la gente para que se sienta forzada a marcharse.» Y los escritores señalan que «después de hablar con muchos de los refugiados, un sorprendente número de los cuales, incluyendo a los niños, hablan inglés, y a muchos de los observadores neutrales de los campamentos estamos convencidos que después del pánico inicial la mayoría de los refugiados han sido y siguen siendo forzados a marcharse».

«Otros también se han marchado porque sus casas fueron voladas o destrozadas. No solamente Qalqilya ha sido arrasada; alrededor de otras diez aldeas han sufrido

el mismo destino. En Jerusalén vimos los escombros de las casas árabes que habían sido demolidas para hacer una gran plaza y un aparcamiento enfrente del Muro de las Lamentaciones.»

«La actitud israelita hacia los refugiados es más clara cuando se considera su vuelta en lugar de su expulsión. La mayoría de las personas en Gran Bretaña probablemente cree que Israel ha decidido su retorno y que la repatriación es realizada satisfactoriamente. Nada podría estar más lejos de la verdad.

«Podimos observar el comportamiento de Israel hacia la población árabe, comportamiento que, debido a nuestra inesperada llegada no había sido ajustado adecuadamente para convertirlo en lectura humanitaria de la prensa occidental.» Este comportamiento se describe en parte. «El contraste entre la indulgencia permitida a los turistas israelitas y la actitud de los guardias hacia los árabes es escandalosa. Los turistas pueden ir hasta el final israelita del puente y fotografiar a los refugiados que se marchan. Los árabes que han sido separados de sus familias no obtienen permiso para ir al mismo lugar para ver si sus niños están vivos.»

«Por medios tortuosos envían mensajes a través del río y se arreglan para estar en el puente a la misma hora: pero los israelitas no les permiten llegar a la cita. Mientras estuvimos ahí a una joven madre árabe le fue negado el permiso para ir al lugar desde donde podía saludar a su familia, de la cual estaba separada desde hacía diez años. Nuestras protestas vehementes por este inhumano comportamiento no obtuvieron respuesta; pero después de que el comandante volvió de Jericó lo permitió.»

Los diputados terminan su artículo así: «¿Por qué entonces se porta Israel de esta manera? La disminución

de la población árabe en la orilla izquierda sirve a los objetivos israelitas. El señor Ben Gurion no ha ocultado nunca en el pasado las ambiciones territoriales de Israel: tampoco lo hizo Walter Eytan, el actual embajador israelita y antiguo director general del Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel en un extraordinario discurso en París el 18 de julio de 1967. El señor Eytan, un hombre encantador y muy civilizado, dijo a su público que quizá salvo el Sinaí, Israel no había cogido nada que perteneciera a otros.»

Desde la creación del estado israelita, sus líderes sionistas se han enzarzado con los árabes en incontables operaciones militares. Virtualmente cientos de escaramuzas a lo largo de la frontera árabe-israelita han tenido lugar y todas ellas o fueron iniciadas o causadas por Israel. A veces estas escaramuzas no tenían más resultado que la destrucción de armas por ambos lados; pero a veces el resultado ha sido muerte y destrucción. Pero esto no es todo. En las dos últimas décadas Israel ha realizado más de treinta ataques aéreos, en los cuales han sido bombardeados cuarteles y puestos civiles en Jordania, Siria, Líbano y Egipto. Todos estos ataques han sido llevados a las Naciones Unidas, e Israel en el Consejo de Seguridad ha sido o censurada o condenada. Esto, por supuesto, además de los ataques de agresión en 1956 en territorio egipcio y de 1957 en territorio egipcio, jordano, sirio e incluso iraquí. Esta es una lista de los ataques más importantes. A continuación se citan los documentos de censura o condena de la ONU. (La lista no es completa ni está actualizada. Encuentro casi imposible enumerar todos los ataques israelitas; son innumerables.)

1. El 5 de abril de 1951, bombardeo aéreo de El-Him-meh en Siria (10).

2. Del 28 de diciembre de 1952 al 9 de enero de 1953, ataque a las aldeas de Falames y Rantis en Jordania (11).

3. El 11 de agosto de 1953, ataques a las aldeas de Idna, Surif y Wadi Fukin en Jordania (12).

4. Verano de 1953, es atacado el campamento de refugiados árabes de la Banda de Gaza (13).

5. El 14 y 15 de octubre de 1953, las aldeas de Qibya, Shuqba y Budras, en Jordania, son atacadas, 75 personas muertas y la aldea completamente destruida por el bombardeo (14).

6. El 28 y 29 de marzo de 1954, la aldea jordana de Nahhalin fue demolida, 14 personas muertas (15).

7. El 27 y 28 de junio de 1954, es atacado el campamento de la Legión Árabe en Azzun (16).

8. El 1 y 2 de septiembre de 1954, ataque sobre la aldea jordana de Beit Liqya (17).

9. El 8 y 9 de diciembre de 1954, el territorio sirio atacado (18).

10. El 8 de febrero de 1955, la Banda de Gaza atacada, 38 muertos y 31 heridos (19).

11. El 22 de agosto de 1955, el puesto egipcio en la Banda de Gaza atacado y ocupado (20).

12. El 31 de agosto y 1 de septiembre de 1955, ataque a Khan Yunis y Beni Suheila en Gaza, 46 muertos y 50 heridos (21).

13. El 22 y 23 de octubre de 1955, el territorio sirio atacado (22).

14. El 28 de octubre de 1955, el puesto egipcio de Kuntilla en Sinaí atacado (23).

15. El 2 y 3 de noviembre de 1955, el puesto egipcio de Sabha en Sinaí atacado, 50 muertos, 40 prisioneros (24).

16. El 11 y 22 de diciembre de 1955, las aldeas sirias

de El-Buteiha y El-Koursi atacadas, 50 muertos y 28 prisioneros (25).

17. El 16 y 17 de agosto de 1956, ataque sobre las patrullas egipcias en Gaza (26).

18. El 28 de agosto de 1956, ataque sobre Um El-Rihan en Jordania (27).

19. El 11 de septiembre de 1956, la aldea jordana de Rahwa (28).

20. El 13 de septiembre de 1956, la aldea jordana de Gharandal (29).

21. El 25 y 26 de septiembre de 1956, las aldeas jordanas de Sharafah y Wadi Fukin (30).

22. El 11 y 1 de octubre de 1956, ataque a las ciudades y aldeas de Qalqilya, Azzun, Nabi Elias y Khan Sufin en Jordania, 48 y 31 heridos. (31).

23. La invasión israelita del territorio egipcio empezó el 29 de octubre de 1956, la «campana de Sinaí». En ella Israel invadió y ocupó la Banda de Gaza y la península de Sinaí durante meses, antes que las Naciones Unidas ordenaran evacuar. Gran Bretaña y Francia bombardearon y ocuparon con paracaidistas el canal de Suez y las ciudades aledañas. Francia dio a Israel cobertura aérea y ayudó a la fuerza aérea israelita en las operaciones. Hubo cientos de muertos (32).

24. El 1 de febrero de 1962, la aldea siria de El-Tawafiq arrasada por un ataque aéreo israelita (33).

25. El 16 de marzo de 1962, el territorio sirio atacado (34).

26. El 13 de noviembre de 1964, las aldeas de Nukheila, Abbasieh, Tel El-Aziziyat, en Siria, atacadas por la artillería aérea y terrestre de Israel (35).

27. El 27 de mayo de 1965, los pueblos de Jenin y Qalqiya y la aldea de Manshiyat, en Jordania, atacadas por

bombardeos aéreos, muchas casas son demolidas, cuatro muertos y siete heridos (36).

28. El 28 y 29 de octubre de 1965, las aldeas de Houla y Meis El-Jabal, en Líbano, atacadas. Una mujer muerta, dos casas y tres cisternas de la aldea demolidas (37).

29. El 14 de julio de 1966, reactores israelitas bombardean las posiciones sirias, matando a 10 civiles (38).

30. El 13 de noviembre de 1966, aldea jordana de Sammu atacada, 18 muertos y 130 heridos (39).

31. El 7 de abril de 1967, profunda penetración en territorio sirio y ataques (40).

32. La campaña de 1967 de Israel, del 5 al 10 de junio Israel bombardeó más de 20 aeródromos árabes en Egipto, Siria, Iraq y Jordania. Invadió y ocupó de nuevo Gaza y el Sinaí, a la vez que la orilla izquierda del Jordán y el territorio sirio. La guerra culminó en terror, saqueo y expulsión de refugiados árabes. Miles de personas murieron o fueron quemados por napalm, y de nuevo cientos de miles de personas se convirtieron en refugiados (41).

33. El 21 de marzo de 1968, ataque aéreo y terrestre israelí sobre la aldea jordana de Karameh, siendo rechazados por los árabes. Los israelitas tienen que abandonar maquinaria pesada (42).

34. El 4 de agosto de 1968, los reactores israelitas atacan y bombardean (con napalm) objetivos civiles en la ciudad jordana de Saltt. Muchos muertos (43).

35. El 25 de agosto de 1968, los israelitas atacan a diez aldeas jordanas.

36. Septiembre de 1968, ataque a objetivos civiles egipcios con el bombardeo aéreo de tres ciudades: Suez, Ismailia y Kantarah; muchos muertos.

37. El 27 de diciembre de 1968, Israel ataca el aeropuerto internacional de Beirut en Líbano, resultando la

destrucción de algunos de los aviones de la flota comercial libanesa.

En la invasión israelita de 1956 de la península de Sinaí y de la Banda de Gaza en Egipto, al igual que la isla de Tirán en la entrada del golfo de Aqaba, la explicación oficial dada por el ministro de Asuntos Exteriores de Israel fue llamar a la campaña una «guerra preventiva» y una «incursión de represalia».

Ben Gurion, el primer ministro, llamó a la guerra «operaciones para **liberar** la zona norte del Sinaí al final del mar Rojo». La isla de Tirán, árabe durante siglos, se convirtió de repente en una isla judía con nombre judío: «La isla de Yotvat, al sur del golfo de Elath, que fue **liberado** por el ejército israelita» (44).

Según Burns, el jefe de personal del UNTSOP en aquel momento, un oficial de enlace israelita para asuntos del armisticio en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Israel, confirmó que «esto no iba a ser exclusivamente una incursión de represalias, sino que las fuerzas israelitas iban a quedarse en el Sinaí» (45). Pero esto no fue así, porque en la ONU Israel fue forzada a retirarse del Sinaí y Gaza por las presiones de USA y de la URSS.

Debido a esta formidable presión, Israel evacuó Sinaí y Gaza en marzo de 1957, unos cuatro meses después de su ataque. Frustrada por su fracaso de quedarse con el territorio los israelitas evacuaron, pero después de expresar su frustración con «una destrucción sistemática de la superficie de las carreteras, los ferrocarriles, líneas telefónicas y los pocos edificios que había a lo largo del ferrocarril, y en uno o dos puntos de empalme de las carreteras» (46). Cuando el secretario general de la ONU Dag Hammarskjöld supo lo que había ocurrido protestó al gobierno israelita; pero era demasiado tarde, por entonces

el ejército israelita se había marchado dejando destrozado 70 kilómetros de carretera. Parece que esta es la única manera cómo los israelitas podían demostrar su ira por haber sido forzados a abandonar los frutos de su agresión. Sin embargo, no podían olvidar. En 1967, cuando USA preparaba otro año de elecciones, los israelitas se sentían seguros de que los Estados Unidos esta vez no les exigiría evacuar, así que atacaron de nuevo Gaza y Sinaí, esta incluyendo territorio sirio y jordano. Hasta el momento de escribir este libro, veinte meses después de la guerra, Israel todavía ocupa los territorios conseguidos por la agresión, simplemente porque USA no ha pedido que los israelitas abandonen el territorio árabe ocupado.

Israel dice que quiere vivir en paz y sus vecinos árabes no le dejan. Imagínense a un estado que roba a la gente, que la expulsa, la masacra y aterroriza, y luego se vuelve en contra de los estados que dieron a esta gente desamparada un refugio y luego invade ese refugio. Por supuesto, el estado invasor quiere vivir en paz porque las víctimas de la invasión quieren liberarse mediante cualquier medio. No puede haber paz hasta que una solución justa a la tragedia de los refugiados sea encontrada.

Israel dice que emplea guerras preventivas contra los árabes para asegurar sus fronteras contra la invasión árabe. ¿Cuáles son las fronteras de Israel? ¿Son las fronteras del Plan de Partición de la ONU, que Israel mismo ha ignorado y amplió mediante el terror en 1948? ¿O el territorio de 1967 que la ONU exigió abandonar? ¿O quizá la confirmación de varios sionistas de la política de expansión que ya hemos visto? Si Israel se ve a sí misma como el estado madre de todos los judíos del mundo entonces, ¿dónde están sus fronteras? Como Begin ha dicho: «Israel ha surgido de una sangrienta batalla» (47). Sus fronteras,

la actual línea de alto el fuego, al igual que las de 1948-1949, son resultado de la ocupación por la fuerza, el terror y la expulsión de las personas. Israel como estado es la creación del «derecho de los fuertes». En el momento en que el mundo se da cuenta que Israel existe debido a la fuerza, y en el momento en que se le niegue a Israel ayuda, perderá su fuerza y tendrá, en la tradición de Humpty Dumpty, una «gran caída».

Entre tanto, Israel continúa su política de violencia. Virtualmente crea tensiones a lo largo de las fronteras con los árabes, luego ataca. Cuando los soldados de la ONU vienen a investigar, Israel no les permite visitar las escenas de destrucción y se presenta con gigantescas cantidades de propaganda del servicio de Inteligencia, referente a los nefastos árabes. Esta propaganda se difunde por todo el mundo por radio por un servicio de información controlado por los sionistas y convence al mundo de que el «pobrecito Israel» es de nuevo el que pierde siempre, la víctima de la «nefasta agresión árabe».

El general Van Horn, de la UNTSO, se ha encontrado muchas veces con agresiones israelitas y se ha dado cuenta de la máquina de propaganda que se pone en funcionamiento inmediatamente después de cada ataque. Este es su propio comentario después de una de estas agresiones, y sirve como ejemplo para todos, y servirá como nuestra conclusión. Dice «Un servicio de información muy hábil y toda la prensa se unieron para fabricar una versión distorsionada que fue diseminada con experiencia profesional por todos los canales disponibles por su propia gente y sus simpatizantes y gentes que los apoyaban en Norteamérica y el resto del mundo. Nunca en toda mi vida había visto la verdad tan cínica y expertamente desfigurada» (48).

## NOTAS

- (1) Derek Tozer: *American Mercury*, agosto de 1957.
- (2) Lawrence Fellows: «New York Times», 22 de septiembre de 1961.
- (3) Lilienthal: op. cit., p. 205.
- (4) Falta la cita 4. Está la llamada.
- (5) Begin: op. cit., p. 15.
- (6) *Ibíd.*, p. 8.
- (7) Aparecido en «Jewish Newsletter», 15 de abril de 1957.
- (8) «New York Times», 17 de octubre de 1958.
- (9) «The Times», Londres, 27 de julio de 1967. (Paréntesis en original.)
- (10) Un Document S/2157: Resolución núm. 93 (1951), 18 de mayo de 1951.
- (11) Un Document S/PV 630, párrafo 13.
- (12) Un Document S/PV 630, párrafo 17.
- (13) Un Document S/PV 630, párrafo 48.
- (14) Un Document S/PV 630, párrafo 25; también Document S/3139.
- (15) Un Document S/3251, párrafo 11.
- (16) Un Document S/3290, párrafo 8.
- (17) *Ibíd.*, párrafos 1-7 y anexos.
- (18) Un Document S/3516, apéndice 1.
- (19) Un Document S/3373 y A/2935, párrafos 33-43; Documento S/3378, del 29 de marzo de 1955.
- (20) Un Document S/3430, párrafo 2.
- (21) *Ibíd.*, párrafo 2.
- (22) Un Document S/3516, apéndice II.
- (23) *Ibíd.*
- (24) *Ibíd.*
- (25) Un Document S/3516, párrafos 1-10, y Document S/3538, del 19 de enero de 1956.
- (26) Un Document S/3638, párrafos 6-10.
- (27) Un Document S/3660, párrafo 6.
- (28) *Ibíd.*
- (29) *Ibíd.*, párrafo 2.
- (30) *Ibíd.*, párrafo 7.
- (31) Un Document S/2685, y corr. 1, párrafos 1-21.
- (32) Vide Resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas núms. 997 (ES-1) a 1.003 (ES-1) y núms. 1.120 (XI) a 1.125 (XI).
- (33) Un Document S/5111: Resolución núm. 171 (1962) de abril de 1962.

- (34) Un Document S/5102, p. 40, párrafo 32.
- (35) Un Document S/6248, del 19 de marzo de 1965.
- (36) Un Document S/6390, del 28 de mayo de 1965.
- (37) Un Document S/6898, del 11 de noviembre de 1965.
- (38) Un Document S/7412, del 18 de julio de 1966.
- (39) Resolución del Consejo de Seguridad S/228 del 25 de noviembre de 1966.
- (40) Un Document S/7843, del 7 de abril de 1967.
- (41) Resolución de la ONU del 22 de noviembre de 1967, basada en la propuesta británica de que Israel debía evacuar el territorio ocupado. Aceptada por los árabes, sabotada por Israel.
- (42) Condena de las NU de Israel, 24 de marzo de 1968.
- (43) Condena de las NU de Israel, 16 de agosto de 1968.
- (44) «New York Times», 8 de noviembre de 1956.
- (45) Elm Burn: «Between Arab and Israeli» (Iván Obolensky, Nueva York), 1963; p. 180.
- (46) Ibíd., p. 423.
- (47) Begin: op. cit., p. 373.
- (48) Vón Horn: op. cit., p. 85.

## CONCLUSION

En este libro hemos repasado la situación y las metas que hizo que el terror sionista se desatara contra los británicos y los árabes en Palestina, hemos visto el terror en sus momentos sangrientos y también hemos visto sus resultados. Lo que queda ahora es estimar la importancia de este terror; justificar el título de este libro para ver la importancia del papel que desempeñaba el terror en la creación de Israel —el Estado Judío— en el territorio árabe de Palestina. No hay ninguna duda que Israel es un estado, reconocido como tal por muchas naciones en todo el mundo; ¿pero cómo se creó ese estado? ¿Qué factores lo crearon y lo sostienen?

Parece claro que Israel debe su existencia a la efectividad del terror. En 1947, la ONU decidió que las fronteras de Israel llegarían hasta ciertos puntos, en 1948 —cuando fue proclamado, en mayo, el estado de Israel— las fronteras cambiaron, incluyendo una porción más grande de Palestina. Después de la guerra de 1948 con los árabes y después de las conferencias de paz de 1949, las líneas de demarcación entre Israel y los estados árabes cambiaron otra vez para incluir más zonas de Palestina, que fueron ocupadas por el ejército israelita. Ahora, después de la guerra de 1967, Israel controla el resto de Palestina además de otros territorios árabes. Parece que las fronteras de Israel son y serán, como han sido siempre, de-

fendidas por la última victoria militar; en otras palabras, como resultado del derecho de la fuerza.

Abba Eban, el ministro israelita de Asuntos Exteriores, dijo en julio de 1965: «No es imposible imaginar a los líderes árabes en el futuro pidiendo la vuelta a las fronteras de 1966 o 1967, al igual que pidieron las fronteras de 1947, las cuales les fueron negadas» (1). (Señálese que esta cita tiene una fecha de dos años antes de la guerra de 1967.) Ben Gurion declaró en una entrevista con un periódico israelita en 1964: «Las fronteras del estado judío hubieran sido mayores si Moshe Dayan hubiera sido nuestro comandante en jefe en 1948» (2). Yigal Allon, que de hecho era comandante en jefe en 1948, contestó a la declaración de Ben Gurion diciendo: «Si Ben Gurion no hubiera ordenado el alto el fuego nuestras tropas hubieran ocupado el río Litani en el norte (Líbano) y el desierto de Sinaí en el sur y también hubieran liberado la totalidad de nuestra tierra.» Claramente, las fronteras de Israel se deciden por la extensión que ocupan sus tropas en su próxima lucha con los árabes.

Los sionistas emplearon la propaganda distorsionada para convencer al mundo en lo referente a Palestina, explotando el tema del «sufrimiento judío» hasta el máximo. Explotaron el destino de los refugiados judíos de manera criminal para ganarse simpatías, a la vez que conseguir la entrada de la tierra que ellos consideran propia. Emplearon el terror puro para forzar a los británicos a ceder a sus designios de recoger dentro a los judíos sin los cuales no existiría una mayoría de este pueblo en Palestina. Con el uso del terror finalmente echaron a los británicos de Palestina, dejando a los árabes a merced de los sionistas. Cuando el único obstáculo que quedaba entre los sionistas y la creación de un estado era la mayoría

árabe, volvieron a emplear el terror—en sus formas más brutales y salvajes—, cuyo resultado fue una tierra bajo la hegemonía sionista. Ben Gurion mismo se refiere a Israel como «un estado que se hizo grande y judío gracias a la Haganah» (3). Y Menachem Begin justifica la matanza de Deir Yassin con estas palabras: «La matanza no sólo estaba justificada, sino que no hubiera habido el estado de Israel sin la **victoria de Deir Yassin**» (4). El hecho es que la mentalidad sionista, tal la de Begin, que considera el asesinato y carnicería de 254 hombres, mujeres y niños a sangre fría como una victoria, ha tenido la oportunidad de alcanzar un puesto en el gobierno oficial (Begin es ministro del estado israelita), lo que significa desde luego que Israel es palabra sinónimo de terror.

Si el terror creó a Israel, es el terror quien lo sostiene. Los sionistas necesitan espacio para poder establecer a los millones de judíos que tienen la intención de recoger; Palestina no puede acomodar a todos; la solución es la expansión y ocupación del territorio árabe vecino, complementado con el terrorismo sobre sus habitantes para inducirles a marcharse. Porque necesita fondos y ayuda extranjeros para sobrevivir, Israel ha creado una gigantesca máquina de propaganda para convencer al mundo que le proporciona esos fondos que sus donaciones son empleadas en milagrosos éxitos; su propaganda es una forma de terror encubierto. También Israel tiene que volver al terror verdadero para exprimir el dinero de los judíos del mundo—ya hemos visto un ejemplo de lo ocurrido en América del Sur—para aumentar sus arcas en Tel Aviv. El terror se emplea también para mantener en secreto todas las deshonestas actividades de Israel. Los que amenazan con publicar determinadas transacciones deshonestas que tuvieron lugar en Israel o aquellas personas im-

portantes que no están de acuerdo con la política sionista y amenazan con denunciarla, como el conde Folke Bernadotte, por ejemplo, son amenazados o simplemente asesinados. Además, Israel gasta mucho dinero en espionaje. Este Estado está siempre inquieto, deseando saber esto a aquello—ésta es otra forma de terror cuyos invariables resultados son la violencia, el chantaje (en el caso de los soldados de la ONU) o guerras de expansión seguidas por el terrorismo (en el caso de información empleada para atacar a los árabes). Finalmente, el asunto repetido de la expansión, que hace de Israel una amenaza continua a la seguridad y a los territorios árabes a pesar de que Israel jura lo contrario. Al ver los horrores que acompañan a todas las operaciones expansionistas de Israel, uno no tiene más remedio que concluir que esto es solamente otra forma del terrorismo israelita-sionista. Es justo afirmar que la única conclusión que se puede sacar de ello es que el Estado de Israel fue creado y se sostiene por medio del terror.

#### NOTAS A LA CONCLUSION

(1) Citado en «Foreign Affairs» —periódico norteamericano—, julio de 1965.

(2) «Hoboker», publicado en Israel, 1 de marzo de 1964.

(3) Ben Gurion: op. cit., p. 292.

(4) «Jewish Newsletter», 3 de octubre de 1960.